



**EL SUEÑO
DEL
DEPREDADOR**

ÓSCAR BRIBIÁN

Lectulandia

¿Qué tienen en común los poemas de Baudelaire, Silvia Plath o Leonard Cohen con los ahorcamientos para alcanzar el clímax durante la asfixia autoerótica? En un control rutinario en la carretera de entrada a Zaragoza, la Policía detiene un vehículo sospechoso. En su interior encuentran varios cerdos muertos y diversos instrumentos para desollarlos, algo extraño, pero no especialmente preocupante... si no fuera porque en la boca de uno de los animales aparece un dedo humano. Laura Beltrán, la nueva subinspectora de la Brigada Provincial de Homicidios, y su superior, Santiago Herrera, un veterano inspector, se verán envueltos en un abanico de asesinatos que combinan el sadismo y los enigmas de la psicopatía con las inquietudes propias del comportamiento humano. El sueño del depredador es una obra intensa y ágil, convincente hasta en los pequeños detalles, con una trama que entrelaza a los poetas malditos con el imaginario lovecraftiano, personajes extraños y protagonistas afectados por penitencias y contradicciones. Una obra que transmite la esencia del verdadero ambiente policial más allá de los estereotipos, narrada con una precisión y una veracidad que asustan.

Lectulandia

Óscar Bribián

El sueño del depredador

ePub r1.0

Titivillus 22.12.15

Título original: *El sueño del depredador*

Óscar Bribián, 2014

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A Silvia, por ser el oasis,
y a mi hijo, por todo lo que vendrá.*

Prólogo

Siguiendo una lógica imponente, Óscar Bribián consigue lo imposible: hacer que lo irracional resulte del todo verosímil, que los crímenes rituales descritos en *El sueño del depredador* se acerquen de forma siniestra a lo cotidiano, a las peores imágenes de un telediario. Así, este escritor, que se mueve como pez en el agua entre el terror y lo policial, nos abandona a nuestra suerte en esa tierra de nadie donde todo está permitido... Por si fuera poco, lo hace a plena luz del día, sin necesitar el cobijo de las sombras y la nocturnidad, algo que no está al alcance de todos los autores.

El punto de partida es sencillo, aunque llama la atención, y podría ser cualquier recorte de un periódico, una de esas noticias que vemos de refilón en algún diario *online* y que damos por imposibles, más que nada porque es una de esas noticias que pronto se olvidará, sobre la que nadie pedirá explicaciones posteriores. Los miembros de una banda de rumanos son detenidos cuando conducen un vehículo en cuyo maletero hay dos cerdos muertos, cerdos inidentificables ya que les han arrancado las orejas, donde están sus distintivos... Una pareja de policías, Santiago Herrera y Laura Beltrán, irán pelando capas de la cebolla, y no tardarán en encontrar el primer cadáver, aparentemente fallecido en medio de un ritual sexual de dominación, acompañado además de unos versos malditos.

Los extensos e intensos conocimientos de Bribián acerca de las complejidades del trabajo policial hacen que *El sueño del depredador* crezca y triunfe en los pequeños matices: el aislamiento voluntario de los investigadores, su creciente obsesión por el trabajo, cierto abandono en sus vidas privadas... Por momentos, y por sacar a colación aquella serie televisiva que veíamos hace ya un cuarto de siglo, me da por pensar que se trata de una *Canción triste de Zaragoza* en la que apenas quedó rastro de humor...

En efecto, el hecho de que los protagonistas sean los policías no debería pasarse por alto, menos aún en un país como el nuestro, tan dado a la picaresca, donde tradicionalmente se ha visto a las fuerzas de seguridad de forma hostil. No pretende Bribián dar un barniz de heroicidad a sus personajes, en absoluto; de hecho, en más de un momento muestran puntos débiles, comportamientos contradictorios... Por eso mismo resultan tan cercanos y nos dejan indefensos ante sus vicisitudes.

Llama mucho la atención que desde una perspectiva tan anclada en lo cotidiano, *El sueño del depredador* se decante por profundizar en personajes literalmente indescriptibles, de esos que no quisiéramos conocer jamás, en primer lugar porque no seríamos capaces de comprenderlos. Da la impresión de que Óscar Bribián ha optado por un registro próximo al periodismo para finalmente llevarnos mucho más lejos de lo que habíamos pensado, en una trama que reúne a Lovecraft con los poetas

malditos, los rituales más sádicos con la creación y elucubración literaria. ¿Recordáis al que dijo que las palabras matan?

Y ya que hablamos de literatura, diré que para resultar convincente en la ficción, el caos ha de estar completamente ordenado y planificado. Así imagino a Bribián mientras concebía esta novela, preocupado hasta por los más insignificantes detalles, procurando ser convincente hasta el final. Hablando de finales, ¿podrán los protagonistas de esta novela volver a sus rutinas grises después de ver todo lo que les espera? A vosotros os corresponde el placer de encontrar la respuesta.

David G. Panadero, director de la colección Off Versátil.

*«Es un dios escalofriante, un dios de las sombras
el que se eleva hasta el vaso desde sus negras profundidades.
En la ventana, los nonatos, los no hechos
se congregan con la leve palidez de las polillas,
con una envidiosa fosforescencia en sus alas.
Los bermellones, los bronces, los colores del sol
que fulgen en la chimenea no los consolarán del todo.
Imagino su profunda ansia, profunda como la oscuridad,
por el calor de la sangre que ellos bien podrían poner al rojo vivo o
reclamar.
La boca de cristal succiona el calor de la sangre de mi dedo índice».*

Sylvia Plath, OUIJA

1

A Ismael le gustaba retorcer cosas mientras recitaba con un hilo de voz historias prohibidas.

El tedio de las asignaturas del último curso de Primaria le hacía sumergirse en marismas donde reinaba la soledad. En ellas habitaban roedores que terminaban por ahogarse en el limo, y mosquitos imaginarios que le picaban y hacían que se pellizcase una y otra vez hasta que sus antebrazos enrojecían.

A veces la maestra lo mandaba callar si la letanía perjudicaba la continuidad de la clase. Entonces sus compañeros se giraban hacia él, como movidos por el resorte de una caja de sorpresas, y se burlaban señalándolo con el dedo. Enseñaban sus dientes blancos de nieve, pedazos de hielo que raspar con un punzón. Sus granos pedían a gritos que alguien los hiciera estallar, sus ojos eran pompas de jabón. «Ovejas que algún día pasarán por el matadero y dejarán de balar», pensaba Ismael mientras sentía que el vello de la nuca se le erizaba y contraía los dedos alrededor del bolígrafo, hasta partirlo.

Era febrero y la ola de frío abofeteaba las calles de Zaragoza. No había nubes en el manto nocturno. Una luna como un puñal de marfil parecía haberlas desgarrado y el cierzo había hecho el resto.

Por el tramo urbano de la N-II, dirección centro ciudad, circulaba un Ford Mondeo verde con cuatro ocupantes en su interior. Todavía estaban algo nerviosos tras dar el golpe y sudaban bajo los abrigos. Habían pasado de largo el último desvío que se abría a la derecha, hacia el barrio obrero de Valdefierro, antes de llegar a la rotonda de los Enlaces. Habría resultado una buena escapatoria de haber sabido que al final de la curva abierta destellaban las luces azules de un control policial. Pese a los dos carriles por sentido, el conductor no podía arriesgarse a dar media vuelta. Una persecución, con el sobrepeso que llevaban, no tenía futuro. Sin embargo, aunque sabía del fracaso de aquella acción, algo en su interior le advirtió de que debería dar un volantazo a la izquierda y tirar del freno de mano para girar ciento ochenta grados, atravesar la mediana y esperar un milagro. Pero los segundos que tardó en decidirse le hicieron aproximarse cada vez más al control hasta que le fue inevitable disminuir la velocidad. Bajó las revoluciones del viejo motor de noventa caballos a medida que cuatro corazones palpitaban más rápido dentro del chasis.

El furgón de la Unidad de Apoyo Operativo estaba orillado a la derecha. Había varios agentes desplegados en torno a unas balizas en zigzag. Uniformes oscuros y gorras caladas, fundas para las armas de fuego a la altura de las rodillas y botas de caña alta.

Dos de los policías tenían los brazos cruzados sobre el pecho. El oficial, algo apartado de la calzada, tiró una colilla al arcén y la aplastó con la bota, mientras comunicaba algo a los demás a través del transmisor. El agente más adelantado, con el rostro embozado por una braga de poliéster, ordenó gestualmente al conductor que detuviera el vehículo. Había observado algo extraño. Se acercó levemente para escrutar con ayuda de una linterna los rostros de los ocupantes. Cuatro hombres montados en un coche con sobrepeso y amplio maletero. Los bajos del eje trasero casi rozaban el asfalto.

—Buenas noches —saludó con gravedad el agente tras conseguir con un ademán que el conductor bajase la ventanilla.

—Buenas noches, agente. —El conductor respondió con marcado acento de Europa del este. Una cicatriz partía transversalmente su labio inferior y descendía hasta la barbilla.

—Pare ahí un momento —señaló el policía hacia el lateral de la calzada, dispuesto a resolver sus sospechas.

El conductor obedeció y orilló el vehículo. Dos policías más se acercaron desde otros ángulos. Caminaban levemente agachados para observar el interior del coche, intentando detectar movimientos extraños. Sostenían las pequeñas linternas de ledes en la mano izquierda, mientras la derecha se situaba sobre la funda del arma, por si hubiera que responder con rapidez. No sería la primera ocasión en que alguien ocultaba un arma de fuego en la guantera o en un falso techo.

Los haces de luz atravesaron el habitáculo. El sudor se reflejaba en los rostros de los ocupantes. Parecían nerviosos.

—Apague el motor —ordenó el primer agente.

—¿Qué?

—Que apagues el motor, coño, ya me has oído.

El conductor frunció el ceño antes de obedecer. Movi6o despacio la mano derecha y giró la llave de contacto. El Ford dejó de ronronear y los focos que lamían la calzada se apagaron.

—Las manos sobre el volante, por favor.

Unos segundos de silencio. Había poco tráfico a esas horas. Un par de coches más atravesaron el control en zigzag, pero las miradas de casi todo el operativo estaban centradas en el vehículo que iba a ser registrado.

—¿A dónde os dirigís? —preguntó el policía. Con el pulgar encendió y apagó repetidas veces la linterna para que los destellos incomodasen al conductor. Cualquier cretino hijo de papá habría pensado que ese gesto estaba de más, pero el policía sabía que el método era efectivo ante personas que pretendían usar un arma al menor descuido, aunque se tratase de un porcentaje ridículo. No podía confiar en nadie. Quedaba muy próximo el recuerdo del último compañero que, por fiarse, había recibido un balazo en el costado. Una bala podía atravesar una puerta como si fuera mantequilla y no era difícil ocultar un arma bajo las piernas. Ni siquiera era necesario levantar el brazo para cargarse a un poli.

—A trabajar, señor, vamos a trabajar —respondió el hombre, parpadeando ante los molestos destellos.

—¿A dónde? ¿A recoger naranjas a estas horas? —bromeó el policía.

—Vamos a una fábrica —respondió lacónico el copiloto.

—Pues tenéis un turno extraño si vais a empezar ahora la jornada.

El conductor y los ocupantes asintieron nerviosos.

—Dame la documentación. ¿Cómo te llamas?

—Dumitru.

—Dumitru, dame tu documentación y la del coche.

El rumano tendió su documento de identidad. «Dumitru Lasvari Cristi, nacido en 1975 en Rumanía», leyó el agente. Después comprobó que los papeles del vehículo figuraban a su nombre.

—Sal del vehículo —ordenó—. Los demás, quedaos donde estáis en los asientos.

El conductor abrió despacio la puerta y posó los pies en el suelo del arcén con

incertidumbre.

—¿Qué lleváis en el maletero? ¿Lingotes de plomo?

—Solo maletas —respondió Dumitru con expresión huidiza.

—¿Maletas para ir a trabajar a una fábrica? —bromeó el policía—. Vamos, ven aquí. Quiero que abras el maletero, y lo vas a hacer muy despacio, sin tonterías, o te comerás una hostia.

—Claro, señor, no problema, no problema —respondió Dumitru.

Con gesto abatido, Dumitru abrió el maletero despacio y después se apartó un par de pasos hacia atrás. El sarcófago encerraba varios mazos de hierro, una bombona de butano, un quemador, una manguera, unas tenazas y una lima, entre otros objetos. También dos cuerpos enormes y bañados en sangre.

Dos cerdos de ciento cincuenta kilos.

Ismael recordó que al principio las encerraba en tarros de cristal totalmente sellados, pero cuando una vez encontró sus quebradizos esqueletos, como de papel, bajo la cama, comprendió que también ellas necesitaban respirar. Así que en ese momento llevaba en el bolsillo de su cazadora un tarro con la tapa agujereada que bullía de hormigas rojas. Un ejército con el que disfrutar de una auténtica batalla en el patio del colegio.

Ante el silbido, el niño de mirada perdida dirigió por un momento la atención hacia el fotógrafo, sin ningún entusiasmo. A su lado, sus compañeros se revolvían como las hormigas del tarro: entre pellizcos, tirones de pelo y manos que simulaban inocentes cornamentas. Estaban colocados de mayor a menor altura en tres hileras de bancos para la foto oficial del colegio. La tutora apenas podía contener la algarabía amenazándoles con llevarles ante el jefe de estudios. Pero Ismael permanecía quieto, absorto en los colores que descendían de las copas de los árboles como blandos copos de nieve y empezaban a arremolinarse alrededor de los zapatos del fotógrafo para después convertirse en enjambres negros y voraces. Le gustaría que los colores atacasen a sus compañeros y a la profesora, pero siempre terminaban por evaporarse.

El fotógrafo dio el «ok» tras el chasquido de la cámara y los alumnos bajaron de los bancos para terminar de aprovechar la media hora de descanso. Algunos rebuscaron en los bolsillos para encontrar la moneda con que comprar un bollo en la máquina de la cafetería. Otros regresaron al campo de fútbol para jugar la revancha y, unos pocos, los que en su mayor parte tendrían problemas para terminar la educación básica, se dedicaban a extorsionar a cuantos compañeros aventajaban en masa corporal.

Ismael, en cambio, se dirigió en solitario hacia el lado oeste del colegio, allí donde proliferaban los hormigueros en un espacio de tierra sin cementar. «Ya no tienes edad para jugar a esas cosas», le recriminaba su madre cada vez que encontraba un tarro de insectos escondido en su dormitorio. Él sabía que ella se desesperaba cada vez que recordaba el momento en que descubrió que su hijo se entretenía en descuartizar insectos para crear animales nuevos a partir de un montón de miembros y cabezas cercenadas. Pero, pese a las broncas y los castigos, Ismael seguía teniendo la misma necesidad imperiosa de aplastar y descuartizar a otros seres diminutos. A medida que se acercaba a los hormigueros sentía un excitante cosquilleo en la boca del estómago. Cuando vislumbró los finos hilos de caravanas negras transportando comida hacia los agujeros, la inquietud se transformó en ansiedad. Se arrodilló junto a un embotellamiento provocado por la entrada masiva de cáscaras de pipas y migas de pan en el orificio. Extrajo del bolsillo de su cazadora el tarro con

hormigas, lo abrió y, antes de que las rojas guerreras comenzasen a rebosar por el borde, lo volcó en la tierra atrapando en la nueva cúpula a unas cuantas obreras negras que se debatían en vano por escapar. Ismael percibió una precoz erección en su entrepierna a medida que disfrutaba de la carnicería. Cuando su peculiar ejército rojo hubo devorado a todas las obreras cercadas, decidió levantar el tarro para permitir que los soldados causasen el caos en el resto de la caravana.

Un compañero de clase se le acercó en ese momento, aguijoneado por la curiosidad que producen los solitarios.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Demostrando la teoría del Darwinismo —explicó Ismael—. Hay que enfrentar a todas las especies entre sí para ver cuál es más fuerte y cuál se extinguiría en caso de que ambas compartieran el mismo espacio.

Ismael tenía once años y se pasaba las horas muertas en internet, cuando no estaba leyendo en la biblioteca pública o entretenido en sus experimentos.

—Darwinismo —repitió para sí mismo mientras observaba la matanza.

—¡Cómo mola! —exclamó su compañero, asomando por detrás de su espalda.

—¡Lárgate! —gritó Ismael, propinándole un codazo en el pecho.

Impresionado por la reacción, el chaval se esfumó mientras se masajeaba con una mano el pecho magullado.

Ismael no perdía atención. Transcurrieron varios minutos hasta que por fin acudieron los refuerzos desde el hormiguero. Un manto negro cubrió poco a poco a los soldados rojos, que cayeron después de dejar atrás numerosas víctimas. El chico había comenzado a enfurecerse a medida que veía la batalla perdida. Por eso, cuando entendió que no había remedio para su ejército, se levantó y pisoteó con furia, una y otra vez, esa porción de tierra del patio, provocando una ligera polvareda que fue arrastrada por el viento. Después no pudo reprimir sus ansias de venganza y comenzó a horadar el suelo con las manos como si fuera un jabalí, hasta que descubrió el escondite de la gran faraona, la reina de la colonia, grande como una avispa y con el abdomen hinchado cual perla de ámbar. La atravesó una y otra vez con un punzón que había hurtado en la clase de Plástica. Luego decidió aguijonear cada una de las larvas que encontró en las cámaras subterráneas, sentenciando al hormiguero a no tener descendencia. A medida que la aguja perforaba los blandos cuerpos, sentía una creciente erección que le oprimía en los pantalones. Se veía como un dios capaz de decidir el futuro de las ciudades. Solo la campana de regreso a las clases le hizo abandonar.

Santiago Herrera pensaba que todo era una gran mentira. No importaba que el guiñol representase el sistema bancario, los partidos políticos, los mundillos culturales o la seguridad pública. Siempre existiría un patriciado y una plebe a la que mantener contenta mediante artificios. Por eso, como casi cualquiera que trabajara en un cuerpo policial, sabía que los agentes de la oficina de denuncias procuraban torear a algunos denunciadores si la cosa no estaba clara o no se aportaban datos suficientes para que el caso tuviera éxito. Solo importaba bajar las estadísticas de delincuencia y aumentar indirectamente el porcentaje de casos resueltos, por nimios que fueran, también sabía que en determinadas épocas habría que subir los arrestos, o minimizarlos, según las órdenes de la Delegación del Gobierno, que ya se encargaba de maquillar los datos y de ser generosa con los medios de comunicación menos combativos. *Quid pro quo*. Preguntas pactadas y censura ante determinados temas, pero a cambio tenías al alcalde de una capital, al delegado del gobierno o al presidente autonómico, hablando en directo en la cadena con más oyentes en la mejor franja horaria. Favor para ti, favor para mí. Ya nos diremos las verdades en aquel restaurante de la guía Michelin, sin micrófonos, sin cámaras y sin miles de votos en juego. Y después, tras los maquillajes de resultados, llegaban las condecoraciones amañadas, los enchufes en las unidades de élite y el ostracismo de quienes trabajaban la calle día tras día ninguneados por los cargos políticos.

Pero Herrera llevaba los años suficientes en el Cuerpo y en la universidad de la vida como para que le resbalase que la sociedad estuviera bañada de una pátina de falsa pureza por cuyos resquicios se colaban conquistadores de vacíos legales, delincuentes que cumplían condenas irrisorias, líderes que lanzaban proclamas inocuas y víctimas que morirían anhelando justicia. Aunque todo fuera una gran mentira, cuando uno se tiraba tres años opositando para obtener una plaza de inspector de policía en igualdad de oportunidades frente a cientos de aspirantes, y lo conseguía, ya no importaba tanto toda la mierda que olía en el vertedero; porque al menos se tenía un sueldo fijo con el que no ahogarse y se podía tirar para adelante, siempre que uno no fuera demasiado impertinente con los de arriba. En esta vida, pensaba Herrera, es lo único que puede hacer quien nace sin estrella y no tiene quien le guíe. Otro camino era el de trepar jodiendo a otros mejores, pero él era un hombre con escrúpulos. Así que, tras los dos años de formación en la academia de Ávila, donde procuraron llenarle el cerebro de leyes y obligaciones, normas y férreos protocolos, salió a la cruda realidad, esa que no tiene nada que ver con los medios de comunicación ni con las notas oficiales, con las reuniones ministeriales ni con las comitivas escoltadas. Se graduó teniendo en la cabeza la primera premisa que le

enseñó un barbudo subinspector de la Brigada de Extranjería, cuya barriga había inspeccionado demasiados almuerzos en bares de tercera fila: «para ser un buen policía hay que saber mentir y escribir bien la mentira». Una buena intervención se convertía en una sanción disciplinaria sin empleo y sueldo si no se explicaba bien o no se dejaba todo bien atado en el informe policial, pero la mayor cagada o el peor delito podía estar tan bien envuelto en papel maché que podía terminar en una medalla. Escribir bien, sí. Eso era mucho más importante que un segundo dan en artes marciales, un título en Criminología o una memoria fotográfica. Y de eso, de escribir, sabía mucho Herrera, licenciado en Derecho, que vio las fauces del lobo en cuanto terminó la carrera y escuchó a una jefa de Recursos Humanos decir que el título de una carrera de letras puras no servía ni para iniciar una buena hoguera en una empresa privada. Él sabía que, con su carrera, sin estar afiliado a un partido político y sin contactos importantes, solo podría trabajar como pasante en un *buffete* de abogados, cobrando menos dinero al mes de lo que le costaría el traje y el maletín necesarios. Su padre había sido Guardia Civil toda la vida, de esos que terminan siendo sargentos porque en el examen cuenta más la antigüedad que los conocimientos para la baremación. Y como Herrera sabía que en la policía tendría un trabajo para toda la vida, allí se fue, pese a que su madre, escritora de novelas *pulp* bajo seudónimo, lo desaprobaba. Afortunadamente, mientras opositaba, encontró la verdadera vocación, aunque luego la realidad profesional se la quitara a machetazos.

—Será mejor que te ponga en canción —dijo Sancedo, compañero de tertulias.

—Ya dirás.

Santiago Herrera, inspector del Grupo IV de Homicidios de la Brigada Provincial de Policía Judicial de Zaragoza, había recibido una llamada interna cuando tomaba el segundo café de la noche. Al otro lado del teléfono le hablaba Víctor Sancedo, el instructor de la Inspección Central de Guardia, donde llegaban los detenidos antes de ingresar en los calabozos. Ambos agentes eran antiguos compañeros de promoción. Entraron directamente en la escala ejecutiva. Dos años de formación internados en el acuartelamiento de Ávila, durmiendo en una habitación compartida con literas y una mesilla pequeña para turnarse en los estudios nocturnos. Con una mierda de salario que apenas les daba para costearse el tren los fines de semana para visitar a sus familias, o para alternar con otros cientos de compañeros en una capital pequeña que ofrecía tapa y caña por euro y medio en multitud de establecimientos. Ávila parecía una ciudad universitaria, pero en las universidades ningún alumno se suicida en los servicios por la presión de los exámenes, ni se debe decir «a la orden» a los profesores, ni se les enseña a cachear bajo el riesgo de pincharse y contraer una hepatitis B con una jeringa oculta en un bolsillo. Herrera y Sancedo coincidieron allí y entablaron un fuerte compañerismo pero una tenue amistad, de esas que se cortan indefectiblemente cuando se escogen destinos distantes y se olvidan; y cuando el destino organiza un reencuentro solo queda un marchamo de anécdotas entre personas de distintos caracteres.

—Mira, a eso de las cuatro de la madrugada una patrulla de la UAPO, los de la poli local, ha parado un vehículo para registrarlo —explicó Sancedo—. Estaban en la carretera de Madrid. Estamos terminando de redactar el atestado.

—Hasta ahí, bien.

—Sí, claro. Eran cuatro rumanos. Por lo visto el coche parecía tener sobrepeso en la parte trasera. Así que los pararon para registrar el vehículo. Lo primero que miraron fue el maletero y, ¡sorpresa!, se encontraron dos tocinos de unos ciento cincuenta kilos cada uno, con las cabezas reventadas a mazazos. Los tíos llevaban también varias herramientas. —Sancedo hojeó el atestado para buscar un listado—. Tres mazos, una bombona de butano, un quemador...

—¿Una bombona de butano y un quemador?

—¿No sabes cómo funciona la matanza del cerdo? Para ponerlo guapo, después de abrirle la cabeza, hay que chamuscarlo para quitarle los pelos y la piel exterior, antes de rasparlos con cuchillos desafilados. Mis abuelos lo hacían cubriéndolos con paja y les prendían fuego, pero hace años que se usa soplete y gas butano.

—Es un buen trabajo —bromeó Herrera.

—Mejor que buscar cadáveres en las cloacas, ¿no crees?

—Está bien, Víctor, continúa.

—Verás, seguramente pensaban degollar al cerdo en algún garaje particular. Los rumanos llevaban dos mochilas con ropa y zapatillas deportivas, manchadas de sangre. Pero también capas de plástico de estas grandes, como las que se compran para cubrir armarios cuando se va a pintar una habitación.

—No te enrolles, Sancedo. Que yo sepa, todavía no instruimos las matanzas de cerdos como homicidios. ¿O me estás contando esto como chascarrillo? Para eso podías haberme invitado a un café.

—Que no, coño, espera y escucha, que llega lo importante. Me acaban de llamar del depósito de vehículos. Mientras sacaban a los animales del maletero, del interior de la garganta de uno de los gorrinos ha caído algo.

—¿El qué? —preguntó Herrera.

—Un pedazo de carne.

—¿Y qué?

—Que era carne humana. Las tres falanges de un dedo índice.

—¡No jodas!

—Desde hace tres meses que no, Santi —bromeó Sancedo—. Pero es que follar hoy en día sale muy caro. Ir de putas me cuesta un día de sueldo. Y si invito a cenar a alguna tía, peor aún.

—Déjate de bromas. ¿De quién es ese dedo?

—¿Y yo qué coño sé? Lo que te puedo asegurar es que los cuatro rumanos tienen todos sus dedos intactos —rió Sancedo.

—¿Y cómo narices ha acabado un dedo en el esófago de un cerdo?

—Lo siento, eso os va a tocar descubrirlo a vosotros. Os paso la patata caliente.

Esto me huele a ajuste de cuentas o algo así.

—Me la has metido bien, macho. Soy el único mando y pensaba dedicar la noche a papeleo, tengo un montón de informes pendientes. Además, hoy empieza una compañera, tengo que enseñarle todo esto.

—¿Está buena?

—No parece estar mal —dijo Herrera inclinándose un poco sobre una de las esquinas de la mesa, donde descansaba el historial de una tal Laura Beltrán, con el remite del servicio de personal. En realidad era el propio comisario el que se lo había dejado en la bandeja. Había una fotografía de carné de la agente uniformada, y debajo su identificación profesional. Era una mujer morena y de rostro armonioso, pese al rictus de seriedad que mostraba en la instantánea. Dos años destinada en Barcelona, en el departamento de Seguridad Ciudadana. Ascendió a oficial y la destinaron a Valencia, al Grupo de Atracos de la Policía Judicial. Otros dos años y un nuevo ascenso para elegir Zaragoza. Dos medallas al mérito policial.

—¿Rasa? —preguntó Sancedo, sacándolo de sus pensamientos.

—Subinspectora.

—Una tía dura, de las que ascienden a base de esfuerzo —ironizó Sancedo.

—Pues eso parece. No creo que tenga ningún enchufe aquí. Viene del Grupo de Atracos de Valencia.

—Muy bien, ya me contarás si tiene morros de princesa o de puta. Te dejo. Y lo dicho, aquí tendrás a tus queridos reyes del este, arrebujados entre mantas.

—Enseguida bajo. —Justo antes de colgar, Herrera se palmeó la frente: había recordado algo—: Una cosa más, ¿no habéis visto las placas identificativas de las orejas?

—¿Las de los cerdos?

—Las de los rumanos, no te jode —masculló Herrera—. Si los cerdos proceden de una granja, puede ser competencia de la Guardia Civil. No hay muchas granjas en la ciudad, ¿no? Tendrá que ser de las afueras, digo yo.

—No te quites el muerto tan rápido, Herrera. Se han preocupado de arrancarles las placas —Sancedo rio ostentosamente al otro lado del teléfono—, así que no sabemos la procedencia de los gorrinos. Estos rumanos son igual de chapuceros cuando revientan cerdos que cuando te hacen un trabajito de albañilería, les han arrancado casi completamente las orejas a los pobres animales. Yo creo que un buen costurero podría hacerte una chaqueta con la piel que han arrancado. Y los muy cabrones no quieren decirnos de dónde los han robado. Antes de aparecer ese dedo, yo pensaba meterles maltrato animal además de robo, los de la UAPO aseguran que uno de los cerdos se tiró como veinte minutos con espasmos musculares antes de espicharla.

—¿En serio?

—Si me vieras te guiñaría un ojo, Santi. Vamos, hombre, ya sabes cómo funciona esto. Les meteríamos más por el maltrato que por el robo. Puede que si hubieran

estado otros compañeros, como García o Requena, no hubieran querido instruirlo, a ver cómo demostramos lo de los espasmos, pero yo acabo de entrar en el turno y me apetecía duplicar el papeleo, fíjate tú. Aunque ahora es mucho mejor, podemos presionarles más sabiendo que puede tratarse de algo más gordo.

—Está bien, Víctor. Bajo ahora.

—Aquí te espero.

Herrera colgó el auricular y se incorporó de su asiento. Sintió una aguda molestia en la espalda baja, como si un pescador tuviera su anzuelo enganchado ahí y tirara de él con insistencia, recogiendo carrete. Dos días atrás le dio un latigazo allí mientras intentaba subir el ritmo haciendo *footing*. Le quedaban seis meses para alcanzar los cuarenta y tenía la sensación de empezar a caer por una pendiente de la que nadie podía librarse. Como mucho, podía entrenar para desacelerar la inevitable caída, pero las lesiones le estaban minando la moral, y el trabajo a turnos tampoco ayudaba.

Salió del despacho y se cruzó con Arturo, el oficial que se sentaba más cerca. Le indicó que dejase lo que estuviera haciendo y le acompañase.

—Vamos para abajo, hay unos detenidos que podrían tener relación con un homicidio.

—¿Otro homicidio? Jefe, tenemos la negra —resopló Arturo, incorporándose pesadamente mientras se quitaba las gafas para leer. El agente abandonó sobre la mesa un café de máquina ya frío y una bolsa de Doritos, pero no se olvidó de coger la cajetilla de tabaco, por si podía escaparse un momento afuera. Tenía cincuenta y tres años y estaba pasado de vuelta de todo, pero no le importaba trabajar los fines de semana, de lo contrario se habría marchado a alguna oficina de expedición de DNI y Pasaportes, con un calendario laboral más provechoso. Era ancho y corpulento, apenas sobrepasaba el metro setenta y en su rostro abotagado destacaba un bigote frondoso, tan ochentero como su jersey de punto. Tenía una mujer que era una joya por dentro, que se dedicaba a limpiar las casas de las que preferían ser joyas por fuera. Dos hijos mayores, uno mecánico e independizado, el otro licenciado en Geológicas y en paro. Su acento asturiano se había atenuado tras dos décadas ocupando distintos destinos de la península.

Los dos hombres bajaron en el ascensor hasta el primer sótano. Luego pasaron junto a la rampa por donde entraban los vehículos oficiales y el particular del comisario, que tenía plaza propia. Giraron sobre sus talones hacia la izquierda para abrir las puertas batientes con claraboya e internarse en el pasillo de la Inspección Central de Guardia. Al fondo se encontraba la puerta que daba acceso al recinto de calabozos y, a un lado, los cuartos de espera, interrogatorios y toma de huellas dactilares. El comienzo del pasillo se ensanchaba dejando a mano izquierda un recinto que hacía funciones de salita de espera, con una decena de asientos de plástico anclados a la pared y baldosas de color ocre. Había una puerta que conducía a los servicios. Junto al quicio podía leerse en un cartel pegado con celofán: «Para evitar que los detenidos atasquen los servicios cuando tengan que usarlos, entregadles el

papel JUSTO. El Coordinador». A mano derecha quedaba el despacho, o más bien cuartucho, donde el inspector del turno supervisaba las gestiones, maldiciendo cada vez que su viejo PC tardaba más de la cuenta en cargar un archivo. Claro, que tampoco podían quejarse mucho, porque en los juzgados empleaban los ordenadores de segunda mano que desechaban los administrativos de la Diputación General, lo que era mucho más humillante. En otro despacho contiguo, más grande, varios agentes realizaban informes y ampliaban diligencias, mientras tomaban declaración a denunciantes y denunciados.

Herrera se asomó al umbral del despacho junto a Arturo. Víctor Sancedo tecleaba furiosamente, como era habitual en él, de manera que parecía que usaba una antigua Olivetti. No sabía mecanografía, pero estaba tan habituado a hacer informes que con dos dedos adquiría velocidades de doscientas pulsaciones por minuto, casi más rápido que su propio corazón cada vez que subía a su domicilio, un tercero sin ascensor en el barrio de La Jota. Eso se lo debía a la elevada cantidad de dinero que destinaba anualmente a las empresas tabacaleras.

—¿Han pasado a calabozos? —preguntó Herrera.

—¡Qué va! —exclamó Sancedo, levantando la vista del monitor. Luego miró al oficial, una suerte de balón de fútbol enfundado en una americana gris que dejaba entrever el jersey de punto—: Hola, Arturo.

—¿Dónde están?

—En la sala de espera del fondo —explicó Salcedo mientras acompañaba sus palabras con un giro de mentón. Me han asegurado los de la UAPO que entienden perfectamente el castellano. El oficial de la furgona creo que está terminando la comparecencia aquí al lado. Puedes hablar con él. Pero los rumanos se hacen los tontos ahora. Hemos pedido un intérprete. El abogado de oficio tampoco tardará en llegar. Podrás interrogarles pronto.

—Supongo que habrás avisado a los de Científica, ¿no?

—Sí, claro, están en ello. Los compañeros del depósito han metido el dedo en una bolsa de plástico y ya se lo han pasado. Espero que esa bolsa no fuera de patatas fritas. —Sancedo se rio de su propia ocurrencia.

El pasillo siempre estaba transitado. Los detenidos llegaban con cuentagotas pero los trámites eran tantos que cada intervención se dilatava en el tiempo durante horas. Entraron dos policías locales con un tipo engrilletado, cabizbajo y bastante tranquilo. Lo habían cazado a la carrera a trescientos metros de la farmacia de donde el tipo había robado el bolso de una clienta, tras propinarle un fuerte tirón que la había arrojado al suelo. Sabían que un juez lo dejaría libre porque rebajaría la tipificación de robo con fuerza a simple hurto al descuido, y un hurto no se consumaba si el ladrón no había podido aprovecharse de lo sustraído, según indicaba la jurisprudencia, algo imposible si la policía lo cazaba en apenas un minuto. Sabían que les tocaría alzar los hombros en señal de resignación cuando la denunciante les mostrase su indignación con la justicia tras el fallo del juicio, después de haber

perdido tres días en declaraciones en comisaría y en los juzgados. «Pero esto es así, señora. La burocracia, ya sabe. Los vacíos legales, los resquicios, los profesionales de los pequeños delitos, nosotros hacemos lo que podemos, cuesta más dinero saltarse un semáforo sin peligro para nadie que darle una paliza a un tipo. Pero tenemos que seguir con esto, para eso nos pagan, señora. La próxima vez, valore si le merece la pena denunciar los hechos».

Herrera decidió avanzar por el pasillo hasta el cuarto donde esperaban los cuatro detenidos. Se asomó y los vio en los asientos, calmados. No reconoció a ninguno. Tampoco parecían gran cosa. Gente de vida difícil, nada más. Muchos tenían las manos como tenazas, de trabajar en el campo o en oficios igual de duros. Pero ninguno tenía esa expresión que Herrera había descubierto en algunas personas, aquellas a las que no les importaba quitar la vida. Regresó junto a Arturo y Sancedo.

—Víctor, ¿tienen antecedentes? ¿Están fichados? —preguntó.

—Poca cosa —respondió Sancedo—. Dos están limpios, los otros dos tienen registrados hurtos y algún robo de poca monta. Son unos pringaos. Unos pringaos hijos de puta, ya me entiendes.

De pronto se escuchó un grito en el pasillo. Un ruido seco, como de mazo abriendo un boquete. Después, un forcejeo. Herrera y Arturo corrieron afuera e intentaron ayudar a los policías locales que procuraban inmovilizar a su detenido. En un momento de descuido, el fulano se había levantado y se había lanzado de cabeza contra una puerta. La chapa de aglomerado había cedido y se veía perfectamente el cerco dejado por el cráneo. Otros compañeros de calabozos salieron y echaron un cable. Al final había cuatro brazos estorbándose para coger cada una de las dos piernas del detenido que pugnaba por zafarse. Uno de los agentes practicó una luxación en un codo que inyectó dolor sin lesiones en la articulación. El detenido gritó como un animal acorralado y furioso. Eso conllevaría nuevos trámites, dar nuevas explicaciones y ampliar diligencias. Tendrían que llevarlo al hospital provincial para que un médico valorase las lesiones de la cabeza, habría que hacerle radiografías y adjuntar los partes médicos a la comparecencia. El detenido alegraría que los cabrones de los agentes le abrieron la cabeza a hostias. Por eso, uno de los policías fingió una luxación de hombro, para cubrirse las espaldas. Denuncias cruzadas. Pura rutina.

A Ismael le gustaba quemar cosas a escondidas.

Cuando su madre salió de casa para visitar a su abuela, él aparentó quedarse absorto frente a alguno de los libros extraños que hurtaba en la biblioteca. Pero en cuanto percibió el ruido del ascensor, se levantó de un brinco y corrió a su habitación. Abrió las ventanas y después introdujo medio cuerpo bajo su cama para extraer una bolsa con sus antiguos coches de juguete, diminutas réplicas de una realidad que lo sobrepasaba. Luego se dirigió al dormitorio conyugal y cogió del cajón de la mesilla de noche, del lado donde dormía su padre, un mechero con el escudo de un equipo de fútbol, no sin antes apartar de encima una caja de condones, un cinturón enrollado como una serpiente y varias bolsas de caramelos para la tos.

Ya en su habitación, seleccionó de la bolsa los dos ejemplares que le parecieron más llamativos. Luego colocó a los designados, uno frente al otro, a unos centímetros de distancia. Eran los relucientes vestigios de una época en la que todo iba mejor, cuando su padre todavía le traía golosinas y regalos como aquellos al regresar del trabajo.

Ismael cogió con una mano cada cochecito de plástico y metal blanco y lo separó del otro la máxima distancia que le permitía la extensión de sus brazos, haciéndolos rodar sobre el terrazo. Después hizo circular los cochecitos como cuando era más pequeño, apenas un alevín, cruzando los brazos y ululando para representar que uno de ellos era una patrulla policial durante una persecución, hasta que hizo chocar los dos coches y reprodujo el accidente una y otra vez desde distintos enfoques haciendo explotar sus hinchados mofletes.

Todo iba mejor antes de que su padre perdiera el trabajo al comienzo de la crisis.

Uno de los coches volcó y se quedó con las ruedas mirando al techo como una cucaracha indefensa. El chasquido precedió a la llama del mechero, y la llama se acercó al coche volcado, cuyos ocupantes no pudieron salir, atrapados. El dios inclemente que los observaba recitaba versos que solo la gran criatura de obsidiana podía concebir.

Todo iba mejor antes de que su padre perdiera el trabajo y se diera a la bebida sin remedio, hasta el punto de que un día golpeó una y otra vez a su esposa en el vestíbulo cuando esta se levantó para recriminarle su tardío regreso.

Observó el chisporrotear del fuego que devoraba el chasis con brazos dorados. Colores que en su imaginación formaron un arco iris de una belleza incomparable. Se excitó con el olor de la columna de humo que escapaba hacia la ventana dibujando arabescos en el aire. Cuando el fuego se consumió, Ismael contempló el charco de plástico fundido y el esqueleto metálico que quedaba a sus pies. Antes de pensar en

abrir el resto de ventanas de la casa para que la corriente y el ambientador de azahar en *spray* se llevasen el olor a quemado, se dijo que podría hacer lo mismo con sus uñas, si las ennegreciera poco a poco hasta hacerlas derretirse.

Todo iba mejor mucho antes de que una noche su padre llegase a casa vociferando y dando golpes y luego metiera a Kimi, el fox terrier de la familia, en el horno. Todo porque Kimi ladraba nerviosamente cada vez que aquel hombre, oscuro como una mancha, regresaba de madrugada.

Todo iba mejor hasta que Ismael tuvo que soportar los aullidos del animal mientras lo veía en el interior del horno, a máxima potencia.

Habían subido a la sala de interrogatorios. Doce metros cuadrados. Tres sillas de aluminio y policarbonato alrededor de una mesa de oficina. Solo una de ellas estaba ocupada por un detenido. Las otras dos quedaban libres, aunque sobraban personas. Había un veterano abogado de oficio con el pelo desgreñado, ojos a los que les faltaban dos cafés para recuperar el brillo, traje arrugado y maletín barato pero funcional. Una traductora rumana de cincuenta años, muy ufana, como si acabara de follarse al yogur de su vida. Dos agentes de policía: Santiago Herrera, que caminaba en círculos y se acercaba al detenido de vez en cuando, y Arturo, que empezaba a morderse las uñas a falta de nicotina.

—Dumitru, tú eres el titular del vehículo donde encontramos este maldito dedo. —Herrera paseó ante los ojos del detenido el informe fotográfico que reproducía con detalle el dedo amputado. La sangre seca ofrecía una imagen gangrenosa del pedazo de carne arrugada en torno a las falanges.

La traductora rumana no hacía mención de traducir nada. Ya no era necesario desde que Dumitru empezó a entender el castellano a medida que el inspector abandonaba el tema del robo para abordar lo que realmente le interesaba a su departamento. Para la traductora era dinero fácil del Ministerio de Interior, aunque, con la crisis, se cobraba tarde y mal, pero al fin y al cabo era trabajo.

—Io no tengo nada que ver, agente. ¡No sido io! —respondió furioso el detenido. El acento italiano, donde había residido más de una década, se había mezclado con sus orígenes cercanos al Mar Negro.

—Claro, el animal seguro que comía bellotas en algún monte y se comió a un dominguero que buscaba setas —ironizó Herrera—. Luego os encontrasteis vosotros al cerdo y le invitasteis a tomar asiento en el maletero.

Dumitru no respondió. Solo miraba a Herrera con el ceño fruncido. Sabía que estaba jodido y solo pensaba en quitarse el principal marrón de encima. Iba a ser otro robo fácil y había caído con todo el equipo, incluido con un dedo de no sabía quién. Podía aceptar lo de que uno de los animales estaba vivo en el maletero, aunque sabía que era mentira, pero no pensaba cargar con un fiambre de dos piernas y ese inspector empezaba a ganarse varias hostias en un callejón. Cuando saliera de allí esperaba encontrárselo algún día en un centro comercial, quizá en el cine, en compañía de su familia. Aunque solo fuera para seguirlo y rajarle las ruedas del auto. Las ciudades eran más pequeñas de lo que parecían y no había pañuelos grandes en el mundo, solo gente desmemoriada.

—No es necesario que use el sarcasmo —acertó a decir el abogado, a quien poco o nada le interesaba que aquello se alargase demasiado, independientemente de su

resultado. Más bien había soltado aquella reconvención por cubrirse el culo, para justificar sus honorarios, aunque solo fuera para sí mismo. Sabía que a los abogados de oficio les bastaba con garantizar la lectura de derechos. Si acudiera pagado por un cliente sería distinto, se molestaría en asesorarle constantemente, en repetirle hasta la saciedad que no tenía por qué declarar nada, en amonestar a los agentes en cada resquicio del interrogatorio. Y luego a preparar un juicio sin molestar demasiado a la judicatura, para no granjearse enemigos. A pactar condenas y acumular pleitos en el currículum. Pavos reales de la justicia en un mundo de zorros y gallinas. Pero cuando un abogado actuaba de oficio era apenas un mudo testigo de la función.

—Io no he sido —insistió Dumitru con gesto grave.

—¿Y alguno de tus compañeros?

Dumitru negó repetidamente con la cabeza.

—Pues tu amigo Sergei dice que fuiste tú quien troceó a ese hombre —soltó Herrera.

—Inspector, no falte a la verdad —le conminó el abogado sin ningún atisbo de encono. Su voz era apenas el consejo desgano del angelito que asumía la derrota desde el hombro—. Sabe muy bien que la Ley de Enjuiciamiento Criminal prohíbe eso. Límitese a hacer preguntas directas que no sean capciosas.

Santiago asintió con una sonrisa. No repetiría su afirmación, porque era totalmente falsa, pero no le importaba. Ya había tirado la piedra y esta se encontraba en el fondo del lago, donde el lodo atrapaba a quienes dejaban de nadar. No importaba lo que ese abogado le hubiera recriminado. Las neuronas de Dumitru debían ordenar que relajara su esfínter, daba igual la mierda que tuviera que soltar.

—Es muy fácil, Dumitru. Si tú no has dañado a nadie, no tienes más que decirnos de dónde robasteis los cerdos —explicó Herrera, gesticulando ostensiblemente con las manos—. ¡Tan fácil como eso!

Herrera sabía que el rumano se había asustado de verdad cuando le enseñó el informe fotográfico. Desde el principio aquel hombre rudo había negado con firmeza los hechos, y esa expresión de asombro era garantía de sinceridad. Pocos actores conseguirían fingir tan bien. Dumitru no parecía uno de esos tipos habituados a la taimada picaresca. Más bien un campesino en paro tentado por un país que le ofrecía una blanda legislación penal y alguna sentencia judicial a razón de seis euros por día de condena.

—Io no maté a persona —sostuvo el hombre desde su asiento.

—Estás tratando de ocultar algo, de lo contrario, me dirías sin problema de dónde veníais.

—No. Io no maté a persona —se enrocó Dumitru.

—Escucha, estúpido —resopló el inspector, a la vez que hacía un ademán al abogado para disculparse—. Les arrancasteis a los animales las placas de las orejas, pero tarde o temprano sabremos de dónde los robasteis. Solo tenemos que esperar a que mañana por la mañana u otro día denuncien el robo los dueños, sin necesidad de

rastrear ninguna empresa. Pero tenemos que encontrar al fiambre, si es que puede encontrarse, y eso sí que es urgente. Necesitamos saber dónde empezar a buscarlo. Si no hay huellas tuyas, te librarás sin problema. De lo contrario, no sé si saldrás libre, pero te va a costar sudar lo tuyo.

—¡Claro que haber huellas mías! —estalló Dumitru, señalándose a sí mismo en el pecho. Su dedo índice era un puñal que atacaba una y otra vez al esternón—. Io maté al cerdo. Seguro. Lo vi con estos ojos —dijo Dumitru, haciendo referencia a la versión de los agentes de la UAPO—. No estaba vivo cuando ellos vieron. Pero huellas solo en nave, no en hombre muerto. Io no ver muerto nunca.

—Eso no puedo cambiarlo, lo sabes. Es la palabra de los policías —respondió Herrera. Su voz adoptó ahora un tono conciliador—. Si dicen que el animal tenía espasmos, es que los tenía. O si no, que lo decida un forense, o un veterinario, me importa una mierda. Pero puede que no lo mates tú sino uno de tus amigos, ¿qué te parece? Eso no lo sabe nadie salvo nosotros. ¿Y si decimos que fue uno de tus compañeros quien tuvo la idea de robar esos animales?

—Huellas en mazo, huellas en mazo. Es fácil culpa mía.

—Este tío no se entera, aunque hable español. —Se giró Herrera hacia Arturo. Este se encogió de hombros. No hay nada que hacer, es más corto que la manga de un chaleco, parecía decir.

Herrera volvió a adelantarse hacia el rumano.

—A ver si te enteras, maldita sea —masculló, susurrándole al oído—. Como no me digas dónde está, te arrancaré varios pelos del brazo y los dejaré en el lugar del crimen cuando encuentre el cadáver.

Después, el inspector giró sobre sus talones para volver a trazar círculos.

Dumitru se quedó blanco. La traductora le preguntó en su idioma natal qué le había dicho. Dumitru replicó en rumano. El abogado, que estaba apoyado en la pared, pareció recuperar un poco el interés.

—No vuelva a hablarle al oído, inspector.

—Repítalo —dijo Dumitru, recuperando el diccionario castellano.

—Te lo diré de otra forma, alto y claro. —Herrera siguió con el farol, se volvió hacia el detenido—: Si no me dices dónde robasteis esos cerdos, vas a tener una patrulla de paisano pisándote los pies durante un mes, para que me informen de todo lo que haces, con quién vas y adónde. A ver cuántos palos vuelves a hacer durante las noches. ¿Y de qué vas a vivir, Dumitru? ¿Te encerrarás en tu piso de la calle Santander? Igual hasta algún compañero encuentra coca o un arma ilegal en la guantera de tu coche en un control rutinario, no me extrañaría que tú fueras de esos. ¿Quieres más problemas? Si me dices la verdad va a ser lo mejor para todos. Si encontramos esta noche el cadáver y no hay ningún resto orgánico que te incrimine, estarás libre mañana, ya sabes cómo es esto.

Dumitru permaneció en silencio. Observó fijamente al policía, estudiándolo. No se creía muchas cosas, pero sabía que la policía podía joderle la existencia, si se lo

proponía, a un delincuente del escalafón más bajo. Denuncias por tenencia de droga, armas blancas, recriminaciones o insultos a los agentes, y lo peor de todo, controles y registros constantes a su vehículo, donde solía esconder sus herramientas.

—Entramos en cooperativa en afueras —empezó a hablar—. Allí matamos animales, abrimos puerta, y después, luego arrastramos fuera animales. Metimos en coche y ya.—Dumitru cortó el aire con los brazos en horizontal. Una fibrosa tijera de hombre de campo que podría estrangular a un varón urbano—. Io no sé de hombre muerto ni dedo ni nada. No nada mío allí. Yo no más que cerdos. Io juro.

—El lugar, Dumitru —insistió Herrera—. Dime el lugar exacto.

Entonces el rumano lo miró a los ojos. Desvió después un momento la mirada para ver a la intérprete y al abogado, quietos como convidados de piedra.

Su madre le había comprado un ratoncillo. Había sido una pequeña concesión tras varias semanas en las que Ismael había pedido un gato por su cumpleaños. El chico sabía que los gatos tenían miedo al agua, lo había leído en algún libro de fauna y naturaleza, y llevaba mucho tiempo soñando con ahogar a un minino aterrorizado, pero el ratón estaba bien. Clara Ballester le había prometido un gato si conseguía mantener vivo al roedor durante todo un año. Pero la pequeña criatura tenía la piel de la tripa tan suave que daban ganas de atravesarlo con un alfiler una y otra vez, e Ismael tuvo que luchar contra sí mismo todas las noches para no condenar al animalillo entre sus manos. La mejor excusa para mantenerlo vivo fue emplearlo como contrincante de numerosos insectos. Por la jaula del roedor pasaron arañas de patas alargadas, avispas con las alas cortadas, hormigas de todos los tamaños e incluso un escarabajo con el caparazón duro como la porcelana. Todos sucumbieron ante el hambriento mamífero, que no probaba las semillas de girasol desde que su nuevo dueño las tiró por el retrete.

Habían pasado los días y el ratón seguía vivo, aunque la delgadez comenzaba a manifestarse en sus afiladas caderas. Ismael estaba nervioso ante la inminente llegada de su padre al anochecer, cuando las espesas sombras comenzaban a teñir los edificios colindantes. Lo esperaba asomado a la ventana, aunque sabía que desde ese ángulo no vería como el vehículo entraba en el garaje. Se mordía las uñas ennegrecidas por el fuego y temblaba entre las sombras de su cuarto como un murciélago recién nacido. Las notas del colegio reposaban en la mesa del descansillo. Su madre fumaba compulsivamente en el salón con la mirada clavada en la pared. La mujer observaba cada protuberancia del estucado, cada imperfección en la línea de pintura del zócalo. Se preguntaba qué había hecho mal, con los ojos enrojecidos, mientras las colillas le quemaban los dedos.

Ismael no pudo soportar más la presión en sus sienes. Partió dos lapiceros y una astilla se le clavó en la mano, pero no sintió dolor. No lo sentía porque sabía que no era nada comparado con los golpes que vendrían tras escuchar el giro del cerrojo de la puerta. Las hostias de un hombre que le triplicaba en peso y que aparecería en cualquier instante en el umbral del hogar. El chico necesitaba sentirse grande, enorme. Querría ser un elefante para aplastar a todos los animales y personas bajo sus patas, especialmente a su padre. Por eso se acercó a la jaula del roedor y cogió al debilitado animalillo entre sus manos, ahuecándolas y dejando un resquicio suficiente para observar los ojillos diminutos. Ismael comenzó a acariciar al asustadizo animal con la punta de sus pulgares, mientras observaba por la ventana los focos de los coches cuya marca y modelo no distinguía. La respiración del ratoncillo se volvió

acompañada e Ismael lo sujetó con una sola mano de manera que solo la cabeza asomaba libre. Siguió acariciando la cabeza con el pulgar. Era la caricia de un elefante de circo asustado que en cualquier momento podía dar un traspie y aplastar a su domador. El chico empezó a arrepentirse verdaderamente de no haber escuchado a sus profesores, de no haber estudiado absolutamente nada de lo que le mandaron. Le gustaba leer pero solo para evadirse de la realidad y conocer nuevos mundos, sumergirse en teorías ocultas y versos prohibidos. No le interesaba el mundo en que vivía, por eso no quería saber nada de cuanto le dictaban sus tutores. Por ese motivo siguió falsificando las notas hasta que fue imposible mantener el engaño, pero no le conmovió lo más mínimo ver a su madre llorando arrodillada a sus pies esa misma tarde, derrotada como una reina sin séquito.

Mientras esperaba, Ismael tenía un nudo en la garganta que apenas le dejaba respirar. Su laringe era una corbata anudada al estilo inglés. Sus manos empezaron a sudar cuando intuyó que unos focos de neón eran los del coche que temía. Se enjugó el sudor de la frente con las cortinas. No sabía qué hacer, pensó en ocultarse en el armario, pero eso nunca le había servido de nada. Debería largarse de casa, consideraba a veces, pero sabía que lo encontrarían y su acción le acarrearía palizas aún mayores. No quería seguir siendo una víctima, deseaba ser un elefante grande y fuerte, un paquidermo negro como la obsidiana que pudiera ahuyentar a los leones y al resto de depredadores. Solo quería permanecer tranquilo. Por eso dejó que su mente colorease las paredes de su habitación. Rojo, verde, azul pálido, violeta. Los colores se contrajeron y se expandieron en constelaciones que se tornaron enjambres que zumbaban y obturaban sus oídos. Le pareció que el piso, el edificio entero, se mecía en una extraña nube multicolor. Pensó que se había dormido, pero algo peludo se revolvió en su mano cerrada y lo devolvió a la realidad. Percibió el giro de la llave en la puerta principal. Unos zapatos se detuvieron en el descansillo. La fricción de un abrigo colgándose de un perchero. Un sonoro portazo.

Antes de ver a su padre abriendo la puerta del dormitorio como un huracán, Ismael crispó los puños. El chasquido de un esqueleto lo relajó tan solo un segundo, a la vez que una tibia calidez recorría su entrepierna y mojaba el pijama a rayas.

Santiago Herrera acababa de subir de nuevo a las oficinas del departamento. Había entrado en el despacho para coger del perchero su cazadora de *sport* color caqui, con múltiples bolsillos. Eso y sus pantalones vaqueros, ligeramente elásticos, eran sus prendas más habituales. Siempre calzaba zapatillas que podían parecer zapatos, o zapatos que parecían zapatillas, como le diría un joven al portero de una discoteca. De esa forma vestía de una manera informal que en caso de necesidad le permitía correr con ciertas garantías. Aunque un caco con chándal y deportivas, sin pistola en la sobaquera ni grillettes de acero ni cargador de repuesto, siempre tendría ventaja. Pero ese era un *handicap* mucho mayor cuando estaba destinado en el departamento de Seguridad Ciudadana, en Barcelona. Ahora trabajaba generalmente con fotografías de muertos, testigos oculares, llamadas telefónicas, mapas llenos de etiquetas y círculos rojos.

Se enfundó la cazadora y palpó el bulto en la sobaquera. Era un gesto diario, automatizado. Subió la cremallera hasta el esternón. Luego se agachó para tocarse el tobillo izquierdo, detectó otro bulto oculto detrás del calcetín, del tamaño de un guisante. Era su talón de Aquiles, su única debilidad. La que combatía día y noche sin remedio, porque poco a poco también se estaba convirtiendo en otro gesto automático.

Abrió la puerta del despacho y salió con unos informes en la mano. Se dio de bruces con una mujer morena de mediana estatura. «Gana al natural, desde luego», eso es lo primero que pensó, aunque no se permitiría calibrarla de arriba abajo hasta que ella le diera la espalda, para no parecer un perverso. Entonces miraría de soslayo sus piernas esbeltas pero atléticas, y quizá imaginase sus pechos redondos como helados de fresa, bajo el suéter de algodón ceñido. Herrera se reprendió a sí mismo por su suciedad, parecía un mandril de dieciocho años desde que se había divorciado.

—Es la nueva subinspectora, jefe —dijo Enrique detrás de ella. Kike, como le llamaban todos los compañeros, era el miembro más joven de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos, un hombre de mandíbula firme y el pelo pretendidamente revuelto con gomina. Su rostro se distendió en una sonrisa y enarcó ambas cejas para anunciar en silencio el bombón que acababa de llegar al departamento.

—Buenas noches, inspector —saludó la agente.

—¿Laura Beltrán? —Herrera extendió la mano y ella la estrechó con energía. Eso le gustó al inspector, no simpatizaba con mujeres inseguras, le recordaban a su exmujer.

—Me alegro de verte por fin en tres dimensiones, tengo tu expediente ahí dentro —sonrió Herrera—. Espera un momento.

Herrera se acercó a Enrique, que acababa de sentarse en su escritorio.

—Kike, toma, quiero que dejes estos informes en los cajetines, son para el comisario.

—O.K., jefe —respondió el joven de veinticinco años.

—Ponte enseguida con lo de Dolores Sanz, ¿de acuerdo? Y en cuanto vayas en turno de mañanas te encargaré que vuelvas a telefonar a varias personas, a ver si les sacamos algo más de información a sus vecinos. No creo que esa tía se haya marchado de la ciudad.

—Puedo pasárselo a Marcos, jefe, mañana entra a primera hora de la mañana.

—No, lo harás tú —insistió Herrera—. A los del otro turno ya les he pedido otro favor. A ver si localizan a la Graciela y le sacan más detalles, ahora que han llegado los informes de balística. Igual hasta lo de Fuenbuena es un secuestro, después de todo. Yo me marcho ahora, puede que tengamos otro caso.

—¿Otro homicidio?

—Podría ser. Arturo se ha quedado interrogando a unos rumanos —explicó el inspector—. Le he dicho que me avise si averigua más detalles. A lo mejor te llama si necesita ayuda. Dale prioridad a eso. Aunque no creo que saque nada más; con lo que me ha dicho el primero de los detenidos tendré suficiente. No parecen ser los responsables, pero ya veremos, igual hasta me han dado una dirección falsa. Déjame un momento —dijo, pidiendo con un ademán algo de hueco frente al ordenador del policía—. Quiero buscar una cosa.

—¿El qué?

—Una dirección —respondió, lacónico. Tomó el ratón de Kike y movió el cursor por la interfaz de la pantalla. Abrió el buscador de Google. Tecléo «granjas en Zaragoza» y apareció un listado de vínculos. Luego añadió «San Lamberto», «cerdos» y «vías de tren». Entró en varias páginas, aunque las cerraba enseguida en cuanto veía que no le interesaban. Al final descubrió la dirección de una cooperativa. Fue a la opción «Maps» y tecléo la dirección. Luego arrastró una diminuta silueta humana con el cursor hasta el punto donde creía que estaría situada la empresa, según la descripción que le había dado Dumitru. Apareció una fotografía del lugar en la modalidad *Street View*. A Herrera le encantaba ese ingenio. Hizo girar la imagen para ver otros detalles de la calle alrededor. La valla, las vías del ferrocarril, las paredes de los chalets a lo lejos. No necesitó ver más, la descripción parecía correcta, otra cosa era que allí encontrase lo que buscaba.

—Tú —dijo girándose hacia la recién llegada—, te vienes conmigo. Ya habrá tiempo de enseñarte la oficina, vamos a ver si te estrenas esta noche, igual hasta me traes suerte.

Laura Beltrán obedeció la orden y echó mano de la chaqueta que había dejado sobre una silla giratoria. Eso le gustaba, que le dieran algo de ritmo. Llevaba

queriendo entrar en Homicidios desde que aprobó la oposición.

Bajaron al garaje y Herrera se sentó al volante de uno de los coches del departamento. Era un Citroën C5 sin distintivos, color negro. Una vez salieron de la comisaría, Laura se atrevió a preguntar:

—¿A dónde vamos? ¿A esa nave que has buscado?

—Exacto —replicó Herrera, acelerando bajo el báculo de un semáforo ámbar.

—¿Eso es nuestro? ¿No queda muy lejos?

—Sí, es nuestro. La competencia de la Guardia Civil es más allá —explicó el inspector levantando el mentón, como el viandante que saluda a un conocido desde la acera de enfrente—. Te explico un poco de qué va todo esto. Acaba de traer un furgón de la Policía Local a cuatro rumanos a los que han cazado con dos cerdos en el maletero. Los han debido de robar de alguna granja, probablemente la que he visto por *Google Maps*, al menos era la ubicación que me ha dado uno de ellos.

—¿Y qué tiene que ver con nosotros?

—Pues que han encontrado un dedo humano en la boca de uno de esos bichos —aclaró Herrera—, así que ahora se abren muchas más vías, posiblemente tengamos caso, ¿no crees? Desde un ajuste de cuentas lanzando a un tío a una cochinería, hasta simple casualidad. Los detenidos aseguran que no tienen nada que ver con el dedo, que ellos solo entraron a robar. No les veo pintas de matones, la verdad. Pero entonces, ¿qué narices hacía ese animal con un dedo en la garganta?

—¿Y solo tenía ese dedo?

—A estas alturas le estarán haciendo unos rayos X al bicho. A ver qué encuentran. Nosotros por si acaso vamos directos a esa granja, a ver qué narices vemos.

De pronto el habitáculo del coche se llenó de un denso silencio, casi asfixiante. Herrera miró de soslayo a su subordinada cuando esta concentraba la vista en algún punto del mobiliario urbano y sus habitantes.

—¿Conoces a alguien en la comisaria? —preguntó el inspector.

—No, acabo de llegar —respondió tibiamente la subinspectora Beltán. Sus ojos verdes se reflejaban en la ventanilla.

—No me refiero a si has hecho migas con alguien en tu primer día —rezongó Herrera—. Ya sabes de lo que hablo.

—Ningún familiar ni amigo policía me incitó a entrar, si es a eso a lo que te refieres —dijo ella mientras recorría con la mirada los ángulos de un edificio modernista de oficinas.

—Más o menos —dijo Herrera, esbozando una media sonrisa—. Así que lo tuyo es vocación —resolvió—. Pues entraste bastante tarde, aunque has ascendido rápido.

—Circunstancias de la vida.

—Ya veo. No eres muy habladora.

Herrera pretendía dejar la conversación ahí, entendiendo que la subinspectora no se sentía cómoda. Pero Laura Beltrán apartó la vista de su ventanilla y volvió el torso

hacia el conductor. Por suerte Herrera no tenía que aguantarle la mirada al estar pendiente de la conducción, pero sintió sus ojos verdes taladrándole la sien.

—Cuando una chica habla —comenzó a explicar su nueva compañera—, normalmente le trae problemas. Sobre todo si es consciente de que los tíos miran primero su culo. Es mejor parecer desagradable, o desinteresada, si una no quiere quitarse moscardones cada dos por tres en el futuro.

Herrera aguantó con estoicismo el rapapolvo.

—Vale, lo he pillado —respondió a la vez que tomaba una curva con cierta velocidad y aceleraba al entrar en una avenida—. Pero conmigo quiero que tengas clara una cosa. A mí me costó lo mío llegar hasta aquí, no he pasado por encima de nadie, pero no he dejado tampoco que nadie me robe los méritos. No me gusta la gente que entra por trifásico, y ya sabes que en Homicidios eso es bastante frecuente, es un dulce muy apetecible. Llevarás oyendo eso desde la academia, y es la pura verdad.

—Nadie me ha regalado nada, te lo aseguro —afirmó ella.

—Bien, me alegra oír eso. Y espero que sea cierto. De no serlo, me enteraré tarde o temprano. Y eso será mucho peor que saberlo desde el inicio. Mira, por poner un ejemplo de nuestro turno. El propio Kike... que conste que es buen chaval, ¿eh? Aunque un poco gilipollas —Herrera gesticuló con los dedos, manteniendo la palma de las manos sobre el volante—, pero antes de conocer su expediente yo ya sabía que sería uno de mis subordinados, antes incluso de que él supiera que estaba dentro, cuando lo mandaron a Delitos Económicos a Sevilla, justo después de sacarse la carrera y pasar la oposición. Antes de solicitar la plaza aquí, ya la tenía adjudicada. Y te aseguro que hay como dos mil tíos de su edad con bastantes más aptitudes esperando en una lista que no se mueve, aunque muchos no tengan una carrera.

—Entiendo.

—No, no lo entiendes, déjame acabar —prosiguió Herrera—. Tampoco significa que me caiga mal por eso, o que lo menosprecie, él no tiene ninguna culpa. Si mi padre, por poner un ejemplo, también hubiera sido comisario en lugar de un humilde sargento de la Guardia Civil, probablemente me habrían ayudado más, y yo seguiría siendo la misma persona, ni mejor ni peor. Pero es algo que no llevo nada bien, superamos unas oposiciones para algo, y se supone que el trabajo diario y los méritos deberían ser suficientes para marcar nuestro destino. Pero la Administración funciona de otra forma, a veces. Entiendo que eso pase en una empresa privada, pero no aquí. Por eso prefiero saber quién es currante y quién no, quién entra con vocación y quién solo por fardar o por llevarse un sueldo a casa estando bajo techo.

—En mi caso, no creo que te defraude.

—Te diré una cosa, ya tenía esa intuición —confesó Herrera—. Pero tendré que confirmarla.

—Gracias —respondió la subinspectora, satisfecha por el cumplido.

—Dime, ¿por qué elegiste Zaragoza? —preguntó el inspector—. Estando en

Barcelona, podías haber intentado meterte en Homicidios de allí, o pedir Valencia o Alicante, que tienen mucho trabajo.

—No pude elegir Alicante, y Zaragoza la conocía bien. Viví aquí bastantes años.

—Ya veo.

—En realidad, no sabía hacia dónde tirar —empezó a decir Laura con prudencia, le costaba ser sincera con un superior al que conocía desde hacía quince minutos y con quien no sabía si congeniaría o no—. Hasta me planteé ir a la Comisaría General. Un compañero me explicó un poco las circunstancias.

Herrera resopló y enarcó ambas cejas.

—Trabajar en la Central no merece la pena. Además, ahí me parece todavía más difícil entrar, aunque ya sabes, si conoces a alguien...

—Lo sé, pero el principal problema es que este compañero me dijo que era bastante diferente. Poco trabajo de campo.

Herrera asintió y frunció los labios.

—En la Central solo se llevan los casos de capitales de provincia que no cuentan con Homicidios. Descarta Madrid, Barcelona, Valencia, Alicante, Sevilla, etcétera. ¿Y qué te queda? Soria, Palencia, Cuenca. Te mueres de asco. Desaparecidos sí, pero pocos homicidios verás en esos sitios. Y lo que le da vidilla a esto son los homicidios, qué coño. Y luego está el peor problema de todos.

—¿Cuál?

—Es muy raro que vean una escena del crimen —aseguró Herrera—. Las plantillas de la pequeña ciudad de turno los avisan del homicidio y ellos tienen que desplazarse hasta allí desde Madrid. A veces incluso pasan varios días desde que son avisados por las comisarías de esas ciudades, así que pueden tardar semanas o incluso meses en aparecer por el lugar de los hechos. Imagínate. Tienen que realizar investigaciones tan complejas como nosotros, pero partiendo de un trabajo inicial realizado por el personal no especializado de esas comisarías. Inspección ocular de la escena del crimen, toma de declaraciones a testigos y otras primeras gestiones —enumeró Herrera con los dedos de la mano derecha, antes de meter la cuarta marcha y acelerar—, todo eso ya está hecho cuando ellos llegan allí desde Madrid. Luego ponte a investigar sobre todo ese trabajo, es muy complicado, me parece que llevan años sin resolver un caso difícil.

—Debe de ser muy frustrante —opinó Laura.

—Yo creo que sí. Y es normal, es muy difícil que gente que no ve un muerto pueda investigar un homicidio con garantías. Por eso, donde se trabaja mejor y donde más gente experimentada tienes es en Madrid. Eso es la élite.

—Eso me dijeron. Pero todavía no podía acceder allí, aunque la distancia no me importa.

—Aquí hay gente muy buena, de todas formas.

—Eso espero.

—¿De dónde eres, por cierto?

—De León, aunque como te he dicho, viví aquí desde los veinte, cuando me emancipé y me vine con mi primer novio. ¿Y tú?

—De Pamplona.

—Navarrico.

—Sí —rio Herrera—. Primero me destinaron a Barcelona, a Seguridad Ciudadana, no coincidimos porque yo estuve unos años antes que tú, entré bastante joven, por la escala ejecutiva. Luego solicité plaza en Zaragoza.

—Antes de saltar a la élite —bromeó Laura. Su nuevo jefe empezaba a caerle bien. La subinspectora comenzaba a sentir que había acertado al entrar en ese departamento.

—¿Quién sabe? Pero aquí estoy contento. Bastante cerca de mi ciudad natal, subo algunos fines de semana a ver a mis padres. Aunque a mi exmujer nunca le gustó este sitio. Dice que hace demasiado viento, y no le falta razón. A los dos años de llegar aquí, rompimos una relación que ya era insostenible. Por cierto, que en la Central todavía se desestabiliza más la vida conyugal, a menudo viajan de diez a quince días al mes. Aquí no estamos tan mal en ese sentido.

—En cuanto a lo conyugal no me habría supuesto un problema. —Laura se encogió de hombros—. Ahora no tengo pareja, pero sí un niño de nueve años. Ya había oído ese inconveniente de la Central.

Herrera enarcó una ceja y ladeó la cabeza, sin perder la atención al volante.

—¿Cómo se llama?

—Iván.

Transcurrieron varios segundos de silencio, en los que solo se escuchó el testigo del intermitente cuando Herrera cambiaba de carril o doblaba una esquina. El hombre pensaba en su situación particular.

—Con un niño de esa edad cualquier trabajo policial es un inconveniente —señaló.

—¿Tú tienes hijos? —preguntó Laura.

Herrera asintió, esta vez con más claridad. Esbozó una mueca agrídulce.

—Supongo que algunos fines de semana sí —continuó otra franja de silencio, hasta que añadió—: Tengo un chaval de doce años que se llama Daniel. A veces tengo tiempo de ir a buscarlo al instituto y se viene conmigo a comer a mi piso, o vamos a ver algún partido de balonmano los sábados cuando libro, a él le gusta mucho ese deporte.

—¿Vive con ella?

—Claro, es lo mejor, ella tiene un trabajo fijo en horario de mañanas. Además, es su madre. —Herrera añadió con un deje de resignación—: Pero la verdad es que tenemos muchas discusiones por la custodia, es demasiado celosa.

—Tiene que ser difícil eso —opinó Laura.

Herrera se encogió de hombros.

—Supongo que uno se hace a todo, pero duele, es cierto.

Herrera tomó el desvío que se internaba en la urbanización Torres de San Lamberto, dejando atrás la carretera de Logroño. Se internaron en la calle Padre Benito Feijóo, que trazaba una curva de casi un kilómetro demarcando una media luna de terreno cubierto de unifamiliares y chalets con piscina y pistas de pádel. La zona estaba salpicada de pequeñas callejas que se bifurcaban de la arteria principal. Laura Beltrán conocía aquella urbanización de oídas, pero nunca había entrado en ella. Flanqueados por setos altos que delimitaban las parcelas, fueron a parar a un cruce con la calle B-21. Se desviaron y unos metros más adelante, junto a un cuadro eléctrico, encontraron el cartel azul de un grupo inmobiliario que ofrecía la venta de un solar para construir dos chalets de doscientos metros cuadrados. Aquella era la zona que Herrera había anotado mentalmente antes de salir de comisaría. Había algunos vehículos estacionados en la orilla derecha, muy pocos. Animales adormecidos junto a portones de acceso y tapias de ladrillo y figuras geométricas con ornamentos de lapislázuli. A esas horas había menos actividad que en un cementerio, aunque también debía de ser una zona tranquila a plena luz del día, con mujeres aburguesadas paseando carritos de bebé, alguna furgoneta de un gremio que acudía a reformar un zaguán y el sonido de un cortacésped y los aspersores.

—La gente de por aquí no vive mal, ¿verdad? —apuntó la subinspectora.

Pero Herrera no respondió nada. Intentaba recordar la descripción de Dumitru y se fijaba en cada detalle mientras avanzaban. Descubrió la escurridiza presencia de una salamanquesa en la penumbra. Las farolas habían iluminado bien el tramo del que procedían, pero a partir de ahí la calle continuaba con la luz atenuada de los faroles aislados. Un poco más allá, el asfalto se internaba como un río de ceniza en los escasos trescientos metros de solares cubiertos de matojos que separaban ese lado de la urbanización con la autopista, sin llegar a alcanzarla. Más allá quedaban las vías del tren, que cerraban una curva para después proseguir recto a la altura de la depuradora de aguas residuales de la Almozara e internarse, como una cicatriz molesta e impertinente, hasta la estación intermodal de la capital aragonesa. En medio de aquella porción de tierra, al abrigo de la opacidad de la noche, destacaban los rectángulos de varios edificios bajos ribeteados de luces añiles. Herrera recordó que los vecinos de la zona se habían manifestado dos años antes para evitar la instalación de una moderna granja porcina tan cercana a su urbanización. La noticia había aparecido en los periódicos y varias personas fueron entrevistadas. Pero el proyecto salió adelante, aunque no parecía haber generado conflictos desde su inicio de andadura. El inspector le explicó eso a su compañera mientras orillaba el coche junto al vallado de seguridad que rodeaba las instalaciones. Ambos se aparearon arrebujándose en sus abrigos. Hacía un frío de mil demonios y el viento multiplicaba sus efectos.

—Tenemos que revisar este sitio —señaló Herrera.

Camaron unos metros hasta alcanzar la verja de la entrada principal, tachonada de luces led. No parecía forzada. Los dos policías cruzaron sus miradas en silencio y

sin mediar palabra supieron qué hacer. Comenzaron a recorrer el perímetro, sin que ninguna ventana desvelara luces encendidas en el interior. Al cabo de cinco minutos encontraron la silueta de una amplia abertura en la valla practicada con alicates. Decidieron adentrarse en el recinto. Herrera y Beltrán habían visto los carteles advirtiéndoles de una alarma que parecía desconectada. El inspector comenzó a sospechar que al menos uno de los rumanos detenidos trabajaba allí. No era la primera vez que sucedía. A fin de cuentas, un gran porcentaje de robos en los centros comerciales proceden de los propios empleados. En una granja las cosas no tenían por qué ser distintas. Aunque robar animales que duplicaban el peso de un hombre adulto no era lo mismo que hurtar DVD. Herrera conocía casos similares en granjas de las afueras, casos llevados generalmente por la Guardia Civil. Los dueños cada vez descuidaban más el mantenimiento de los sistemas de alarma debido a la falta de dinero, y así se lo pagaban sus propios empleados. Anotó mentalmente la tarea de realizar al día siguiente algunas llamadas además de preguntarles más cosas a los detenidos.

Avanzaron hasta el muro del primer edificio, pasando junto a un silo tan alto como un roble. Uno de los ventanales estaba entreabierto y, por las huellas que unas suelas manchadas de tierra habían impreso en la pared, era fácil deducir que los ladrones habían entrado por allí. Alguien medianamente ágil podría haberse ayudado de la canaleta que descendía desde el tejado. Un poco más allá, pese a la oscuridad, se advertía un portón trasero de doble batiente, probablemente utilizado para la carga y descarga de animales. Fueron hasta allí y comprobaron que estaba ligeramente abierto. Tras la puerta se escuchaba la jerigonza de medio millar de hocicos adormecidos. Herrera encendió una pequeña linterna y enfocó hacia el suelo, había una mancha oscura que se extendía como una alfombra pegajosa. Era un rastro de sangre que conectaba con la abertura practicada en la valla.

El inspector enfocó hacia el portón y lo empujó. Junto al pasador vertical había un candado con el gancho partido en dos.

—Saltaron por esa ventana y salieron por esta puerta. Partieron el candado con una cizalla desde el interior —dedujo con facilidad la subinspectora Beltrán, quien también había visto casos similares cuando cumplía su cometido en la Unidad de Atracos de Valencia—. Hasta ahora todo parece lógico y fácil de identificar.

Herrera asintió. El *modus operandi* del robo obedecía a todos los tópicos. Pero había que dar con el dueño del dedo, de encontrarse allí. Y eso ya no tenía nada de tópico.

El olor rancio y penetrante de las cochineras se colaba por la abertura. Ambos agentes entraron en la nave. Laura tomó aire y se tapó la nariz con la manga de su chaqueta.

Frente a ellos había un largo pasillo flanqueado por reducidos vallados para cerdos, con sus tolvas para comederos, los suelos enrejados para facilitar la caída de purines y las conducciones de agua sobre sus cabezas. Mientras avanzaban, los haces

de las linternas descubrían abigarrados grupos de formas redondeadas. Pálidos lomos que en su hacinamiento palpitaban como colosales fuelles. El agudo gruñido de un animal despierto hizo dar un respingo a los dos agentes. De forma instintiva, Beltrán echó mano a la funda de su arma, en el costado derecho, aunque luego se relajó y se dijo que había visto demasiadas películas de terror. Pero volvió a sobresaltarse cuando el animal embistió el vallado de hierro galvanizado. Pronto descubrieron el motivo de su nerviosismo: el rastro de sangre se perdía en el cubículo. Era el compañero de las dos bestias capturadas y reventadas a mazazos. A Herrera le habría gustado inspeccionar la tolva de cebado de la que probablemente procedía el dedo amputado. Quizá alguien troceó a la víctima y dejó sus restos diseminados por toda la nave. En esos momentos varias extremidades podían descansar en distintos estómagos, lo que complicaría su recuperación. Pero la opción que le parecía más factible era la que incluía el resto de aquella mano descansando como una golosina ennegrecida entre el pienso del animal. Para averiguarlo tendrían que desalojar al menos ese cubículo, lo que resultaba inviable en ese momento.

La policía Científica tendría que acudir al lugar y rastrear todo el recorrido llevado a cabo por los ladrones. Sin embargo, el inspector seguía madurando la hipótesis que exoneraba a Dumitru y sus compañeros de las lesiones o el posible homicidio. No parecían asesinos. Entonces, ¿qué? ¿Cómo había acabado un dedo en el interior de uno de aquellos animales si esos hombres no tenían nada que ver? El cadáver tenía que estar por algún sitio, troceado o casi completo. Tal vez estuviera en uno de los módulos de gestación, o en el edificio de oficinas y vestuarios. Si lo encontraban, quizá podrían resolver el misterio.

Al final de la nave había una única puerta de chapa metálica. Esta accedía al pasillo que conectaba el edificio de engorde con el centro administrativo y de personal. El inspector comprobó que no estaba echada la llave, así que tiró del picaporte para abrirla muy despacio. Ante ellos se extendieron quince metros de corredor. Beltrán encendió la luz pulsando un interruptor. Las paredes eran del mismo material que las casetas prefabricadas que podían verse en el interior de cualquier fábrica. Al llegar al final tampoco tuvieron problemas para acceder al edificio vecino. Entraron en un almacén rectangular de unos veinte metros cuadrados. Toda la pared derecha quedaba cubierta por una estantería repleta de sacos de salvado de trigo. A la izquierda se amontonaba diverso material de trabajo. Herrera masculló un impropio cuando descubrió las huellas inconfundibles y el rastro de sangre de unas deportivas en el suelo de cemento, las mismas que habían accedido por la ventana.

Avanzaron hasta la siguiente puerta, que daba a un vestíbulo en forma de T. Todo el espacio que se abría a la izquierda estaba reservado a los vestuarios y las duchas. Frente a ellos se encontraba el acceso principal al edificio y, a la derecha, el comedor. Junto a este había una puerta de madera. A la altura de sus cabezas destacaba una placa con el rótulo grabado sobre bronce: «OFICINA». Herrera giró el pomo y la abrió. Entró seguido por la subinspectora. Sus ojos, ya acostumbrados a la penumbra,

intuyeron en el centro de un desordenado despacho una criatura que flotaba en el aire, colgada de lo que parecían unos arneses. A un lado el salvapantallas de un ordenador parpadeaba lanzando estrellas al infinito. Con cada parpadeo se recortaban las figuras de los extraños útiles depositados sobre un escritorio. Luego optaron por encender el interruptor de la luz y Herrera supo que Dumitru le había mentado.

Ismael habría preferido que el globo ocular de su compañero hubiera estallado como una pústula rellena de grosella, pero había errado el objetivo y el asta de madera y grafito colgaba de la mejilla como un arpón en la piel de un cetáceo. La sangre manaba con calidez sobre el rostro del muchacho, que gritaba desesperadamente ante la estupefacción de los otros alumnos. La herida producida por el lápiz era tan ostentosa que ninguno se atrevió a reaccionar, salvo la profesora, que se acercó a Ismael y le propinó una sonora bofetada tras una barahúnda de reconvenciones. Luego, la mujer cogió a Lucas del brazo y se lo llevó a Dirección para avisar a una ambulancia. Lucas se despidió de sus compañeros con un gesto plañidero, dejando tras él una estela de monedas rojas.

La clase se quedó momentáneamente en silencio. Todos miraban a Ismael desde sus asientos, e Ismael los observaba a todos, de pie, junto a la mesa manchada de sangre. Apreció los vivos colores de las camisetas, los pantalones y los calcetines que cubrían los tobillos de todos los compañeros. Descubrió el tejido de arco iris en los gruesos calcetines de Ana, una compañera que le resultaba muy hermosa. Pudo sentir el cercano palpitar de la veintena de corazones encogidos. Resultaba mucho más increíble que pudiera percibir a las hormigas escarbando y abriéndose paso en la tierra del patio, a las arañas deslizándose ingravidas por las paredes, las moscas zumbando y haciendo vibrar las trampas de seda.

Sonó el pitido del descanso y el extraño niño no supo cómo reaccionar después de lo sucedido. No sabía si mostrarse arrepentido, pedir disculpas o regresar a su asiento y acomodarse como si nada hubiese sucedido, como si Lucas nunca hubiera movido los labios en silencio para decirle que su padre era un capullo. Como si Ismael no se hubiera levantado igual que un resorte y le hubiera clavado el mismo lápiz con el que resolvía segundos antes un problema del cuaderno de ejercicios.

—Estás loco —se aventuró a decir uno de sus compañeros, levantándose de su sitio. Era uno de los repetidores y aventajaba a Ismael en altura y corpulencia.

—Sí, está tarado —convino otro.

—Hay que darle su merecido —escuchó Ismael a sus espaldas.

Un instante después sus piernas recibían un chispazo y echó a correr hacia el pasillo. Dobló la esquina perseguido por los aullidos de cuatro o cinco chicos que se habían erigido como vengadores. Resbaló con unas baldosas recién fregadas y se golpeó el hombro contra las taquillas. Luego recuperó el equilibrio y decidió encerrarse en los lavabos antes de que lo alcanzasen. Logró entrar en uno de los reservados y echó el pestillo, aunque la puerta no cubría todo el espacio y quedaba abierto un hueco de un palmo, tanto arriba como abajo, lo suficiente para que sus

perseguidores, una vez entrasen en los servicios, se dedicaran a tirarle bolas de papel higiénico empapadas en agua.

—¡Sal, hijoputa, vamos a darte tu merecido! —Se les escuchaba desde la fila de urinarios.

Ismael no sabía qué hacer, tarde o temprano iba a recibir una paliza. Estaba nervioso y sus sentidos parecieron nublarse. Alguno de los atacantes se atrevió a patear la puerta y eso lo sobresaltó. Ismael observó la superficie de madera con cientos de garabatos labrados a punta de navaja. La puerta volvió a estremecerse tras otro golpe. Ismael giró el cuello y observó los escasos accesorios a su alrededor: el retrete sin cubierta, el dispensador del papel higiénico, la tubería, la cisterna. Detuvo su atención en la cadena que pendía de la vieja cisterna. Subió la vista hasta el enganche. No parecía difícil abrir el eslabón, así que se decidió a subir al retrete colocando los pies en la circunferencia manchada de orines. Se echó a un lado, apoyando el brazo derecho en la pared. Estiró el cuello lo suficiente para alcanzar el extremo superior de la cadena y mordió un eslabón, haciendo que se doblase lo suficiente para poder separar la cadena de la cisterna. Luego se enrolló la cadena de hierro al antebrazo y bajó cuidadosamente al suelo. Continuaban las embestidas contra la puerta y la tensión crecía con rapidez como la marea en una playa normanda. El pestillo parecía a punto de ceder. Ismael empezó a recitar en voz baja pasajes de poemas concebidos mucho antes de que él naciese, versos que hablaban de muerte, de soledad, de incompreensión, dolor y rebeldía. Palabras que lo tranquilizaban y lo transportaban a otra dimensión, llena de colores chillones e insectos zumbantes, hasta que un manto negro lo cubría todo. El mundo se movió a cámara lenta mientras el chico se mordía los nudillos de la mano izquierda, hincando los colmillos hasta desgarrar la piel. Las palabras que pronunciaba se volvieron inteligibles únicamente en su cerebro, ya en trance. Entonces, uno de los chicos asomó la cabeza por el hueco superior de la puerta, encaramado quizá sobre los hombros o las manos cruzadas de un compañero. Las miradas de los dos alumnos se cruzaron, asaltante y defensor, pero solo una de ellas atravesó a la otra como un punzón a una tableta de mantequilla. Ismael desenrolló la cadena y soltó un preciso latigazo que sorprendió al chico asomado en lo alto. El golpe le partió una ceja y lo hizo caer al suelo, chillando dolorido. Ismael esbozó una sonrisa triunfal. Volvió a enrollar la cadena a su antebrazo y siguió recitando versos prohibidos de libros seleccionados por una mano adulta. El techo se llenó de colores que estallaban en tropeles de arácnidos fosforescentes. El pestillo siguió vibrando e Ismael se sintió una bestia acorralada, a punto de embestir.

El único contacto del cuerpo con el suelo era a través de los dedos de los pies. A la luz de los fluorescentes, la enigmática criatura flotante había dejado paso a algo más sórdido. Bajo una escalera de trabajo colocada horizontalmente entre dos estanterías, pendía el cuerpo desnudo y rígido de un varón de unos sesenta años de edad, ligeramente inclinado hacia delante, sujetado por un arnés de paracaidismo.

Herrera llamó a comisaría para que avisaran al juez de guardia y al forense, y para que acudieran más compañeros de Científica ahora que se había localizado el lugar del crimen. Laura Beltrán, mientras tanto, se dedicó a observar el cadáver dando pequeños pasos a su alrededor. La visión global la asqueó hasta el punto de sentir náuseas. Se empleó a fondo para no vomitar.

La víctima tenía el pubis depilado y era evidente que había eyaculado. Ante él podían distinguirse en el suelo las manchas de líquido orgánico, ya transparente. El cuello se veía estrangulado por los gruesos eslabones de una cadena. En el rostro pálido destacaban los ojos, abiertos y opacos, que miraban al infinito. Observó las córneas atentamente, acercándose unos centímetros. Descubrió manchas ovaladas y de color marrón negruzco que comenzaban en el ángulo externo ocular. La piel de todo el cuerpo parecía apergaminada. También tenía amputado un dedo de la mano derecha pero la sangre había dejado de gotear sobre el suelo. Unas tenazas con las pinzas ensangrentadas descansaban sobre una mesilla. A Laura le pareció que no había un charco importante. Eso no encajaba.

—Parece que ya tenemos al propietario del dedo, ¿verdad? —comentó Herrera, colgando el teléfono.

—Eso parece —musitó ella.

—Reconozco que esto no se ve todos los días —dijo Herrera con una sonrisa—. Parece que te vas a estrenar a lo grande.

—Ya lo veo —respondió la agente—. Puedo soportarlo, pero no te creas que me gusta.

—A mí tampoco, ¿eh? Puede que en esta unidad se te enfríe un poco el alma después de tanto cadáver y desaparecido, no lo niego. Somos un poco como los médicos con los enfermos. Al final es nuestro trabajo y nos pagan por ello, así que nos insensibilizamos. Pero es verdad que a veces se ven cosas que le revuelven a uno el estómago, por muchas tablas que tenga.

El inspector sacó cuatro guantes de látex de su abrigo y le tendió un par a su compañera. Ambos se los enfundaron.

—Procura no tocar nada antes de que vengan los de Científica, ya sabes. Y si lo tocas, hazlo con cuidado para no borrar posibles huellas y coméntaselo a ellos. —

Terminó por guiñarle un ojo.

—Cualquier pardillo sabe eso —respondió Laura—. Basta con ser aficionado a una serie policíaca de televisión.

—No me digas más, a ti te gustaba ver esas series de pequeña —bromeó Herrera mientras se dedicaba a abrir cajones de un escritorio—. O mejor, te quedaste prendada con la serie *El Comisario* cuando eras adolescente y desde entonces quisiste ser policía.

—No digas tonterías —rezongó la subinspectora, mientras se acercaba a la pantalla del ordenador. El constante parpadeo del salvapantallas de estrellitas estaba empezando a ponerla nerviosa. Movi6 el rat6n y ante ella apareci6 un programa de v6deo con la pel6cula ya terminada. Puls6 sobre el *Play* y se reanud6 la proyecci6n. Porno. Porno duro. Una mujer exuberante. Correas y falos de l6tex.

Baj6 el volumen del altavoz y dej6 de mirar la pantalla. Volvi6 la atenci6n sobre la mesa del escritorio, repleta de cachivaches. Hab6a una c6mara fotogr6fica, una cajetilla de tabaco, mecheros, tijeras, un vaso con un dedo de *whisky* aguado, revistas pornogr6ficas y varios juguetes sexuales. Desde consoladores o un elongador de penes hasta un artilugio acolchado que parec6a reproducir el interior de una vagina. Tambi6n destacaba una colecci6n de botecitos de pl6stico con el envoltorio de colores chillones: Buzz aroma, Bang aroma!, Liquid Gold, Purple Haze, Pop'rs, Blue Boy, Grizzly. En casi todos se repet6a la misma etiqueta.

—Room Odorisom —ley6 Laura en voz alta—. ¿Qu6 es esto?

Herrera se acerc6.

—Vasodilatadores. ¿No conoces el «popper»? Los homosexuales lo usan mucho para darse por detr6s —dijo expres6ndolo gr6ficamente con las manos.

—S6 lo que es el «popper», pero no sab6a que empleasen estas etiquetas tan...

—¿Guays?

—Ya me entiendes.

Herrera volvi6 a separarse para hojear un libro de contabilidad. Debajo este localiz6 una cartera. La abri6 y all6 encontr6 la documentaci6n personal del finado, tarjetas de cr6dito y varias tarjetas de visita.

—Andr6s Buenatorre —ley6 en voz alta—. Nacido el diez de febrero de mil novecientos cincuenta y seis. Nacionalidad: espa6ola. Anda, naci6 en Cuenca, como mi madre.

—¿Has encontrado su documentaci6n?

—S6.

—Ya quedaba poco para su cumplea6os —advirti6 Laura, acerc6ndose.

Herrera extendi6 sobre la mesa todas las tarjetas. Cerrajeros, comerciales de empresas c6rnicas, grandes almacenes, alimentaci6n, electricistas. En definitiva: acreedores y proveedores, adem6s de servicios de mantenimiento. Quiz6 alguno de ellos pudiera arrojar algo de luz al caso. Habr6a que entrevistar a mucha gente en los pr6ximos d6as.

Poco después decidieron salir de la oficina y esperaron fuera la llegada de los compañeros, en el umbral de la puerta que había sido forzada. Beltrán alzó el cuello de su abrigo y hundió las manos en los bolsillos. Herrera, con el gesto circunspecto, encendió un cigarrillo y ofreció otro. Laura rehusó la invitación a acompañarle.

—Bueno, no tengo ni puta idea de lo que ha podido pasar aquí —opinó el inspector, sacudiendo la cabeza. Luego dio una larga calada mientras su mirada se perdía en el techo de aluminio.

—Es extraño, ¿verdad? —comentó Beltrán, aunque sabía la respuesta.

—Pero no es tan raro encontrarse a un tío así, asfixiado por accidente mientras se masturba, claro. ¿Lo sabías?

—Pues no.

—Se llama hipoxifilia: asfixia erótica —explicó Herrera—. Conseguir excitación al privarse de oxígeno. Debe de ser una moda oriental. Apuesto a que nació en Japón. A los ojos rasgados les tiran estas cosas, el voyeurismo, la autoasfixia, el sexo raro, vaya, esas cosas. Pero ya lleva años enraizada en occidente. Meten la cabeza en bolsas, se estrangulan con las manos o con correas, todo vale. Por lo visto, cuando te falta el oxígeno, te empalmas más.

—Lo sé, sucede con los hombres que se ahorcan.

—Exacto. La clave está en jugar con los límites. Se puede hacer en pareja o en solitario. Lógicamente, en este último caso es más peligroso. Sería autoasfixia erótica. Un Secretario de Comercio de Argentina la palmó así hace un par de años.

—Te veo muy puesto en el tema —dijo la subinspectora.

Herrera carraspeó.

—Me documenté tras el primer caso de ese tipo que encontré. También se estudia en Medicina Forense. Un compañero me dejó sus apuntes de Criminología. De todas formas, ya irás haciendo cursos sobre estos temas. Son muy interesantes.

—Siempre me han llamado la atención las muertes fuera de lo común. Por eso pedí destino en Homicidios.

—Me alegro, porque te vas a entretener. Este caso apunta maneras.

A Laura tampoco le escandalizaba tanto hallar ese tipo de perversiones, especialmente en los hombres. A fin de cuentas, ella sabía del sadismo por experiencia propia, aunque jamás pensaba confesárselo a ningún compañero. En su memoria siempre quedarían los abusos de aquel empresario catalán y de sus matones, antes de que decidiera ingresar en el Cuerpo de Policía. Seguía sufriendo pesadillas algunas noches, pese a que había pasado más de una década de aquello. Eran clavos que se habían insertado irremisiblemente en su cerebro y ya formaban parte de él.

—Pero lo del dedo amputado no encaja, joder —siguió cavilando Herrera—. Sin eso, pensaría que ha sido otro colgado más que ha franqueado la línea roja. La mutilación nos va a traer problemas, ya lo creo. Por lo pronto, en cuanto regrese a comisaría voy a patearle el culo al cabrón de Dumitru. Menuda nos han preparado esos rumanos.

—Dijiste que no los veías capaces de esto.

—No sé, ya sabes que hay muchos lobos con disfraz de cordero. Seguramente tendremos que esperar a los resultados de los informes periciales de Científica. Pero, de no ser ellos, ¿quién? —Herrera aplastó la colilla del cigarrillo en la pared. Sabía que no debía contaminar los espacios secundarios cercanos al crimen, pero, al carajo, ya avisaría a los compañeros de que aquella ceniza era suya. Se guardó la colilla en el bolsillo en cuanto se aseguró de haber apagado la brasa.

—¿Pudo habérselo cortado él mismo? —preguntó Beltrán.

—Eso lo tendrá que decidir el forense, pero entonces ya sería el colmo del sadismo. Además, ¿qué hacía el dedo en la boca de aquel animal? No, no —Herrera negó enérgicamente—. Está claro que no ha sido él.

—Tienes razón. ¿Un ajuste de cuentas? —volvió a conjeturar la subinspectora.

—Podría ser. Si solo se tratase de alguien furioso no se habría conformado con el dedo. Lo habrían fileteado a navajazos o algo similar. Pero se me hace muy raro que esos rumanos tengan algo que ver. ¿Quién sería tan gilipollas de cargarse a alguien y, tras arrancarle un dedo al difunto, dárselo a un cerdo que después pretendía robar? Es un sinsentido.

Mientras elucubraban llegaron dos coches de la Brigada de Policía Científica. Estacionaron junto al vallado de la granja y los cuatro investigadores entraron en las instalaciones. Tras una primera evaluación, volvieron al vehículo para extraer los maletines necesarios y comenzar con el protocolo. El perímetro estaba protegido por varias patrullas *zetas* apostadas en los cuatro puntos cardinales.

La comitiva judicial, formada por el juez de guardia, la secretaria y el forense, llegó diez minutos más tarde. A la entrada de la granja les aguardaban los dos agentes de Homicidios. Herrera sintió alivio al reconocer el rostro afable del juez de guardia, quien se acercó primero para estrecharles la mano a ambos. El inspector conocía bien al magistrado Fuentes, había coincidido con él en muchas ocasiones, e incluso habían compartido café un par de mañanas en una cafetería cercana a los juzgados, cosa poco usual, porque los jueces, en opinión del agente, solían mirar por encima del hombro a todo el personal de las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad que estuviera por debajo del rango de comisario. Pero aquel hombre de leyes le caía francamente bien. Era un veterano de la ciudad. Un cincuentón alto y corpulento, de rostro bonachón y calvicie incipiente, vestido con una gabardina gris. Había pasado por varios estamentos judiciales e incluso impartió clases de Derecho Procesal en la Academia de Ávila. Siempre repetía a sus alumnos que en una ocasión un delincuente reincidente intentó atracarle a punta de navaja, pero este se largó al reconocerle aun sin la toga. La mirada de un hombre capaz de coartar la libertad con una sentencia era más temible que la porra más rígida, sermoneaba el hombre entre artículo y artículo de los códigos procesales. Herrera recordaba esas palabras con claridad.

—No les daré las buenas noches porque creo que van a dormir muy poco —sonrió el juez.

—Buenas noches, señoría —saludaron los agentes.

El forense, que también se presentó, era un hombre de barba entrecana y mirada despierta que vestía una americana y pantalones vaqueros. La secretaria judicial, sin embargo, se mostró más distante y apenas murmuró unas palabras. Tanto a Laura como a Herrera les pareció una mujer remilgada. Vestida con sobriedad, caminaba bolígrafo en mano dispuesta a rellenar cuanto antes las actas de su portafolios.

—¿Qué ha sucedido, inspector? —inquirió el juez.

—Necesitaremos que el forense nos aclare algunas cosas, señoría, pero tenemos un cadáver al que muy probablemente han asesinado por asfixia.

—Ya veo.

Los cinco accedieron al interior de la escena del crimen a través de los pasillos de acceso establecidos para contaminar lo menos posible el lugar. Los indicios que podrían servir en la investigación estaban señalados con poliedros de cartón blanco con el logotipo del Cuerpo Nacional de Policía. Todos los agentes usaban guantes y calzas para deambular por allí. Al llegar a la oficina, la secretaria judicial ahogó una exclamación al descubrir al hombre desnudo colgado del arnés.

—Vaya, parece que alguien se ha divertido bastante —bromeó el juez al echar un vistazo al repertorio de juguetes sexuales—. ¿Qué es lo que tenemos, de momento?

—Le pongo en antecedentes, señoría —comenzó a exponer el inspector—. El caso es que llegamos aquí por las informaciones que nos dio un detenido. A este hombre y a tres más los cazó una patrulla con dos cerdos muertos en el maletero. Luego apareció un dedo en la garganta de uno de los animales y el asunto ganó importancia, por eso decidimos acercarnos aquí, una vez conseguimos que nos informaran del lugar de donde procedían los animales. Y esto fue lo que nos encontramos.

—Entonces esos hombres tienen relación con el asesinato, ¿no?

—No sabemos hasta qué punto son responsables, pero me temo que no será tan sencillo.

El forense examinó superficialmente el cadáver y le tomó la temperatura. A su alrededor, los agentes de Científica habían comenzado a tomar notas y fotografiaban cuanto encontraban. Más tarde comenzarían la ardua labor de etiquetado y traslado de pruebas a los laboratorios.

El juez mantenía las manos entrecruzadas y apoyadas en la espalda mientras seguía con detalle los movimientos del doctor. Esa postura, al tener la gabardina desabotonada, hacía que su voluminosa barriga sobresaliera como un embarazo.

—Dígame, ¿qué tenemos aquí, señor Blázquez? —preguntó.

—Este hombre lleva muerto unas veinte horas. Lo mataron la noche anterior, la noche del sábado —aclaró el forense.

—¿Está seguro? —preguntó el juez.

—En primer lugar —comenzó a explicar el doctor—, el cuerpo pierde temperatura a razón de un grado por hora, *grosso modo*, porque depende de varios

factores, y esta persona tiene la misma temperatura que el aire de esta oficina. No estaremos aquí a más de dieciocho grados. No obstante, cuando extraigamos muestras del interior de los ojos podremos saberlo con más exactitud.

—¿Cómo se consigue eso? —se interesó la agente Beltrán.

—Bueno, detrás del cristalino se encuentra el humor vítreo, una masa gelatinosa que ocupa la mayor parte del interior del ojo. Si la extraemos, su contenido en potasio nos ayudará a conocer el momento de la muerte de forma más aproximada. Aunque es importante que se recoja pronto la muestra porque pasadas las veinticuatro horas desde el fallecimiento los análisis de este tipo no sirven. Pero ya les aclaro que el sujeto no lleva tanto tiempo muerto, todavía no ha aparecido la mancha verde abdominal y la intensidad de la rigidez es máxima.

—La bioquímica, el gran aliado de la justicia —suspiró el juez dirigiéndose hacia los agentes—. Si ustedes supieran cómo funcionaba todo cuando ingresé hace treinta años.

—Está claro que lo ahorcaron con la cadena —prosiguió Blázquez—. La anudaron fuertemente en la parte posterior del cuello y eso le produjo una isquemia cerebral. Eso explica la cara tan blanquecina.

—¿Quiere decir que no se lo hizo él mismo?

—Supongo que ustedes piensan de la misma manera, ¿no? Es evidente. Además, no creo que nadie en su sano juicio use unas tenazas para cortarse un dedo mientras se masturba de esa manera.

—Tampoco creo que esta persona estuviera en su sano juicio, si disfrutaba así —comentó Beltrán.

—Doctor, ya sabe que tenemos que estar seguros al cien por cien —intercedió Herrera—. Sé lo que parece, pero usted tiene la última palabra.

—Busque al asesino, inspector.

—Entonces, ¿en su informe dejará claro que resulta imposible ahorcarse por accidente de esta manera?

—Con este tipo de lesiones, sí, lo dejaré claro. Quienes buscan placer con estos estrangulamientos lo hacen poco a poco. Pero el homicida tiró fuertemente de la cadena, eso produjo las excoriaciones en la piel. Quizá el sujeto pugnó por liberarse, pero no hay signos claros de violencia. No se aprecian lesiones traumáticas. No hay luxaciones articulares, ni desgarros ligamentosos o musculares a simple vista. Tampoco vislumbro equimosis o estigmas alrededor de la boca, que suelen producirse cuando se intentan acallar los gritos de la víctima. No hay signos de golpes o arañazos en manos o antebrazos. Tendré que verificarlo cuando realice la autopsia con más detalle, claro. También habría que ver los exámenes toxicológicos para ver en qué estado se encontraba el fallecido cuando decidieron terminar con él. Quizá pensó que era parte del juego y por eso no trató de defenderse. Con según qué sustancias uno puede tener mucha tolerancia al dolor.

—¿Cree que pudieron estrangularlo en otro sitio y más tarde colgarlo aquí para

fingir que se lo hizo él mismo? —preguntó Herrera.

El doctor negó levemente con la cabeza.

—No lo creo. Si lo hubieran matado y el cuerpo hubiera caído al suelo, la sangre se habría desplazado a la región dorsal, y habría pasado al vientre si lo hubieran movilizado. Además, observen esas livideces en las piernas.

Los dos agentes y el juez observaron unas manchas pequeñas, redondeadas, puntiformes. La secretaria judicial decidió permanecer al margen de los detalles.

—Esto es característico de los ahorcados —aclaró el forense.

—¿Y no debería haber más rastro en el suelo? —inquirió Beltrán, intrigada por la escasa sangre que había goteado desde la mano derecha.

—En realidad, no, si le cortaron el dedo cuando ya estaba muerto. Cuando el corazón no late, la sangre no circula.

—Entiendo.

—¿Y quién puede asesinar a una persona mientras se encuentra realizando este tipo de... juegos? —preguntó el magistrado.

—Yo apostaría por algún tipo de acompañante, quizá un amante —indicó Beltrán.

—Busquen posibles parejas del sujeto —dijo el médico encogiéndose de hombros.

—¿Homosexuales? —inquirió Herrera.

—No tiene por qué. Pensaría que el asesino esperó el momento propicio para actuar. Yo diría que entró en la oficina cuando la víctima se encontraba disfrutando de su particular sesión, o ambos gozaban juntos, qué sé yo. El asesino solo tuvo que forzar la cadena para ahogar al finado. Nada más.

—En ese caso no será difícil encontrar alguna prueba —auguró Herrera.

—En fin, poco más puedo decirles. El resto es cosa de los laboratorios y de mi trabajo en el Anatómico Forense. Pueden retirar el cadáver en cuanto lo diga su señoría.

—Muchas gracias, doctor —dijo el magistrado echando un vistazo a su reloj de plata—. Bueno, bueno, señores, veo que tienen deberes para rato. Nosotros les dejamos. Espero que remitan los informes al juzgado mañana por la mañana, inspector.

—No se preocupe, señoría —le despidió Herrera estrechándole nuevamente la mano.

La secretaria se acercó con el portafolios. El juez dibujó su firma sobre el acta con la caligrafía de un médico. Más arriba figuraba una breve descripción manuscrita sobre la situación del cadáver y la hora en que terminaba su presencia.

La comitiva judicial abandonó el lugar al tiempo que dos agentes llevaban el cadáver al furgón judicial para su traslado al Instituto Anatómico Forense. Los agentes Herrera y Beltrán siguieron conversando mientras los de Científica recababan pruebas y objetos.

—Está claro que el asesino no quería simular una muerte accidental. De lo

contrario no habría cortado ese dedo —dijo Herrera.

—¿Y a qué podría deberse? —preguntó Beltrán.

—Una advertencia, no sé —contestó Herrera.

—Habrà que ver qué participación han podido tener esos ladrones —dijo Beltrán.

—Claro, claro —balbució Herrera, lleno de incertidumbres—, aunque resultaría muy extraño que hubiesen matado a esta persona y a la noche siguiente hubieran querido regresar para robar los animales. No tiene lógica. He estado ojeando el libro de contabilidad y aparece mucho el nombre del difunto. Parece que era el encargado.

—Quizá buscaban vengarse del hombre —elucubrò la subinspectora—. Puede que alguno de ellos fuera un expleado resentido y entrara el sábado por la noche para darle un escarmiento, si sabía de los extraños gustos nocturnos de la víctima. Después pudo comentar lo ocurrido con unos colegas y decidieron robar algunos animales la noche siguiente para sacarse un dinero extra. Les habría bastado con acercarse y observar que nadie había reparado en que había un fiambre aquí dentro, así que podían entrar de nuevo.

—¿Y aquí no trabaja nadie los domingos? —inquirió el inspector.

—Quizá era el propio encargado quien lo hacía —dedujo Beltrán—. Así ahorrraba costes de personal.

En aquel momento, uno de los agentes se les acercó.

—Inspector —llamó, sosteniendo con unas pequeñas pinzas un papel poco mayor que una tarjeta de visita—. He encontrado esto doblado en el interior de lo que probablemente son los zapatos del fallecido. Estaban en esa taquilla de la esquina.

Herrera se hizo cargo de las pinzas y examinó el papel. El envés solo presentaba la blancura de una porción de folio recortado. En el anverso alguien había impreso una poesía con tipografía clara y menuda. Procedió a leerla en voz alta:

«Ya has dicho lo que tenías que decir. / Tu mañana fracturada. / Tus frases de aceite y agua. / Ya no deseamos quedarnos contigo. / Nadie lo desea. / No puedes casarte con hormigas y gotas de lluvia. / La gente tiene derecho a esquivar tu granja. / Estos arneses deformes y estas correas sin objeto. / ¿Para quién son y qué trabajo les obligarás a hacer? / Espíritus deformes cuyo destino era la muerte que tú revives, / sed de curiosidad y venganza. / Alguien más te ha declarado la guerra».

La subinspectora miró a su superior, perpleja.

—¿Ha dejado un poema?

—Eso parece, aunque los versos van continuados. Habrá que ver si es original o si pertenece a algún autor consagrado. No estoy muy puesto en poesía, la verdad.

Laura se acercó para ver mejor el papel. Luego chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—La barra oblicua se usa en poesía para señalar el final de un verso cuando el

siguiente se escribe en la misma línea —explicó—. Supongo que lo habrá escrito así para que le cupiera en la tarjeta.

—Ya te he dicho que yo no soy de poesía —se excusó Herrera con una sonrisa.

—Hace años era muy aficionada a leer, pero este texto no me suena nada. Podría ser original, o que lo haya plagiado de un autor ilustre. Eso es bastante habitual, sobre todo desde que existe internet. Lo habrá copiado y pegado directamente en el procesador de textos.

—Encima el cabrón va de poeta —gruñó el inspector, devolviéndole la prueba al agente de Científica—. Habrá que examinarlo, a ver si tenemos suerte y encontramos alguna huella. Puede que quiera decirnos algo.

—Desde luego, está claro que quien lo hizo no quería ocultar el asesinato, puede que con ese poema se esté justificando de algún modo —concibió Laura.

—Sí, pero ¿de qué se justifica?

—¿Qué crees que estás haciendo? —le reprendió Teresa Buisán, la joven orientadora del centro. Licenciada en Psicología, era la primera vez que tenía un caso de esas características.

Los padres del niño agredido habían solicitado ante la Dirección General de Educación la expulsión del colegio del agresor y se planteaban demandar a los padres de Ismael. Pero a esas edades tan tempranas no cabían las expulsiones. Había que ahondar en los motivos que provocaban la rabia, la ira de menores como aquél, y conocer su ambiente familiar de referencia, con el propósito de reconducirlos. Pero aquel chico le resultaba particularmente extraño.

Ismael seguía recitando los versos de Silvia Plath mientras mantenía la mirada clavada en el patio del recreo, más allá de la ventana. Desde su posición podía verse el travesaño de una portería de fútbol sala. El chico estaba sentado junto a la mesa del despacho, con las piernas dobladas en un perfecto ángulo recto. Los dedos de sus manos se entrelazaban entre sí como raíces de árboles.

—¿Se puede saber qué recitas? —insistió la orientadora.

Ismael detuvo la letanía en ese instante, pero siguió observando el patio exterior. Afuera los demás alumnos disfrutaban del descanso, podía oír la algarabía. Muchos jugaban a fútbol con pelotas de cuero deslucidas, otros ocupaban la cancha de baloncesto y los más problemáticos de último curso experimentaban con los primeros cigarrillos. El niño podía percibir el olor a tabaco y sudor en el patio, pese a que la ventana permanecía cerrada para evitar la entrada de aire frío. El disco dorado en el cielo apenas se intuía tras las nubes. No soplaban el viento y afuera, en las calles, los conductores de los vehículos tocaban el claxon y desobedecían las normas de tráfico. Pero nadie atendía a los miles de insectos que rondaban por todas partes. Si una multitud de esos invertebrados se uniera en un único ataque, podría matar a más de un alumno, incluso a algún profesor.

—Dime, Ismael, ¿tienes problemas en casa? —insistió Teresa, que empezaba a desesperarse. Llevaba cinco minutos sin obtener una sola respuesta. Era como intentar sintonizar una emisora de radio en medio del Ártico. Ante sus ojos yacían desplegados varios folios que había extraído de un cartapacio. En ellos figuraban los informes que había elaborado la tutora del chico. También había otros escritos de los profesores de cursos anteriores y varias anotaciones personales de Teresa, que no había tratado con el niño directamente hasta ese momento. «Trastorno por déficit de atención por hiperactividad», destacaba en rojo en el encabezado, aunque luego lo había tachado para continuar: «No se muestra hiperactividad. Introversión. Dibuja en plástica los árboles rojos y las nubes con tonalidades verdosas. ¿Daltonismo? Muestra

frialdad en el trato. Problemas de sociabilidad que impiden trabajo en grupo. Miente a menudo y falsifica las notas. Posibles problemas paternos».

Ismael continuaba en silencio. Cuando quería, podía permanecer así mucho tiempo, aislado del resto del mundo, incluso aunque alguien le estuviera hablando al oído. Podía convertirse en un témpano de hielo flotando a la deriva en medio de cientos de icebergs resquebrajándose. Podía quedarse callado mientras imaginaba manchas de colores que adquirirían proporciones monstruosas, oscureciéndose y engullendo a quienes le incomodaban.

—¿Puedes explicarme por qué pegas a tus compañeros? —La orientadora subió la voz una octava.

Pareció que esa pregunta llamó la atención del chico, que giró el rostro hacia ella. Teresa se complació al ver que no todo estaba perdido, solo necesitaba hacer las preguntas adecuadas.

—Ellos me golpearían a mí si no les golpease yo primero —respondió el chico. En sus labios la respuesta era una obviedad.

—Lucas no te iba a golpear —desaprobó Teresa—. Es cierto que no debió insultar a tu padre, pero tú no debiste atacarle con el lápiz. ¿Sabes que podría haber perdido un ojo si llegas a acertarle más arriba? ¿Sabes que tus padres podrían tener que indemnizarle? Ismael se encogió de hombros y devolvió su atención al otro lado del ventanal.

«Falta de remordimientos», pensó la psicóloga, que se dispuso a añadirlo a sus anotaciones. Presionó el botón del bolígrafo y el muelle extrajo la punta de latón. El clic volvió a llamar la atención del alumno, que se giró con rapidez. La mujer sintió un escalofrío. El entramado gris de las pupilas del niño parecía querer devorarla. Lo imaginó armado con el pequeño utensilio, atacándola con toda su rabia contenida. Por eso decidió retirar sin disimulo el bote lleno de lápices, gomas y fluorescentes que reposaba junto a la pantalla del ordenador y lo introdujo en el cajón de su escritorio.

—No tenga miedo —pidió Ismael con voz neutra.

—No te tengo miedo, pero no me fío de ti, ¿comprendes? Podrías intentar autolesionarte o atacarme —respondió Teresa Buisán, pero su voz sonó impostada. Un nuevo estremecimiento recorrió su cuerpo al recordar de lo que era capaz aquel pequeño monstruo.

—Usted solo preocúpese de su salud.

—¿Cómo dices? —preguntó Teresa, sorprendida. Se enderezó en su asiento apoyándose en los reposabrazos.

—Tiene un bulto en el pecho y está preocupada —afirmó Ismael—. Tendría que descansar.

—¿Cómo, cómo has...? —La orientadora frunció el ceño sin lograr terminar la pregunta. Se le quebró la voz. Era cierto que la próxima semana tenían que hacerle una mamografía, pero únicamente lo sabía su novio, ni siquiera se lo había dicho al

resto de la familia, ni a sus amigas. Lo llevaba totalmente en secreto. Era imposible que algo así hubiera llegado a los oídos de aquel chico.

Ismael se incorporó y dio dos pasos hacia el ventanal. Apoyó ambas manos sobre el radiador de la calefacción de hierro y se puso de puntillas para visualizar a los alumnos más cercanos al alféizar.

—A veces veo y siento cosas —dijo—. No puedo explicárselo. Es extraño.

Teresa Buisán no podía continuar. El acierto sobre su estado de salud le había asaeteado los pulmones y sentía que se asfixiaba. Aquello era demasiado para ella. Necesitaba hablar en profundidad con la tutora de Ismael y reunirse con sus padres. Tenía demasiadas preguntas que formular y la conducta de ese chico la inquietaba.

—Está bien —resolvió—, vamos a dejarlo por hoy, puedes regresar a clase.

Ismael no se molestó en despedirse. Abandonó su posición y se acercó a la puerta del despacho. Giró el pomo y se preocupó de voltear la puerta noventa grados exactos, como cuando doblaba las rodillas al sentarse. Salió con indolencia al pasillo sin preocuparse de cerrar tras él.

Teresa vio alejarse las deportivas del chico, que dejaban una leve huella de tierra en el suelo de linóleo. Se reclinó en su asiento y suspiró a la vez que comenzaba a masajearse los párpados con el pulgar y el índice. Nunca había tenido un caso tan claro de trastorno antisocial, pero las últimas palabras del pequeño resonaban en su cabeza y la intranquilizaban. ¿Cómo diablos sabía aquello? De pronto sintió un calor sofocante. El jersey le sobraba. Se levantó para abrir un resquicio en la ventana. Cuando lo hizo, apoyó la mano en la calefacción: estaba ardiendo y tuvo que retirarla al instante. ¿Cómo era posible que aquel chico no se hubiera quemado?

«Una casualidad», habían insistido una y otra vez Dumitru y sus compañeros durante el segundo interrogatorio. Dumitru entró en la oficina acicateado por la curiosidad, según relató él mismo. Pensaba encontrar algún equipo electrónico para apropiárselo y venderlo como segunda mano. Pero en cuanto entró y descubrió el cadáver de Andrés Buenatorre, dio media vuelta y apenas permaneció en la sala. Ni siquiera se atrevió a tocar nada. Salió a la zona de las porquerizas y avisó a sus compañeros, que decidieron irse cuanto antes con los dos animales que acababan de sacrificar. No miraron atrás. Allí dejaron al encargado de la nave, colgado de los arneses como un jamón secándose en la penumbra.

Dumitru sabía que aquel hombre estaba muerto y una ambulancia no habría resuelto nada, así que desechó cualquier intento del inspector de policía por intimidarle con una imputación de un delito de omisión del deber de socorro. El abogado de oficio insistió en que no debían dar más explicaciones a la policía. Lo peor para Herrera fue tener que realizar el interrogatorio sabiendo de antemano que no le serviría de nada. Aquellos hombres no podían ser unos asesinos. Llevaba los suficientes años en el Cuerpo como para diferenciar a un embustero con dotes de interpretación, de una persona realmente ofendida. Y las primeras pruebas científicas secundaban la versión de los rumanos. Las únicas huellas que se habían apreciado en la oficina eran las de las deportivas que calzaba Dumitru, y estas reflejaban que él ni siquiera se había acercado a menos de tres metros del encargado de la nave. Los de Científica necesitarían varias horas para cotejar todas las huellas digitales encontradas en los muebles y estanterías, y para analizar las ropas de los detenidos, pero Herrera estaba convencido de que ninguna de ellas podría incriminar a los detenidos. Tampoco cabía la posibilidad de que hubieran usado otros guantes para el asesinato además de los que la UAPO les había intervenido. No se había hallado ningún tipo de equipación en los contenedores colindantes a la nave. Además, la víctima llevaba muerta desde la noche anterior. No tenía lógica que Dumitru y los suyos hubieran vuelto al lugar por segunda vez.

Abandonó el sótano de la Inspección Central de Guardia y subió en ascensor al piso de oficinas. Frente al espejo descubrió a un cuarentón de mandíbula ancha y amplias ojeras. Ladeó el cuello hasta escuchar varios crujidos y luego se masajeó el contorno de los ojos. Necesitaba dormir, pero todavía tenía mucho que hacer. La nueva subinspectora había terminado su turno y acababa de marcharse a su casa, pero él era el responsable del Grupo y tenía que tener el informe terminado para el comisario a primera hora de la mañana, aunque ya se había preocupado de comunicarle la novedad por teléfono. El viejo Aguerri solo había emitido un gruñido,

profundamente dormido en compañía de su santa esposa, y le había colgado semiinconsciente. Herrera había tenido que llamarle por segunda vez para que el alto cargo descendiera del plácido firmamento de quienes no recordaban el trabajo a turnos. Al inspector no le gustaba delegar ese tipo de trabajos, sobre todo cuando se trataba de asuntos delicados. Había tenido que insistirle a la agente Beltrán para que se retirase. Parecía una mujer inquieta e inteligente. Les iba a hacer falta a sus compañeros alguien así, a ver si espabilaban. Por lo pronto, aquel caso llegaba justo cuando su Grupo estaba más ocupado. Al día siguiente dos de sus agentes estarían atareados indagando sobre el paradero de una prostituta desaparecida, Dolores Sanz, y también estaba el homicidio del bar Xplosivo y varias desapariciones más. De haber querido un empleo tranquilo como funcionario habría terminado en una oficina de denuncias, pero él prefería el ajetreo. Cuantas más metas se ponía un hombre, más cosas alcanzaba, decía su padre.

Salió del ascensor y avanzó por el pasillo flanqueado de cristales cubiertos por cortinas venecianas. Ya en su despacho se derrumbó sobre el asiento. Echó la cabeza hacia atrás, reclinando la silla lo máximo que permitía el mecanismo. Se encontraba terriblemente cansado. Necesitaba algo de energía extra. Luego se enderezó y sacó lo que llevaba en los bolsillos de su chaqueta para dejarlo sobre su mesa de trabajo. La cartera billetero con la placa y el listado plastificado de derechos del detenido. Un llavero con una media luna de plata que todavía no había tirado a la basura sin saber por qué, ya que su exmujer ya debió deshacerse de la otra mitad hacía tiempo. A menudo pensaba venderlo por eBay pero le daba pereza. En otra billetera, la foto de su hijo Daniel, a quien no veía desde hacía semanas, varias tarjetas bancarias, dos billetes de veinte euros y una tarjeta de visita del masajista al que solía acudir desde que tuvo un pinzamiento cervical durante una detención. Se reclinó de nuevo en su asiento, apoyando los pies sobre la mesa. No solía hacerlo habitualmente, una vez el comisario le vio haciendo aquello y casi le expedientó. Pero tenía ganas de desobedecer las normas por unos momentos, necesitaba un respiro. Se estrujó la frente con los dedos de la mano derecha. Con la izquierda hizo el gesto de acariciarse el tobillo. Localizó el bultito, su debilidad, ahí donde nadie podría descubrirlo salvo que lo encontrasen fiambre, y entonces ya todo daría lo mismo, le importarían una mierda los expedientes, los traslados de destino, las suspensiones de empleo y sueldo.

El bultito era apenas un forúnculo blanco envuelto en una bolsita de plástico del tamaño de un caramelo sin azúcar. Al rozarlo sintió un prurito indomable. Se levantó y salió decididamente al pasillo, sin olvidarse de recuperar una de las billeteras abandonadas sobre el cubre escritorio. Entró deprisa en los servicios. Por el día era más complicado pasar inadvertido, demasiado ir y venir de compañeros con los que no podían disimularse según qué sonidos y actitudes. Pero durante la noche el personal era mucho menos numeroso. Se agachó, quedando su rodilla a apenas un palmo de las baldosas, para asegurarse de que no había nadie más que él. Ninguna bota o zapato asomaba en los reservados. Se metió en el último y echó el cerrojo.

Luego se agachó para extraer el *pollo* del interior del calcetín. Sobre la cisterna del excusado extendió con ayuda de su carné una fina línea de polvo blanco, apenas un gusano de seda. El billete de veinte hizo el resto. Un puente azul tendido entre los reductos del cerebro y la caprichosa fuente de energía.

Regresó a su despacho dispuesto a afrontar lo que le quedaba de noche. De otra noche de mierda, cargado de papeles y quebraderos de cabeza. Poco a poco su afán por resolverlo todo se iba apoderando de él. Cada año se sentía más cansado y el trabajo se le hacía más cuesta arriba, pero necesitaba seguir con ello, especialmente desde que se divorció, precisamente por ese motivo. Quizá otra persona habría recapacitado y se habría tomado su empleo de otra manera, para reconquistar a su mujer o al menos para ver más a menudo a su hijo, pero él no. Se volcó doblemente en las investigaciones, abarcando más de cuanto podía soportar. Y esa sobrecarga le había granjeado una medalla al mérito policial, pero también una posesión blanca que a Santiago Herrera le parecía tan transparente como el cristal de una ventana. Incapaz de ver la nieve que ya le cubría hasta las rodillas, cada día quería caminar más rápido que el anterior.

Se propuso finalizar el informe con las primeras pesquisas de la investigación antes del amanecer. Anotó todas las cuestiones en un folio. Trazó líneas y flechas con preguntas y respuestas, con datos que le venían a la mente y otros que tuvo que transcribir de su libreta. Luego apoyó en vertical el bolígrafo sobre el papel para que la tinta se extendiera hasta formar puntos gruesos. Y al lado de cada uno anotó las tareas que pensaba exigir a sus subalternos. La familia ya estaba avisada, Buenatorre no tenía esposa, pero tendrían que hablar con todos los familiares, especialmente con los hermanos que residían en la ciudad, para intentar tender hilos hacia posibles sospechosos. Habría que averiguar si mantenía alguna relación sentimental o cuáles habían sido las más recientes. También tendrían que rastrear la zona en busca de testigos. Le encargaría eso a Kike. Si lo hacía bien y lograba sacar algo en claro le recompensaría con un día de permiso. La nave no estaba tan alejada de las urbanizaciones y siempre pudo aparecer alguien paseando al perro de madrugada. Tendrían que registrar la correspondencia electrónica y postal del fallecido, pedirían una orden de registro de su domicilio. También sería interesante indagar si tenía algún tipo de trastorno psicológico, si padecía enfermedades, tenía deudas... un sinfín de gestiones. Pensó en hacer comparecer a todos los empleados de la granja y someterlos a vigilancia de veinticuatro horas, previa autorización judicial.

Tras esbozar el informe sobre un varón caucásico de 56 años de edad hallado muerto en una granja de cerdos, se dispuso a pasarlo a limpio, tecleando con energías renovadas. Poco antes del amanecer dejó en la bandeja del comisario una copia y se despidió de los agentes que montaban guardia en el vestíbulo.

—¿Sabes qué, mamá? Mata hormigas. Muchas hormigas.

—No me digas. —Laura Beltrán llenó con indolencia dos boles de leche con cereales y se sentó junto a su hijo en la mesa de la cocina. Vio una mancha sobre el hule y pensó en limpiarla con la bayeta. Luego levantó la vista y apreció varios goterones de grasa que se habían secado en su blanda carrera por las baldosas. El piso estaba hecho un asco. Llevaba tres semanas sin pasar ni siquiera el aspirador. Decidió que aprovecharía su próximo día libre de esa semana para dedicarse a limpiar a fondo. No daba abasto con todo.

—Las guarda en tarros en su casa, y luego las trae a montones —seguía Iván con la cantinela—, ejércitos de ellas, y los echa sobre agujeros de otros hormigueros, o en la tela de una araña. ¡Es mejor que los documentales! Y cuando termina de jugar con ellas suele cabrearse porque algo en la batalla no ha salido bien.

—Ya veo —trató de seguirle la corriente su madre, pero en realidad su pensamiento estaba en otra parte, mucho más allá de las manchas de la cocina o las anécdotas de su hijo. Apenas había pegado ojo por culpa de una pesadilla recurrente con el cadáver que encontraron la pasada noche en la granja.

—Ayer me acerqué a él en el recreo —continuó el chico— y se puso furioso porque dijo que yo había despistado a las hormigas rojas y por eso perdieron la pelea. Se puso como loco, se tiró de los pelos y empezó a patear la tierra. Yo me marché asustado con la maestra, porque ese chico tenía ganas de matar a todo lo que estaba a su alrededor.

—No sería para tanto. —Trató de quitarle hierro su madre mientras ambos masticaban el *muesli* con pedacitos de fruta.

—Sí, mamá. Estaba tan furioso que empezó a tirar piedras contra los cristales del colegio y tuvo que venir el director a sujetarlo.

—¿De veras? Bueno, entonces no quiero que te acerques más a ese chico. ¿Está claro?

Iván asintió con los carrillos llenos. Una gota blanquecina salió de entre sus labios y resbaló hasta alojarse en la barbilla. Su madre alargó la mano con una servilleta para secarle. Laura pensó que los últimos años estaban pasando demasiado rápido. Su hijo se estaba convirtiendo en un hombrecito y apenas se había dado cuenta. Un día de estos tenemos que ir de excursión al monte, pensó.

—Es un chico muy raro. No le quiere nadie en el colegio —explicó Iván antes de inclinar el bol sobre sus labios para beber la leche que quedaba en el fondo. Luego continuó—: A veces canta unas canciones muy raras sobre niños muertos, brujas y cosas así.

—¿Va a tu clase?

—No, es de los mayores. Va a sexto curso.

A Laura Beltrán siempre le hacían gracia esos comentarios. Para una criatura de nueve años los niños de último curso del colegio eran el estado intermedio entre la niñez y los adultos. Sucedió lo mismo con el punto de vista de los ancianos. Cualquier menor de sesenta y cinco años era joven para ellos. Le parecía increíble cómo cambiaban las perspectivas a medida que se iban cumpliendo años.

—¿Y qué haces tú juntándote con chicos mayores? —le preguntó rastrillándole con los dedos el pelo rebelde.

—Ya ves, parecía interesante lo que hacía. —Iván acompañó la respuesta con un rápido encogimiento de hombros. Su madre sonrió y se levantó para dejar los recipientes en la fregadera.

—Anda, coge tu mochila. A ver si hoy no llegamos tarde al colegio. Y toma, no te olvides del almuerzo.

Le tendió un sándwich de atún con mayonesa, envuelto en papel de aluminio. Cuando su hijo corrió hacia el dormitorio, Laura reprimió un bostezo tapándose la boca. Apenas había descansado. Tras llegar de madrugada había encontrado a Iván plácidamente dormido, con la luz de la mesilla encendida. En el piso de alquiler había dos dormitorios, pero el chico siempre se escabullía hasta la cama de su madre si le molestaba alguna pesadilla. Ella había agradecido su compañía aquella noche por el mismo motivo. Una y otra vez, el cadáver de Andrés Buenatorre abría los ojos rojos como ascuas cuando ella se le acercaba entre tinieblas, y la agente se había despertado sobresaltada hasta en tres ocasiones, revolviendo las sábanas como una niña. Después había acariciado los cabellos de su hijo para tranquilizarse, pero a partir de la tercera pesadilla había empezado a darle vueltas a los interrogantes que había pretendido dejar para el día siguiente. Aquella poesía hallada en la taquilla no le sonaba de nada, pese a que se consideraba bastante curtida en la materia, lo suficiente para reconocer buena parte de los autores consagrados con solo leer unas líneas, y de diferenciar un poema intenso de uno descafeinado. ¿La habría escrito el asesino? ¿Era de algún autor semidesconocido? ¿Seguro que los implicados en el robo de los animales no tenían nada que ver con el crimen? Cuando en mitad de la noche entendió que el torrente de incógnitas se había desbordado y que no regresaría a su cauce, se deslizó sigilosamente hasta el salón para encender el ordenador portátil. Después, mientras se limpiaba las legañas con el índice y suspiraba al ver la hora en el reloj digital, había clicado sobre el icono del navegador y había empezado a buscar en Google. Tras perderse entre enlaces, ventanas emergentes, blogs literarios, foros y archivos viciados, llegó a la conclusión de que la poesía era una traducción de un poema de Leonard Cohen: *Un sentido de la mañana*. Eso la había desconcertado porque recordaba haber leído algo del poeta canadiense hacía una década, pero no recordaba el título ni le había sonado el estilo. Antonio Resines aparecía citado como traductor en multitud de páginas web en las que aparecían los versos en castellano.

Con su rcano nivel de inglés de bachillerato y la ayuda del traductor de Google rastre la red en busca del poema original completo, pero no lo había encontrado, pese a que la huella del poeta se extendía por miles de páginas. Antes de apagar el ordenador para proceder a despertar a su hijo se había preocupado de anotar en una libreta las señas del libro al que debía pertenecer el texto: *Memorias de un mujeriego* (1978), (*Death of a lady's man*).

Cruz medio barrio conduciendo para dejar a Iván en el colegio. De cuando en cuando miraba fugazmente por el retrovisor a su hijo, sentado en los asientos traseros. Pero no intercambiaron ninguna palabra durante el trayecto, cada uno sumido en sus pensamientos. Cuando llegaron, Laura estacion en la reserva e hizo un ademán con la mano para llamar la atención del niño.

—Prtate bien en el comedor, y recuerda que a la salida vendrá la tía Ana, yo tengo que trabajar esta semana de tardes. Con un poco de suerte te recoger justo después de la cena.

—Vale, mamá.

—Dame un beso, anda.

Iván se inclinó haciendo morritos y ella colocó la mejilla.

—Hasta luego!

—Hasta esta noche, cariño —sonrío la agente Beltrán. Lo vio cruzar corriendo la acera para reunirse junto a dos compañeros en las escaleras de la puerta principal.

Esper a que su hijo volviera la vista y se despidiera agitando la mano, como cada día. Ella devolvió el gesto. Aquellos pequeños detalles la ayudaban a seguir adelante. Luego puso primera y se incorporó a la circulación.

Por el camino pens que había tenido mucha suerte de contar con la ayuda de su prima Ana. Ella se había ofrecido a cuidar de Iván en cuanto supo que su prima favorita se trasladaba y que vivirían en el mismo barrio. Ana no tenía hijos pero mantenía un trabajo flexible como administrativa, así que disponía de una buena disponibilidad horaria. Laura nunca se habría atrevido a pedirselo. No tenía más familiares en la capital. Su nica hermana y sus padres vivían en León, pero all no había apenas puestos apetecibles para un policía nacional, así que había acudido a Zaragoza con cierto sentimiento de culpa y muchísima incertidumbre respecto a su hijo. Esperaba que Iván se adaptase al nuevo colegio igual que ella al trabajo. Aunque estaban a mitad del curso, Laura confiaba en la naturaleza infantil, más receptiva para las nuevas amistades que los adultos. Ella pensaba que lo tendría más difícil, aunque había comenzado con buen pie con su jefe, el inspector del Grupo de Homicidios. Al resto de compañeros apenas los había saludado. Sabía que tendría que tener cuidado con las intenciones de más de uno, especialmente el más joven, ese tal Kike. Tenía pinta de ser el tipo de policía que alardea de su oficio en las discotecas para ligarse a las niñas rubias que encontraba, en lugar de ser discreto, tal como les enseñaban durante la instrucción. Herrera, en cambio, le había parecido un hombre serio y noble a primera vista. Probablemente aprendería mucho de su veteranía. Le resultaba

incluso atractivo, aunque Laura no quería saber nada de relaciones con el sexo opuesto. Después de sus traumáticas experiencias con su exnovio y un empresario catalán, había decidido que su única familia y compañía sería su hijo. Pero centrándose solo en la atracción física, el inspector era bien parecido y debía de estar en forma. La mayoría de los hombres se dejaban vencer por la pereza a partir de los veinticinco y paulatinamente engordaban hasta convertirse en esas piñatas de ojos lascivos que tanto había visto en las playas de Barcelona y Valencia.

Torció a la derecha tras pasar un semáforo en ámbar, adentrándose en una avenida. Cualquiera día habría regresado a su casa para estudiar, pero esa mañana había decidido ir a la biblioteca. Normalmente, cuando trabajaba en el turno de tarde, dedicaba las horas posteriores a la cena para repasar los deberes con su hijo, así que solo le quedaban las primeras horas del día para aprovechar al máximo los resquicios de tranquilidad que le dejaba Iván. Aspiraba a ser inspectora y dirigir su propio equipo, pero para eso tenía que terminar la carrera de Derecho que había comenzado en cuanto ingresó en el Cuerpo. Ya la había abandonado en primer curso al comenzar su relación con su exnovio, pero no pensaba volver a hacerlo. Ahora la idea de ascender en la escala ejecutiva era un objetivo claro y diáfano, sin fisuras, pese a ser un camino más accidentado. Pronto Iván podría ir solo a clase y eso le daría mayor libertad.

Mientras esperaba a que otro semáforo iniciara la fase verde, recordó que tenía que repasar unos apuntes de Derecho Mercantil antes del examen a final de mes. Un auténtico coñazo, pensó. Nunca le gustaron las materias administrativas. Intentaría sacar algo de tiempo para imprimir del BOE la última modificación de la Ley de Extranjería y continuar al día de los cambios legislativos. Pero el motivo por el que acudía a la biblioteca era exclusivamente laboral. Necesitaba consultar los archivos para buscar el título de Leonard Cohen que había anotado en su libreta. Esperaba que la información fuera fiable. Sabía que uno de los peores problemas de internet era que un dato falseado podía reenviarse y multiplicarse hasta el punto de parecer cierto. Los internautas rara vez contrastaban los datos, y las webs y las redes sociales contenían toda clase de argucias y engaños que molestaban a quienes sí sabían de algo; pero contentaban a los profanos, que siempre eran mayoría. Le urgía encontrar ese libro impreso de Leonard Cohen para compararlo con el poema del asesino. Quizá encontrando la fuente tuviera alguna pista más. Podía ser que el libro ocultara una clave. Le pareció fascinante encontrarse en esa situación. Creía haber comenzado a vivir una historia de ficción en su primer día de trabajo. Sabía que lo habitual en la Brigada de Homicidios era rastrear a desaparecidos a través de interminables gestiones telefónicas y pruebas documentales, normalmente se trataba de gente que deseaba cortar con su pasado y se largaba sin dar señas, o eran desapariciones de dementes o secuestros de lo más prosaico. Había comenzado con buen pie, como le había dicho el inspector, y estaba entusiasmada. Tenía buenas sensaciones respecto a su nuevo puesto de trabajo como subinspectora. Por la tarde informaría a su jefe de

los resultados de su búsqueda.

—¿Qué podría ser esto? ¿A qué se parece?

Teresa Buisán estaba sentada junto a Ismael, en un ángulo de noventa grados, como recomendaban los manuales de Psicología. Sobre una mesilla descansaba una lámina de manchas de tinta. La imagen tenía una simetría bilateral y era de color gris oscuro, matizado en algunas zonas con detalles en negro y cuatro espacios blancos en el centro. A la psicóloga siempre le recordaba a uno de esos cascos usados por los orcos en la película de *El Señor de los anillos*, del que su novio era fan incondicional.

—Es una mariposa negra y aplastada a la que le han arrancado la cabeza —aseguró el chico.

La psicóloga pasó a la siguiente lámina. La extrajo de la carpeta también situada sobre la mesa.

—¿Y aquí? ¿Qué es lo que ves?

«Dos duendes vestidos con capucha y zapatillas rojas y enfrentados», pensó ella.

—Un hombre con barba, sangra por la nariz y los ojos —respondió el niño.

—¿Dónde lo ves? —La respuesta la desconcertó.

—¿Lo he hecho mal? —preguntó Ismael, sin apartar la mirada de las manchas de tinta.

—No, no es eso —negó dulcemente la psicóloga. Procuraba expresarse con la mayor ternura para superar el hermetismo del chico. Él ya se había negado a realizar el test MMPI de personalidad y al menos lo había convencido para realizar el de Rorschach, con la promesa de mostrarle dibujos con los que desarrollar su imaginación—. ¿Puedes señalar lo que ves?

—Aquí la sangre, y aquí —señaló el niño las dos parejas de puntos rojos—. Esto otro es la barba —añadió rodeando el contorno gris—. Tiene la nariz rota, por eso sangra.

Teresa Buisán anotó las observaciones en el portafolios que apoyaba sobre sus muslos. Las respuestas que aludían a mutilaciones o sangre podían considerarse como respuestas de contenido agresivo manifiesto. Ella sabía que la práctica del Rorschach en niños era poco frecuente, pero en realidad las variables podían ser interpretadas de la misma forma que en adultos, lo único que cambiaba eran los valores esperados según el rango de edad. En un niño se esperaba que el control y el dominio de las emociones fuera más inmaduro.

Le mostró la lámina número cinco. La mayoría de las personas, independientemente de su edad, veía un murciélago o una mariposa en tonos grises. La mayoría de los hombres veían murciélagos.

—Es un murciélago con tijeras en sus alas.

—¿Tijeras?

Ismael señaló los dos trazos negros que divergían desde cada una de las supuestas alas. Era verdad, podía leerse así la imagen, pero esa lectura podía significar castración u hostilidad.

—¿Hiciste tú los dibujos? —preguntó Ismael, levantando la vista.

—No, las compré así —respondió la mujer. La cuestión la había desconcertado. Era habitual que los niños hicieran muchas más preguntas que los adultos durante los test, pero aquel chico siempre se había mostrado muy retraído y poco interesado en lo que hacían los demás, incluidos sus compañeros de clase.

—¿Cuántos dibujos vas a enseñarme?

—Solo hay diez. No te preocupes.

—¿Y por qué escribes todo lo que digo?

—Para acordarme de lo que viste, claro —sonrió Teresa.

—Eso es porque crees que estoy loco —musitó Ismael, bajando de nuevo la vista.

—Eso no es verdad —se apresuró a responder la psicóloga—. Solo eres un chico especial.

—Mi padre dice que soy un mueble.

—¿Eso dice tu padre?

El niño asintió. Tenía los puños crispados.

Teresa decidió proseguir con la lámina anterior después de realizar las últimas anotaciones. Había decidido variar el orden, tampoco resultaba importante porque no estaba siguiendo la metodología a pie juntillas. La lámina era vertical y con una abigarrada mancha de color gris oscuro. La respuesta más frecuente aludía a dragones, osos o gorilas. Sin embargo, si estos mostraban agresividad, podía significar el papel del padre sobre el niño. Simbolizaba autoridad. No le hizo falta esperar la respuesta del chico. Pensó que quizá debería profundizar en el estudio y elevar un informe dirigido al Consejo de Educación.

—Es un monstruo —dijo Ismael tras meditar durante unos instantes—. Está rabioso y aplasta a las personas.

El rótulo de neón barnizaba el capó del coche con tonos violetas. Pese a que el sol ya había cerrado los párpados, todavía era temprano para la mayoría de los clientes, aunque los solitarios y los camioneros no conocían de costumbres corrientes. El viento soplaba con fuerza contra las ventanillas del vehículo policial sin distintivos.

A Laura Beltrán no le gustaba trabajar junto a Enrique. Apenas llevaban tres horas interrogando a los vecinos de las urbanizaciones colindantes a la granja y ya se había cansado de él. El policía se quejaba por cada trámite que debían hacer. Suspiraba con cada conversación fracasada y bufaba cuando nadie abría tras llamar repetidamente a los timbres. Además, cuando hablaban con los vecinos, él procuraba tomar la palabra, en lugar de dejarle el protagonismo a su superiora. Se comportaba como si ambos tuvieran el mismo rango y eso la molestaba. Pero la agente Beltrán no tenía prisa, pensaba ponerlo en su sitio cuando tuviera ocasión.

No habían conseguido que nadie testificara. Sin embargo, ella estaba convencida de que alguien tuvo que ver algo aquella noche. Ninguno de los más de cien vecinos que habían entrevistado les dijo haber notado nada extraño tanto la noche del asesinato como la del robo. Unos cuantos mostraron sorpresa y otros un notable desinterés. «El gran inconveniente del mundo moderno», pensaba Beltrán. Cada uno iba a lo suyo y los problemas de los demás no le importaban una mierda salvo que le afectasen directamente. A la subinspectora siempre le había sorprendido el amplísimo abanico de emociones que podían mostrar las personas, según el carácter y las circunstancias. A veces podía encontrarse gente que juraba y perjuraba haber visto cosas que ni intuyó. En otras ocasiones los testigos se callaban por miedo a ridículas consecuencias. «Es culpa del cine», le había dicho Kike, «la gente ve fantasmas por todas partes».

Tras la ronda de visitas habían hecho un alto en una cafetería. Eso le había servido a Beltrán para afianzar sus prejuicios hacia su subordinado. La imagen de Kike era un estereotipo fácil de dibujar. Obsesionado con el mundo del motor y el *fitness*, le daba una importancia secundaria a cualquiera de los casos que tenían entre manos. Para ella no era más que un acomodado niño de papá jugando a un aburrido videojuego que le habían regalado. Se sentía incómoda charlando con alguien así. Era el prototipo de hombre que seducía fácilmente a universitarias de primer año, pero que no tenía ninguna opción con mujeres maduras o con perspectivas más allá de un polvo pasajero. Además, le fastidiaba que a un compañero le importasen tan poco los vericuetos de una investigación. A Kike le traía sin cuidado lo que Laura había descubierto sobre el poema hallado en el lugar del último crimen. La subinspectora había confirmado la autoría de Leonard Cohen, aunque no había hallado una clave

que les ayudase con el caso. Sin embargo, el joven agente no se molestaba en fingir interés ante su superiora.

—¿Vamos? —preguntó Kike mientras mantenía las manos apoyadas en el volante.

Hacía frío en el interior del coche, un Citroën C4 de color gris plata. La calefacción no funcionaba y ambos llevaban puestos los guantes además del abrigo. Laura miró alrededor. El local estaba situado en la margen de la carretera, a las afueras de la ciudad. Le pareció un paraje triste, como la vida de las ballenas melancólicas que varaban en aquel lugar. Más allá podía vislumbrar las cimbreantes siluetas de unos pinos y la agitación del entoldado de unos grandes almacenes. Después todo eran campos recién sembrados o cubiertos de altos hierbajos que ocultaban toda clase de basura. En el Grupo de Homicidios y Desaparecidos había varios casos abiertos y candentes, y la sospechosa desaparición de una chica soltera era uno de ellos. Laura Beltrán no podía quitarse de la cabeza las dudas que le suscitaba el caso de la granja de puercos, pero tenía que centrarse también en este otro.

Habían aparcado junto a la fachada, entre un lustroso todoterreno y un viejo Renault 19 con la puerta del copiloto abollada. Salieron del coche y pasaron junto al portero, un tipo moreno y rapado al cero, que asintió con cara de pocos amigos cuando los agentes se identificaron exhibiendo las placas. El pórtico estaba pintado de blanco con paredes estucadas de gruesos goterones. Abrieron la pesada puerta de madera y se internaron dentro. A ambos lados de la entrada había unas dríades talladas en madera, pero salvo por ese detalle, el aspecto del interior le pareció cutre. Paredes pintadas con tonos rosas y púrpuras. Lámparas con capuchas opacas y ceniceros de promoción de una marca de cigarrillos. Los muebles y los asientos de los respaldos estaban cubiertos con felpa roja, pero parecían adquiridos en una tienda barata de segunda mano. Era un ambiente deprimente. Una mezcla entre *disco-pub* sin presupuesto y uno de esos chiringuitos que se veían en las cunetas de las carreteras secundarias. Le costaba creer que los hombres tuvieran erecciones en esos tugurios.

Apenas había clientes. Una camarera se movía con indolencia detrás de la barra para atender a un recién llegado. Un grupo de chicas con pestañas postizas y ropa ceñida se aburrían en las mesas del fondo, haciendo balancear sus piernas cruzadas. Una diosa de ébano que alcanzaba el metro setenta y cinco gracias a unos tacones larguísimos como punzones para espetar pollos, se acercó al cliente y le echó mano al trasero. Este rodeó con el brazo la cintura de la mujer y empezó a escuchar sus ofertas con naturalidad. Había otras cuatro parejas ficticias en el local. A Beltrán le pareció patética aquella representación y le trajo amargos recuerdos, sintió de nuevo las magulladuras y las cicatrices, evocó la nítida imagen de Eduard Laporte, el despreciable empresario que la había humillado durante la época más difícil de su vida, en la que fue necesario sacar adelante a su retoño a toda costa. Le habría

gustado acercarse a cada una de esas chicas y hablarles en privado, explicarles que había otras salidas más dignas, incluso cuando no se veía la luz en el túnel. Le constaba que ninguna mafia controlaba a aquellas mujeres; el negocio había sido investigado en varias ocasiones. Eran mujeres adultas y había sido su decisión dedicarse a ello. La subinspectora sabía que en esas mesas del fondo había un mosaico de motivos. Puede que alguna albergara la esperanza de trajinarse a un solterón para mantenerse a flote el resto de sus días. Otras necesitaban sacar a varios hijos adelante y pensaban que era la mejor opción, algunas estarían ahorrando para regresar después a sus países tras terminar su efímera juventud, o pensaban que no servían para otra cosa, o consideraban más humillante fregar escaleras por un sueldo muy inferior. Allá ellas con sus errores y consecuencias, pensó Beltrán.

Kike le hizo una indicación y la subinspectora regresó al presente.

—No me digas que te da corte, jefa —sonrió el agente con descaro—. ¿Nunca has estado en un sitio de estos?

Laura se limitó a sonreír. Aquel imberbe le daba cierta pena. La gente sin verdaderos problemas vivía en un mundo diferente al que ella conocía. Un mundo más cómodo pero monocolor.

—Me refiero a entrar como poli, claro, no te lo tomes a mal —se azoró el policía en cuanto percibió el doble significado de su última pregunta.

—No te preocupes, Kike. Sí, he estado en sitios como este y peores. Solo me ha traído malos recuerdos.

—¿Vamos a hablar con el encargado?

—Déjame a mí —dijo Beltrán.

Se acercaron a la barra y la subinspectora se identificó. No intentó ser discreta exhibiendo la placa. Eso hizo que el cliente que tonteaba con la mulata adoptara una actitud rígida. La camarera desapareció tras una puerta batiente y luego regresó.

—Enseguida viene Manuel —les dijo—. ¿Quieren tomar algo? Invita la casa.

Beltrán rechazó el ofrecimiento, aunque a Kike le habría gustado tomar un refresco.

En los dos minutos que transcurrieron se dedicaron a mirar severamente todo lo que sucedía a su alrededor. Uno de los clientes prefirió largarse sin consumir.

Cinco minutos después apareció un hombre trajeado de negro. Corbata negra y lustrosos zapatos. Tenía unos cincuenta años y una dilatada calvicie que disimulaba afeitándose la cabeza.

—Buenas noches, agentes —dijo estrechándoles la mano aunque dirigiendo su mirada únicamente al agente masculino. Eso ofendió a Laura—. ¿No le ha dicho a ella que aquí las cosas no se hacen así? Nos espantan a la clientela.

—Aquí la que manda soy yo, orangután, yo soy la subinspectora —respondió la agente subiendo la voz una octava—. No es mi problema si sus clientes se asustan al ver una placa. Puede que después de todo, este antro no esté tan limpio.

—Está bien, está bien, disculpe. —El hombre procuró ser discreto—. ¿Quieren

acompañarme a la puerta? Allí charlaremos sin problemas. Entiéndalo, la gente se pone nerviosa por nada. Ven un par de polis con cara de mala leche y piensan que va a haber una redada o algo así. Le aseguro que aquí ni proporcionamos droga ni hacemos nada ilegal. Pero nosotros no nos responsabilizamos de lo que traigan ellos, que conste.

—Está bien —consintió la subinspectora—. Pero charlaremos aquí, en una de esas mesas. Afuera hace un frío tremendo.

—Sí, Manuel, tienes que ser amable —añadió Kike. Conocía bien al encargado. Había tenido que interrogarle en no menos de seis ocasiones, siempre con relación a desapariciones de prostitutas.

—Como quieran. —El encargado hizo un ademán a la camarera, que salió de la barra—. ¿Quieren tomar algo?

—Ya le he dicho a ella que no queremos nada —contestó Beltrán.

—Muy bien. —El encargado aguardó a que la joven se les acercase—. Maite, tráeme una Damm. Los agentes no quieren nada.

Se sentaron en una esquina, apartados del grupo de prostitutas que les dirigían miradas de soslayo mientras compartían alguna risita cómplice. Los agentes se quitaron los abrigos y los apoyaron en el respaldo de las sillas. Kike esbozó un gruñido para exteriorizar lo incómodos que eran aquellos asientos metálicos.

—Ustedes dirán —dijo Manuel, abriendo las manos, suplicante.

—Venimos a preguntarle por Dolores Sanz —dijo Kike.

—Hace días que no trabaja aquí.

—Por eso mismo —asintió la subinspectora tras hacerle un ademán a su compañero para que permaneciera callado—. Ha desaparecido.

—Muchas mujeres lo hacen voluntariamente.

—Quizá esta no.

—Mire, agente, aquí no forzamos a nadie, por mucho que su mirada me acuse de lo contrario. Ellas van y vienen. Firman un contrato y lo renuevan si quieren. Otras lo rompen sin más, desapareciendo. Tenga en cuenta que muchas son extranjeras. Una llamada de un familiar y se largan a su país, sin avisar. También lo hacen cuando entienden que han ahorrado suficiente. Ya no las volvemos a ver.

—Pero Dolores Sanz es española —atajó Beltrán.

Manuel suspiró.

—Pues usted dirá en qué puedo ayudarle.

—Nos gustaría conocer sus hábitos. Con qué gente se movía, si tenía algún cliente particularmente encaprichado con ella, ese tipo de cosas.

—Era una chica bastante agradable. Tenía treinta tacos ya, pero aparentaba veintipocos. Una monada de chica. Tenía mucho éxito aquí, ganaba mucha pasta. Tuvo un novio al principio, hace unos años, cuando comenzó en esto. El tío no lo pudo soportar y la dejó, aunque antes se despidió a hostias. Ignoro si era una costumbre, aunque ella no venía marcada a trabajar, pero desde luego ese día sí que

se propasó con la pobre, en su apartamento. Tardó un mes en volver a trabajar. Desde entonces no se volvió a ver a ese fulano. Hará como tres años. ¿He dicho tres? No, no. —Manuel levantó la vista unos instantes, concentrándose en una de las bolas de cristal que colgaban del techo—. Ya hace cuatro años, claro.

—¿Cree que ese exnovio puede tener algo que ver en la desaparición?

—No lo creo, aunque cualquiera sabe. Pero no, no sería lógico, después de tanto tiempo. Supongo que el problema de Dolores puede deberse a otra cosa.

—¿A qué?

—Problemas de drogas, ya sabe.

—No, la verdad es que no lo sé. Ilústreme.

—Mierda —masculló el encargado—. Claro que lo sabe. Muchas chicas consumen. Poco a poco van a más y al final descontrolan y terminan debiendo más dinero del que ganan.

—¿Debiéndole a quien? ¿Quién le vendía la mercancía?

—No es que sea algo oficial, a fin de cuentas uno puede comprar coca en cualquier parte, ¿no? Pero tuvo problemas con el clan de los Barbañana, a ellos les compraba bastante. Iba a menudo al barrio Oliver, después del tajo. Una noche de la semana pasada vino a buscarla aquí uno de los hijos del patriarca, apuesto a que pensaba regalarle un navajazo, pero ella ya se había esfumado un par de días antes.

Aquella versión coincidía con los datos de que disponía la policía, pensó Beltrán. Dolores Sanz había desaparecido hacía ocho días. Como temían, las drogas se podían haber cobrado otra víctima.

—No he vuelto a verla desde entonces —añadió el encargado—. Es una lástima, era una chica mona, pero se estaba perdiendo. Uno no puede tomarse eso como una costumbre o se pierde.

—Y usted se preocupó de enderezarla —ironizó Laura—. Seguro que le dio el teléfono de Proyecto Hombre y le dio una charla sobre buenos hábitos, ¿no es cierto?

—Yo no soy el padre de estas chicas, inspectora —rebatió Manuel, visiblemente molesto.

—Subinspectora —corrigió ella.

—Mire, ellas pueden hacer lo que quieran con sus vidas, no soy quién para recriminarles nada. Regento un puticlub, agente, no creo que ninguna de estas chicas esté en disposición de acudir a mí para pedir consejo sobre moralina. Ellas trabajan, yo me llevo mi parte y todos contentos. Lo que hagan fuera de estas paredes me trae sin cuidado.

—Muy bien, no hace falta que se enfade, señor...

—Espartero.

—Señor Espartero, ¿podríamos hablar con alguna señorita que tuviera amistad con Dolores? Seguro que hizo buenas migas con alguna compañera.

—Cuca la conocía muy bien. Eran buenas amigas, de las que se cuentan secretos, ya sabe. Pero hoy no trabaja. Puedo darles su dirección, si quieren. No creo que tenga

problemas en explicarles lo que sabe. A mí no me ha dicho nada, desde luego.

—Supongo que ninguna de las chicas que trabajan ahora mismo es amiga de Dolores, ¿cierto? —preguntó Beltrán.

—Espero que no esté insinuando nada, agente. —Manuel Espartero enarcó las cejas—. Yo colaboro cuanto puedo. Puede preguntarles a ellas, si quiere. Entrevístense con cada una en una sala privada, si quieren. Pero no sacarán nada. Aquí no se viene a hacer amigas. Algunas lo son, claro, pero esto es un trabajo para ellas. Podrán hacer comentarios estúpidos sobre tíos, moda, comida o hasta libros, como cualquier mujer que intenta que el tiempo pase más rápido conversando en una peluquería, pero no se cuentan los secretos de sus vidas. ¿A quién le importa?

—No se preocupe. Hablaremos con esa tal Cuca —dijo Laura, levantándose y recogiendo su abrigo. Kike la acompañó.

—Cuca está realmente preocupada por Dolores —añadió el encargado—, porque aunque no coincidieran todos los días, se llamaban a diario. Eran buenas amigas. Pero no han hablado desde entonces. Yo creo que simplemente se ha largado. Esos gitanos la acojonaron mucho y creo que ella tenía familia en Murcia. Dos más dos. Habrá querido cortar con todo.

—Ojalá sea solo eso, aunque las amigas de verdad siempre mantienen el contacto —consideró Beltrán—. Hemos hablado con casi toda la familia y ninguno sabe nada. Pero todavía nos quedan algunas gestiones.

—Espero que tengan suerte, les doy su dirección. —Manuel consultó su agenda telefónica en el móvil. Luego metió la mano derecha bajo la solapa del traje para extraer un bolígrafo del bolsillo interior. Cogió una servilleta de papel y anotó allí el número de teléfono y las señas postales con letra caligráfica. Estrechó la mano de los dos agentes, esta vez prestando especial atención a la subinspectora, y les acompañó a la puerta.

—Que tenga buenas noches, señor Espartero —se despidió Beltrán sin volverse, con el rostro embozado tras el cuello forrado de lana de su abrigo.

—Buenas noches, Manuel —secundó Kike, abriendo las puertas del Citroën con el mando a distancia.

—Gracias, igualmente, agentes.

Los escasos ocho metros de distancia hasta el coche les helaron los huesos. El fuerte viento parecía traer agujas de hielo que se clavaban en las mejillas y las orejas. Laura se estremeció con un escalofrío al entrar en el habitáculo.

—¡Vaya aire! —exclamó.

—Joder, hace un rasca de cojones —bufó Kike—. Y nosotros sin calefacción, ¡me cagüen la leche!

Los dos empezaron a frotarse las manos enguantadas. Luego, el policía fijó la mirada en la copilota.

—Has estado bien, jefa, tenía que decírtelo.

—Gracias, Kike —sonrió Beltrán.

El joven agente arrancó el motor y se dirigió hacia la comisaría para finalizar el turno. Atrás quedaron las alcobas granates con lavamanos y las musas apostando su juventud.

—¿El chico tiene algún problema con su padre? —preguntó Teresa Buisán. Al otro lado del escritorio permanecía sentada la madre de Ismael, una mujer que no alcanzaba los cuarenta, pero se veía avejentada por las preocupaciones y el estrés. La marcada raíz de la melena desteñida y las pronunciadas arrugas del rostro le echaban dos décadas extra encima. Clara Ballester observaba a su alrededor como una lechuza. Se detenía en cada cuadro, en cada estante de la librería, en cada lomo de tapa dura, y leía los títulos en vertical doblando el cuello y moviendo los labios.

—A Ismael le gusta mucho leer, ¿sabe? —respondió saliéndose por la tangente—. Se pasa las horas muertas en la biblioteca que hay al lado de casa. Yo le digo que se llena la cabeza con demasiadas tonterías. Debería estudiar más y estar más atento a lo que le mandan los profesores. Pero no me hace caso, claro. Nunca lo ha hecho.

—Señora Ballester, por favor, no eluda mi pregunta. —Teresa se inclinó hacia delante en su asiento—. ¿Tiene el chico algún problema con su marido?

Clara Ballester bajó la mirada al suelo, como avergonzada.

—Más bien lo tenemos los dos. —Su voz fue casi un murmullo—. Fernando es demasiado impulsivo y a veces lo paga con el chico. También conmigo, pero para eso tengo que darle algún motivo.

—Nunca hay motivo para eso —la corrigió Teresa.

—Oh, sí que lo hay. —La mujer levantó el mentón—. Cuando un hombre llega malhumorado y borracho a casa es mejor dejarle hacer. Si una lo recrimina se expone a recibir un tunda. Es normal, no se le puede recriminar nada a un hombre trabajador que ha perdido el empleo, es como recriminarle a un buen soldado que haya perdido el brazo en una guerra solo porque una bala perdida le acertó.

—No estamos hablando de lo mismo, señora Ballester, pero en cualquier caso, usted es mayor de edad y puede denunciarlo cuando quiera. Su hijo, en cambio, es menor y es su responsabilidad y la de su marido educarlo correctamente.

—¡Vaya! —exclamó la madre, indignada—, ¿así que yo no educo bien a mi hijo solo porque se portó mal con un alumno? ¿Acaso cree que yo le inculco que debe ser agresivo con los demás?

—Yo no he dicho eso. —Teresa estaba acostumbrada a ese tipo de contestaciones, a que las madres salieran a la defensiva. Muchas mujeres no se daban cuenta de que eran escolleras pulidas ante los embates de sus hijos—. Pero un mal ambiente familiar puede desembocar en niños introvertidos y violentos.

—Ismael es un niño especial, señorita. —La madre enfatizó sus palabras apoyándose gestualmente con las manos abiertas—. Mire, esconde siempre tarros con insectos bajo su cama. Cuando los encuentro le echo la bronca, aunque me da lástima.

Nunca ha tenido verdaderos amigos, de manera que su forma de entretenerse es jugar con bichos. Es verdad que los mata, pero eso no es tan extraño. Toda la vida los chicos han perseguido gatos y han cazado saltamontes. Ahora parece que todo eso está muy mal y es un delito.

—Señora Ballester... —Teresa pretendía ir al grano, no quería perderse en justificaciones—. Creo que su hijo padece un trastorno antisocial.

—¿Y eso es grave?

—No, si le ponemos remedio a tiempo —mintió Teresa. Sabía que cuando los síntomas eran tan palpables, no quedaba marcha atrás. Ese comportamiento se manifestaba a veces a una edad muy temprana, enraizado en experiencias traumáticas, normalmente en el ámbito social o familiar. El mal podía contenerse, pero no eliminarse.

—¿Y qué se puede hacer?

—En mi opinión. —Teresa dulcificó la voz—. Deberían acudir a un psiquiatra para que le pusiera en tratamiento. Hay fármacos que ayudan mucho a este tipo de personas. Los relajan.

—Mi hijo no está loco —rechazó la madre.

—Yo no he afirmado tal cosa.

—Los psiquiatras tratan a las personas con enfermedades mentales —dijo Clara Ballester con toda seguridad.

—Probablemente su hijo no esté enfermo —explicó Teresa mientras entrelazaba los dedos de las manos y apoyaba los codos en la mesa—. Su tipo de trastorno no se tipifica como una enfermedad. Pero necesita fármacos para evitar esos accesos de violencia. Tenga en cuenta que Ismael es muy joven todavía, pero a medida que cumpla más años se volverá más peligroso.

La madre permaneció en silencio unos instantes. Volvió la mirada hacia los anaqueles repletos de libros de Psicología.

—Lo pensaré —resolvió—. Tendré que hablarlo con mi marido, si es que puedo.

—Será lo mejor para el chico, se lo aseguro. —Teresa esbozó una media sonrisa, entre comprensiva y simpática.

—¿Puedo marcharme? —preguntó la madre.

—Por supuesto. Seguiremos en contacto. En cuanto decidan algo, hágamelo saber. Les facilitaré la dirección de un especialista.

—Muy bien. —Clara Ballester se incorporó con la languidez de una anciana, recogió su bolso de piel marrón de la esquina del respaldo y se dispuso a salir.

—Hay otra cosa más —apuntó Teresa. Llevaba queriendo decirlo desde el comienzo de la entrevista, pero no sabía cómo abordarlo. No ante una madre que padecía de una ligera ceguera, como casi todas las madres. Pero Ismael no era como casi todos los chicos de su edad.

—Dígame. —Clara Ballester se volvió, intrigada, con el pequeño bolso colgando del hombro.

—El otro día observé que su hijo no parece tener un umbral de dolor como el de la mayoría de la gente.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, apoyó las manos en el radiador como si tal cosa, y estaba ardiendo —explicó la psicóloga—. Yo misma pude comprobarlo.

—¿De verdad? Nunca he notado nada así —respondió la madre mostrando perplejidad.

Teresa asintió para después continuar:

—Y hay una cosa que me intriga más. Su hijo mencionó algo sobre una dolencia que padezco. Pero es absolutamente imposible que lo haya escuchado, porque no lo hablé con nadie.

—¿Insinúa que lee la mente o algo así? —A Clara Ballester se le escapó una risa cargada de escepticismo—. Créame, soy su madre. Sabría si tiene ese tipo de habilidades especiales.

—Lo adiviné, eso es todo —opinó Teresa—, pero ignoro de qué manera. Hay gente que es capaz de ver más allá de los ojos de las personas y conocer sus temores sin necesidad de comunicarse verbalmente. No sé si fue eso lo que sucedió con su hijo, pero no pudo ser una casualidad porque me lo dijo totalmente convencido. Y luego está lo de las letanías.

—¿Letanías?

—Muchos profesores manifiestan que Ismael, cuando se encuentra abstraído, empieza a recitar poesías casi de forma ininteligible. Cuando le preguntamos qué es lo que recita, nos elude y nunca quiere responder.

—Ah, eso... —La madre levantó la vista al techo y luego volvió a fijar la mirada en la psicóloga—. Ya le he dicho antes que Ismael pasa muchas horas en la biblioteca. No le gusta hablar de lo que lee, pero le aseguro que es un chico inteligente, pese a las notas que saca en los exámenes. No me extrañaría que recordase muchos libros de memoria.

La luz filtrada a través de las cortinas se derramaba sobre una colección de botellines de cerveza europea, de manera que las partículas en suspensión parecían bailar junto al largo estante sobre el televisor. El inspector Santiago Herrera mantenía la mirada en la etiqueta de una Duvel de alta fermentación. Pero sus pensamientos no giraban en torno a la bebida belga, sino alrededor de un hombre asfixiado con una cadena.

Bajó la vista hasta la mesa donde se acumulaban fotocopias de informes y fotografías que había copiado de los archivos policiales. El resultado del examen forense corroboraba las primeras impresiones. Por otro lado, el informe pericial emitido por Científica no relacionaba a través del SAID las huellas encontradas con ninguno de los rumanos detenidos. El asesino se había preocupado de usar guantes para no dejar huellas digitales latentes. Tampoco había necesitado forzar ninguna cerradura. Debía de haber entrado en las instalaciones con el consentimiento del encargado o tenía una llave de acceso. La falta de signos de violencia conducía a la hipótesis de una posible relación sexual previa al ahorcamiento, pero no se habían encontrado fluidos orgánicos que lo atestiguaran. Podía ser que el asesino hubiera colaborado en la asfixia durante una suerte de juego erótico, hasta que decidió terminar con la vida de Buenatorre, ya a su merced debido a las cadenas que se habría colocado voluntariamente. En la oficina habían encontrado varios bulbos de pelo cuyo ADN pertenecía a alguien que no trabajaba en la granja, pero no podían saber su identidad porque no se encontraba registrado en el CODIS, la base de datos de perfil genético, al carecer de antecedentes. La ficha quedaría como Anónima hasta que lograsen identificarle. Al menos, según el índice medular, el tamaño y la pigmentación de los cabellos recogidos en la escena del crimen, habían podido determinar que se trataba de un varón de pelo castaño y mayor de edad, sin llegar a la madurez.

Tampoco se habían encontrado testigos, por lo que la vara de la justicia se había quedado huérfana de objetivos claros. Ni en el lugar del crimen ni sobre el propio cadáver se apreciaban síntomas de una pelea o un forcejeo. Las coartadas de los empleados de la granja y los indicios recogidos fueron liberando de sospecha a toda la plantilla. La teoría del amante que se propasaba en el momento crítico —cuando la víctima apenas tenía oxígeno en sus pulmones ni fuerza en sus extremidades— ganaba enteros, pero en las declaraciones de familiares y amigos no habían logrado hallar ningún sospechoso válido. Y, sin embargo, estaba claro que el poema de Leonard Cohen que había cotejado la subinspectora Beltrán apuntaba a que debía de tratarse de una especie de venganza. ¿O realmente encerraba un mensaje oculto? No habían sabido aclararlo, incluso consultaron a un doctor en Filología inglesa que no supo darles respuestas. Habían contemplado la posibilidad de que otro hombre hubiera mantenido en el pasado una relación con el fallecido y, conservando una herida en su orgullo, se hubiera vengado tras fingir una reconciliación. Andrés Buenatorre era soltero y no se le habían conocido relaciones duraderas, aunque frecuentaba a las profesionales de la vida. Era un tipo reservado incluso con sus

hermanos, y estos no pudieron arrojar nada de luz a la investigación. Solo su hermana mayor, María, pareció sentir realmente la pérdida. Repitió una y otra vez que su hermano era una buena persona en el fondo, pese a sus hábitos, que ella conocía por habérselo confesado una vez. Fue la única familiar que derramó lágrimas tras recibir la noticia. Otras opciones, como las deudas, habían quedado descartadas. La contabilidad de la empresa demostraba que, pese a la crisis, el negocio marchaba bien, y no se encontraron pagos pendientes de una cantidad notable. Tampoco se supo de juegos de apuestas o similares. Era un caso en el que Herrera quería indagar, pero tarde o temprano el comisario ordenaría que le dieran carpetazo. No había nada que hacer.

Se recostó en el sofá y volvió a dirigir la mirada hacia los botellines colocados en ordenada formación. Soldados verdes de distintas nacionalidades y graduación. Más adelante, al declinar la tarde, saldría a practicar *footing* por el parque. Se aburría mucho en su apartamento. Pensaba que debía buscarse una afición de verdad. Envidiaba a la gente que podía dedicar el día entero a algo que les apasionase. Más allá de su trabajo no le había atraído ninguna actividad lo suficiente y, desde hacía unos pocos años, el hartazgo que sentía en su profesión lo estaba sumiendo en un pozo negro. Lo de llevarse trabajo a casa se había convertido en una resignada costumbre. Al principio, cuando vivía con Sonia, su exmujer, no era algo que le absorbiera tanto. Terminaba su turno en la comisaría e iba al gimnasio. Luego, aunque nunca desconectaba del todo, conseguía evadirse unas horas saliendo con ella a los centros comerciales o visitando museos. Incluso planeaban escapadas a la montaña los fines de semana. Pero a medida que transcurrieron los años la relación se fue deteriorando, la pasión desapareció y dejó paso a una rutina incómoda, especialmente desde que nació Daniel.

A Herrera no le sentaron bien las nuevas obligaciones y eso desembocó en una buena cantidad de discusiones que agriaron la relación. Paulatinamente Herrera se implicó cada vez más en su trabajo y los distintos casos abiertos cubrieron los vacíos familiares. Cuando se divorciaron, a él apenas le interesaba la vida de su pareja. A partir de ese momento, cada vez que se encontraban para intercambiar a su hijo como si fuera una mercancía perecedera, apenas se dirigían la palabra. Herrera llevaba a Daniel a ver partidos de balonmano o a su apartamento para jugar durante horas a la nueva consola que había adquirido solo para esos momentos. Le dio lástima recordar que la Playstation llevaba meses cogiendo polvo en el armario. Sonia lo había acusado de las malas notas del chaval en el colegio y había prohibido taxativamente a su padre entretenerlo con videojuegos.

El inspector recordó que ese fin de semana le correspondía la tutela, y Daniel tenía partido de balonmano infantil el sábado por la tarde: lo había anotado y subrayado con fluorescente amarillo en la agenda. La cara sonriente de su hijo lo saludó desde el recibidor. Era la única foto que conservaba impresa. Normalmente acudía a su teléfono móvil para visionar los retratos que se habían hecho juntos en los

últimos años, desde que sus vidas no estaban unidas por la convivencia familiar. Hacía un mes que no lo veía. Cada semana que transcurría sin verle era un veneno inoculado en su estómago. Una serpiente que se enredaba muy adentro y roía sus tripas. Por culpa de su trabajo había pospuesto el encuentro y se sentía culpable. Era culpable.

Marcó el teléfono de su exmujer, ahogando un suspiro.

—¿Qué quieres? —respondió la voz desconocida y áspera de la mujer con la que había engendrado a un hijo.

Herrera no se molestó en saludar.

—Creo que Daniel tenía partido este fin de semana, ¿no?

—Enhorabuena por haberte acordado, pero lo han pospuesto.

—¿Cómo?

—Nos dijeron que se posponía —explicó Sonia—, no sé por qué exactamente, creo que el equipo rival tenía un compromiso no sé dónde, una copa o algo así, el caso es que no podían enfrentarse.

—Bueno, da igual. Este finde lo tengo libre. Dile que le recogeré el sábado a primera hora.

—Imposible, este fin de semana nos vamos los dos a ver a mis padres, nos han invitado a su apartamento.

—¡Narices! Me tocaba a mí, Sonia, no empecemos —protestó Santiago.

—No empieces tú —replicó ella mostrándose ofendida—. Las dos últimas veces no has querido hacerte cargo.

—Tenía trabajo.

—Ya, eso explícaselo al juez. Lo siento, pero este fin de semana se viene conmigo. Podrás verlo dentro de dos semanas, cuando vuelva a tocarte, aunque espero que no lo despistes demasiado, tendrá exámenes.

—Eres la hostia, Sonia. —Herrera alargó la mano hasta aferrar con fuerza uno de los cojines del sofá. A veces le daban ganas de estrangular a su exmujer.

—Tú sí que eres la hostia. ¿Te crees que puedes venir a por tu hijo cuando te viene en gana? Las dos últimas veces has pasado olímpicamente de él. No te escudes detrás de tu empleo. Ambos sabemos que podrías verle más a menudo si quisieras. Te empeñas en decir que estás absorto en el curro, pues déjales el trabajo a los otros. No te van a pagar más por resolver más desapariciones, Santiago.

—Sonia, te lo he explicado mil veces. Si me comprometo en algo, no puedo dejarlo a medias. Esto no es como cuando estaba en Seguridad Ciudadana. Es distinto. ¿Qué le digo al comisario y al juez? Miren ustedes, este fin de semana tenía que encargarme de mi hijo, así que decidí que le dieran por culo al asesino, ya caerá el mes que viene, con suerte.

—A mí no me vas a convencer, Santiago, tú mismo. Este fin de semana me marchó con Daniel, no intentes venir a casa a aguarnos la fiesta, que te conozco.

—Relájate, anda, que me vas a hacer estallar la cabeza.

—No es fácil ser madre soltera, ¿sabes? Porque lo que es por ti, nada de nada. Para jugar a la consolita y para ver partidos eso sí, lo malo, para mí; y luego te quejas si me lo llevo a la montaña unos días.

—Han dicho que haría mal tiempo.

—Si nieva, mejor.

—Está bien, mira, acepto el castigo. Pero prométeme que el primer fin de semana de marzo lo pasaré conmigo, ¿vale?

—Prométeme tú que no lo cancelarás.

—Te lo prometo. Por cierto, ¿qué tal el curro? He oído lo de la última manifestación.

Sonia trabajaba como profesora de instituto. Después de seis años ininterrumpidos como interina, se había quedado en el paro tras los enésimos recortes del Gobierno.

—Estoy igual que hace dos meses, gracias por preguntar.

—¿No te han llamado?

—Todavía no, llevo dos meses la segunda en la lista, pero no hay manera, no sale ni una plaza. Prefieren tener a los críos sin profesor que pagar a un sustituto.

—Lo siento. A ver si te sale plaza pronto.

—Es mejor que no me digas eso, en serio. No lo estoy llevando nada bien. Esto va incluso peor de lo que imaginaba el año pasado, y el año que viene pinta peor. No sé qué voy a hacer.

—Al menos te queda el paro.

—Sí, todavía aguanto. Pero si las cosas se ponen feas me pondré a fregar escaleras, no se me caen los anillos por eso. Aunque ahora hasta para esos puestos hay competencia. Además, el cabrón de Wert piensa eliminar la asignatura de varios cursos dentro de su reforma, o dejarla como optativa. ¿Tú te crees? Nos van a dejar a varios cientos en la calle.

—No lo sabía.

—Pues ya lo sabes. No vuelvas a preguntarme, no me gusta hablar del tema. Me pongo furiosa.

—Bueno, dime, ¿está Daniel?

—Está en el entrenamiento.

—Dile que he llamado, ¿vale?

Hubo un silencio al otro lado.

—Está bien, se lo diré —masculló su exmujer.

—Gracias, volveré a llamar esta noche para localizarle. Hasta luego.

—Adiós. —Oyó decir antes de colgar. Herrera suspiró y frunció los labios. Reprimió una vez más sus deseos de golpear algo con los puños. Sentía una enorme sensación de impotencia. A veces incluso había pensado abandonar su puesto y pedir un traslado a un departamento con turnos y horarios fijos.

Encendió la televisión. Un cordón policial aguantaba los insultos y gritos de miles

de manifestantes frente al Congreso de los Diputados. Pancartas en contra de los últimos recortes. Máscaras que reproducían rostros de parlamentarios idiotizados, grandes carteles con consignas que apelaban a la rotura de las cadenas invisibles que aletargaban a toda una clase media. También grupos reducidos de jóvenes encapuchados que lanzaban piedras y usaban palos. Una cámara de televisión captaba cómo un oficial daba una orden tras varias advertencias. Los policías iniciaban una carga y se veían brazos que trazaban elipses arriba y abajo, de derecha a izquierda. Las porras alcanzaban pantorrillas y espaldas. Algunos manifestantes caían al suelo. Un policía la emprendía a golpes con una cría que lo había insultado. Al momento la joven era levantada por sus amigos, con la cabeza ensangrentada. Al inspector le dolían aquellas imágenes, repetidas una y otra vez hasta la saciedad. Los tres golpes del agente, propinados en apenas dos segundos de furia, eran repetidos en una secuencia a cámara lenta, con música fúnebre de fondo. Aquellos siempre le parecían errores y comportamientos puntuales que la prensa utilizaba de forma sesgada. Los medios necesitaban ganar audiencia con titulares impactantes y los compañeros de las unidades de antidisturbios eran el objetivo más fácil. La diana donde convergía el rancio pasado de un país sometido a las palizas y abusos durante tantas décadas de dictadura. Se sucederían debates, charlas y entrevistas sobre la forma de responder de los cuerpos policiales ante el estrés, y una semana más se librarían del granizo quienes realmente manejaban los hilos, quienes erraban al firmar pactos, órdenes e indultos después de hondas deliberaciones en los tranquilos despachos, ajenos a la realidad bajo su cúspide, a los escupitajos en el rostro, a los insultos a escasos centímetros y a los orines ajenos en las botas.

Decidió apagar el televisor y se puso el chándal para bajar al parque. Habría preferido tomar un poco de energía extra, pero luchó contra esa posibilidad. Se había impuesto un límite mensual y a medida que transcurría el tiempo le era más difícil controlarlo. Cada vez que la ansiedad se apoderaba de él, ya fuera por los problemas familiares o por la carga de trabajo, necesitaba recurrir a la sustancia. Empezaba a preocuparse de veras. Si no dejaba aquello se convertiría en un adicto, y él sabía de sobra cómo acabaría su historia.

Una vez en el parque, estiró las piernas en un banco a la entrada del recinto. Apenas llevaba quince minutos trotando cuando recibió una llamada de la comisaría.

—Joder, ¿no puedes encasquetárselo a otro? —preguntó Herrera después de escuchar a su interlocutor.

—En realidad, iba a llevarlo Jasso, pero una vez en el lugar han descubierto que tiene relación con un caso tuyo.

—Ha estado espabilado ese Jasso —masculló Herrera—, ¿y cómo puede saber eso?

—Han encontrado otro poema, Santiago.

—Joder, ¿lo dices en serio? —El inspector oyó un crujido de tierra tras él y giró receloso sobre sus propios talones. Una joven corría orillándose a la izquierda del

camino de grava y pasó junto a él sin prestarle atención. Usaba auriculares y unos *leggings* ceñidos. El inspector siguió la estela del moldeado trasero.

—En media hora me presento allí —dijo—. Subo a casa a cambiarme y cojo el coche.

—Mejor aviso a una patrulla para que te recoja, será más rápido. Allí te están esperando, todavía no ha llegado el forense.

Los ojos de Clara Ballester eran dos botones grises velados por el humo del tabaco. Acercó el cigarrillo con mano temblorosa hacia su boca. Tenía el labio inferior amoratado. Dio una larga calada y apoyó la dolorida espalda en el desvencijado sofá. Si llamase a la policía podrían detenerle *ipso facto*. Bajarían al bar y lo encontrarían allí, borracho, perjurando contra el tuerto que lo miró mal y contra el camarero que le sirve *whisky* de segunda destilación pero le deja comerse la bollería a última hora de la tarde. Bastaría una sola llamada y terminaría aquel calvario. Pero un camino todavía más duro comenzaría. Tendría que encontrar un trabajo, y Dios sabía que en los tiempos que corrían eso era algo casi imposible para alguien con el currículum cercenado desde el embarazo. No podía enviar a su hijo a la marginalidad, condenarlo a la indigencia, por mucho que la situación actual terminase por volverlos locos a los dos. Necesitaba un salario para salir adelante. Al menos Fernando cobraba el desempleo. Todavía le quedaban diez meses. Si se terminara la entrada de dinero, quizá vería más clara la escapatoria. Ya no habría nada que la retuviera allí, en esa cárcel de paredes celestes y molduras de poliestireno. Nada la retendría, excepto el miedo. Siguió pensando. Dios también sabía que Fernando no volverá a encontrar trabajo. No en esas condiciones. ¿Quién podría encontrar un trabajo ahora, en plena crisis, apestando a alcohol desde primera hora de la mañana? Clara tenía que soportar a diario la presencia de numerosas latas y vasos con el fondo del color de melaza, vaharadas de vergüenza abandonadas por los rincones de la casa. En la mesilla de noche, en los anaqueles del cuarto de baño, en la encimera de la cocina, detrás del televisor...

El recuerdo del fox terrier asándose en el horno la hizo estremecerse. Desde entonces prefirió ocultarle a su marido todo aquello que pudiera molestarle. Por eso se decidió a practicarse un aborto a escondidas. Una noche soñó con encontrar a su futuro bebé girando en el interior del electrodoméstico, con la piel tostada como la de un cochinito, y no le hizo falta más. Pero él siempre encontraba una excusa para cabrearla con ella y para pagarla con Ismael, sobre todo cuando Clara terminaba por rendirse y solo podía llorar de impotencia mientras Fernando acorralaba al chiquillo contra las esquinas y lo hacía revolverse como un gato sin uñas ni dientes.

Pero después de toda tempestad llegaba la calma. Clara sabía que pasarían al menos un par de semanas hasta que Fernando estallara de nuevo, cuando la ira volviera a rebosar su alma y necesitase liberarla con alguien cercano, porque era demasiado cobarde como para ahorcarse o enfrentarse con sus antiguos jefes, ni siquiera tenía valor para ajustarse los machos y empezar de cero sin mirar atrás. Pasarían dos semanas sin incidentes, cubiertas de malos gestos y el moño de una

frialdad subterránea. Pero serían días tranquilos para echar currículums como limpiadora, hacer la compra ajustando el presupuesto y tumbarse a ver la televisión mientras esperaba una llamada telefónica o un rayo que terminase con el edificio entero.

Por eso había decidido no contarle nada del último incidente en el colegio a su marido. Cuando el jefe de estudios la llamó para comunicarle que la familia del niño agredido estaba valorando denunciarles por ser los responsables del agresor, se juró a sí misma que ocultaría el asunto hasta que fuera irremediable. Solo el pensar en las consecuencias que aquella denuncia produciría en el genio de su marido le producía un picor insoportable en el cuerpo.

Un murmullo la sacó de sus ensoñaciones. Era Ismael. Había vuelto a recitar. Siempre lo hacía. Comenzó de pequeño, cada vez que recibía una paliza. Empezaba a hablar solo y su madre sabía que eso no era normal. Lo veía pasarse horas frente al televisor repitiendo los diálogos de los personajes animados. A medida que el chico había crecido no solo repetía las conversaciones de los actores, también recitaba versos ininteligibles. A veces le había preguntado de qué se trataba, pero Ismael jamás contestaba a eso. Era un chiquillo muy tímido y ella lo entendía. En su micromundo era mejor permanecer callado que tener los labios partidos. Pero cada vez que percibía esas letanías, Clara sentía que el cuerpo se le llenaba de un vacío triste y gélido. Recordó haberle restado importancia ante la orientadora del colegio, y sin embargo creía ahogarse en una ciénaga cada vez que escuchaba los cánticos de su hijo.

Aplastó el cigarrillo sobre la loza del cenicero y decidió acercarse a la habitación de Ismael. Lo hizo muy despacio. Se había quitado las sandalias para que el niño no percibiera la fricción de sus pies. Sabía que en cuanto su hijo descubriera su presencia, detendría los murmullos o disminuirá la voz una octava para que nadie lo entendiera. Se acercó despacio hasta el quicio de la puerta. Desde allí escuchó a Ismael.

«Un litoral de lodo, fango y ciclópea mampostería que no podía ser otra cosa que la sustancia tangible del terror supremo de la tierra: la ciudad cadavérica y de pesadilla de R'lyeh, construida hacía incontables eones por repugnantes figuras que procedían de las estrellas sin luz...»

Un escalofrío sacudió los huesos de Clara. Su hijo guardó silencio. Justo después, ella escuchó el trazado de una tiza sobre el estucado de la pared. Decidió asomarse. Ismael la contempló desde el suelo con los ojos muy abiertos y automáticamente detuvo el movimiento de su mano armada con una tiza blanca. El final de la batería de un autómatas. Permaneció arrodillado a escasos dos palmos de la pared.

—¿Qué haces, Ismael? —preguntó la madre.

Ismael no contestó.

Clara se adentró un par de pasos en la habitación. Desde ahí observó horrorizada

la trastada de su hijo. Ante ellos se mostraba el irregular esbozo de una criatura fantástica, un gran elefante que había desarrollado decenas de trompas en su cabeza, como si lo hubieran cruzado con un calamar gigante. El extraño dibujo, elaborado con tiza y pinturas de cera, se levantaba desde el rodapiés hasta la altura de la cintura de Clara, que empezó a pensar en cómo podría ocultar aquello a ojos de su marido. Un acceso de ira le subió por la garganta, pero pronto amainó en cuanto miró a su hijo a los ojos. Ismael no mostraba ninguna expresividad. No había temor ni arrepentimiento por su gamberrada. Sus ojos tampoco reflejaban tristeza. Solo la miraba fijamente, igual que un niño observaría las vías de un tren que nunca pasaba. Clara evocó las últimas palizas recibidas, el niño encogido y soportando los golpes del padre en completo silencio. Hacía mucho que no le veía llorar. Quizá por eso se dio por vencida y optó por no regañarle. A fin de cuentas, se dijo, no era culpa suya. Podría descontar del presupuesto para la compra un bote de pintura azul celeste y una brocha. Lo arreglaría aquella misma tarde y abriría las ventanas del dormitorio y vaciaría un ambientador para disimular el olor de la pintura.

—¿Por qué has dibujado eso? ¿Qué significa?

—Es el gran demonio —dijo Ismael, encogiendo los hombros como si hubiera dicho una obviedad.

—¿El gran demonio? —Su madre intentó ser comprensiva—. ¿Y qué tiene que ver con lo que murmuras constantemente? ¿Qué es eso del fango, del terror de la tierra y de una ciudad cadavérica?

—Son historias. —Ismael apartó la mirada.

—¿Quién te mete esas ideas en la cabeza? ¿Algún compañero de clase?

Ismael no respondió.

—¡Contéstame! —Clara no podía soportar aquello. No podía sobrellevar que su hijo le negase siempre una contestación válida. Entonces recordó la conversación con la psicóloga del colegio. Echó un rápido vistazo a la habitación, hasta encontrar lo que buscaba. Se acercó a la mochila de su hijo y la abrió. Encontró varios libros de texto y dos obras en tapa dura: *El miedo que acecha* y *Las montañas de la locura*. Se volvió hacia su hijo.

—¿Es de aquí de donde sacas esas historias que recitas? —dijo agitando los dos ejemplares.

Ante el declarado silencio de Ismael, su madre siguió preguntando.

—¿Quién te dice que leas esto? —Abrió el libro y en la primera página encontró el sello de la biblioteca más cercana a su casa. Ismael acudía a menudo allí, aunque ella solo lo había acompañado la primera vez—. ¿Te lo dicen en la biblioteca? ¿O los escoges al azar? No tienes edad para llevarte libros de allí. ¿Los has robado?

—El gran demonio me dice lo que tengo que leer. Él es mi guía —aseveró el niño.

—¿Tu guía? ¿Qué mierda estás diciendo? —A Clara se le quebró la voz. No podía creer lo que había oído—. Escúchame, escúchame bien, mocoso. Tu madre es

tu guía. Tu madre y nadie más. ¿Me oyes? Como mucho, los maestros. Debes hacer caso a los profesores, pero ellos me dicen que no escuchas, que estás siempre en las nubes, ¡murmurando como un maldito chalado! —gritó.

Ismael permaneció impertérrito.

—Pero el gran demonio sabe mucho —sostuvo.

—¿Quién es ese gran demonio?

—Está en la biblioteca.

—¿Un bibliotecario? ¿Trabaja en la biblioteca?

Ismael asintió y se giró hacia el monstruo de tiza, señalándolo con el índice.

—Lo veo allí. Nos escondemos de los demás y jugamos juntos —explicó el chico acercando la yema de sus dedos a la pared. Ismael sintió como si acariciase la piel viscosa, las anchas extremidades.

—Oh, Dios mío. —Clara ahogó un sollozo, imaginándose lo peor. Le pareció que iba a desmayarse. Para evitarlo abrió la ventana que daba al parquecillo junto a las viviendas de protección oficial. Aspiró todo el oxígeno de que era capaz. Luego se llevó una mano temblorosa al bolsillo y extrajo el mechero y un cigarrillo. Observó un columpio solitario balanceado por el viento, las barandillas con la pintura desconchada. Un perro defecaba cerca y su dueño no pretendió ocultar las pruebas. A Clara se le escapó una lágrima y no quiso volverse hacia su hijo para que no la viera. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ahora? Sus silencios, sus letanías, sus aficiones, tenían que haberle puesto en alerta. El comportamiento de Ismael no era normal.

—No te preocupes, mamá —dijo Ismael mientras permanecía en la misma posición de rodillas, junto a la pared—. Él nunca me haría daño. Me protege.

Clara tensó la mandíbula. Empezó a pensar que la psicóloga del colegio tenía razón. Podía ser que su hijo tuviera algún tipo de trastorno debido al cabrón que trabajaba en aquel sitio. Al pensar en ello se le encendió una llama en el estómago, le entraron ganas de abrir el cajón de la encimera y seleccionar el cuchillo de carnicero, salir con este a la calle y plantarse en la biblioteca preguntando por el malnacido que abusaba de su niño. Pero tenía que hacerlo bien. Fernando no debía enterarse, puede que lo pagase con ella. A fin de cuentas, él siempre le reprochaba que el fracaso escolar de su hijo era culpa de ella, de su excesiva indulgencia.

Clara decidió que lo mejor sería contactar con la psicóloga. Quizá debía avisar también a la policía.

Había comenzado el mes de marzo pero seguía haciendo frío en la ciudad. Al menos ha cesado el molesto viento, pensó Herrera al bajarse del coche patrulla. El vehículo se había detenido en un camino interior de los Pinares de Venecia. El inspector alzó la mirada hacia el desangrado atardecer. Algunas hilachas de nubes flotaban lánguidas como barcazas a la deriva. Después se despidió de los agentes que lo habían trasladado allí y empezó a subir el repecho hacia la zona arbolada donde varias decenas de personas se afanaban en múltiples tareas en torno a un cadáver. La mayoría vestían uniformes policiales y, entre ellas, distinguió la figura achaparrada del inspector Jasso. Era un canoso veterano de cincuenta y tantos años y vista cansada tras unas gafas Bvlgari de titanio. Le precedía la prominente barriga de quien había claudicado al placer de las tartas de chocolate y la bollería industrial. A Herrera le caía simpático, aunque pertenecía a la vieja escuela forjada durante la Transición, una barrera a menudo infranqueable entre generaciones policiales.

—¿Cómo estás, Santiago?

—Supongo que no me puedo quejar. ¿Y tú?

—Vamos tirando —sonrió Pablo Jasso con una voz cavernosa.

—¿Qué tenéis para mí? —preguntó el recién llegado.

—Siento el marrón, Santi, pero Charly me ha dicho que ese poema que han encontrado puede tener que ver con tu caso.

Herrera olvidó la disculpa con un ademán.

—Al grano, Jasso. ¿Quién es?

—Una chica joven. Debieron de quitarle la identificación y el dinero. Treinta años como mucho. Probablemente prostituta. Llevaba dos cajas de condones en el bolso y un *spray* de gas pimienta. De poco le sirvió.

—¿La violaron?

—La forense dice que no, aunque yo lo habría jurado —chasqueó los labios el veterano—. Gastaba buenas tetas, la tía. Se había operado.

Herrera obvió el comentario.

—¿Entonces ya ha llegado la forense? ¿Cuándo la mataron?

Jasso asintió. Sus ojos grises atravesaron como bombillas sus gafas Bvlgari de titanio.

—Hace unos siete u ocho días. ¿Te lo puedes creer? Con la cantidad de gilipuetas que practican deporte por aquí y tenían un cadáver a escasos metros. Claro que el cabrón se preocupó de arrastrarla hasta esos arbustos. La debió de abordar en el camino y la llevó hasta allí. El olor tampoco es tan fuerte. Es por este puto frío.

Ambos avanzaron hacia el lugar donde se hallaba el cadáver. El terreno se volvía

algo escarpado, pero a Herrera le pareció extraño que nadie hubiera advertido nada en tantos días. Le pareció imposible que ningún perro se hubiera acercado a olisquear. Se lo comentó a su compañero.

—El cabronazo debió de vaciar un *spray* de repelente para perros, por eso no se acercó ninguno. Roció el cadáver e incluso los árboles y arbustos cercanos —señaló Jasso—. El frío ha retrasado la descomposición y estos días el viento camuflaba los malos olores. Pero el aire hoy está estancado, por fin.

Herrera intentó concentrarse en captar el olor. Nunca había tenido buen olfato, lo que parecía un contrasentido en su profesión, aunque tampoco podía competir con las papilas olfativas de un cánido. Creyó percibir cierta mezcla a amoníaco y mentol en el aire, pero a medida que se acercaron al grupo de personas arracimadas en torno al cadáver, la podredumbre ganó enteros.

—¿Quién la ha encontrado?

—Un anciano de ochenta y muchos años. Dice que ha percibido el olor a heces y huevos podridos y que inmediatamente le ha recordado a los cadáveres que vio cuando fue destinado a Nóvgorod en la División Azul. Así que se ha dedicado a buscar en la zona más frondosa hasta encontrarlo. Tócate los cojones.

—Manda narices, y nunca mejor dicho. Quizá deberíamos contratarlo —bromeó Herrera.

—Ya lo creo —rio Jasso—. Yo cada vez que huelo mal en un parque pienso que me he tirado un pedo de los que pesan.

Llegaron hasta donde conversaban de espaldas a ellos un juez, un secretario y una forense con quienes Herrera no tenía confianza. El inspector, como cualquier otro agente masculino, se fijó inmediatamente en la melena rubia y el culo generoso de la doctora, aunque la cara opuesta le decepcionó. Junto a ellos se hallaba el cadáver, cubierto por una manta.

—Señores, es el inspector Herrera —se adelantó Pablo Jasso—. Él es quien lleva el caso que puede estar relacionado.

Tras el intercambio de formalismos, el juez le tendió a Herrera un papel envuelto en plástico transparente, de las mismas dimensiones que el que habían encontrado en los zapatos de Andrés Buenatorre. Alguien había impreso unos versos con la misma tipografía.

¡Oh, Satán, ten piedad de mi larga miseria! / Tú, que de las rameras el corazón halagas / con el culto al harapo y el amor de las llagas.

—Me han dicho que también encontró una poesía similar en el cadáver hallado el pasado domingo, ¿no es cierto? —indagó el juez.

—Así es, señorita —asintió Herrera—. No sé si son poemas del mismo autor, pero evidentemente los ha copiado el mismo asesino. Usa las mismas barras para separar los versos.

—Entonces espero que puedan rastrearlo por esa vía.

—Con dos poesías quizá podamos cotejar datos más fácilmente —asintió Herrera.

—¿Podría ser un asesino en serie? —inquirió el juez.

—Todavía tendría que asesinar varias veces más para catalogarlo como tal, pero espero que no llegue a serlo —respondió el inspector.

Herrera se acercó al cadáver y se inclinó para levantar la manta. Descubrió unos hombros delicados pero cubiertos de ampollas que despegaban la dermis como cebollas deshojadas. Un rostro desfigurado que debió de ser hermoso, con mejillas y párpados abultados que ocultaban unos ojos hundidos. Multitud de moscas de la carne lamían las llagas producidas por la descomposición, los primeros colonos de la tierra prometida. Herrera se fijó en las marcas del cuello.

—¿Estrangulada? —preguntó, volviéndose hacia la forense.

—En realidad, no —respondió la doctora Bolea—. Esas marcas se produjeron con la correa del bolso que llevaba, seguramente debido a algún tirón durante el forcejeo. Son las livideces típicas. Si descubre el resto del cuerpo verá lo que la mató.

El inspector tiró de la manta para revelar un cuerpo menudo, con las extremidades de una coloración verde oscura. Tenía la falda levantada y las bragas bajadas. Los agentes de Científica habían cubierto sus manos con bolsas para preservar las uñas, que podían contener restos orgánicos del asesino, como piel o sangre. En el abdomen hinchado por los gases de la putrefacción destacaban varias heridas sangrantes. Cinco orificios de forma triangular.

—Probablemente lo hicieron con un punzón —señaló la forense, adoptando una posición en cuclillas que puso a prueba la elasticidad de los pantalones vaqueros.

—¿No la violaron? —preguntó Herrera, sacudiendo el aire con la mano para apartar varios insectos.

—No lo creo. A pesar de las apariencias, no se aprecian restos de semen, aunque se lo podré asegurar dentro de unas horas tras el examen.

A su alrededor, varios agentes de Científica se disponían a colocar los equipos de iluminación para continuar con la búsqueda y el registro de pruebas durante la noche. Habían dividido el terreno en cuadrículas y una cinta policial prohibía el paso a los primeros fotoperiodistas. Un agente se aplicó en introducir en un recipiente un ejemplar de un pequeño necrófago de bandas blancas para su posterior análisis. A veces aquellos insectos eran los mejores confidentes de la Policía. Los informes periciales podían demostrar así la existencia de delitos de narcotráfico, o las rutas o itinerarios que siguió el cadáver trasladado, o si la víctima había consumido alguna droga.

A Herrera le intrigaba el rostro de la mujer. Le sonaba, pero no podía reconocerla. Eso le hizo evocar la ocasión en que tuvo que identificar a una amiga. Entonces sirvió de poco la coraza con que se envolvía cada día al comenzar su jornada. La lluvia ácida que arreciaba tras reconocer a un amigo deshacía toda la firmeza profesional. Aquella prostituta, sin embargo, pese a no saberla cercana, llegó a conmoverle.

Siempre le había parecido triste y desagradable el estado que adopta un cuerpo corrupto, sobre todo si ha sido bello y bien proporcionado. Las primeras experiencias en Homicidios le produjeron muchas pesadillas, hasta que terminó por acostumbrarse.

Un agente le acercó una cartera con documentación al inspector Jasso.

—Hemos encontrado la identificación de la víctima, inspector. Estaba enterrada al pie de un matorral, justo ahí detrás —señaló con el mentón una porción de tierra removida.

—María Dolores Sanz Rébola —leyó el veterano policía, empujando con el índice el puente de las gafas sobre la nariz—. La verdad es que la pobre no se parece apenas. Era guapa.

Herrera se incorporó de un salto al oír aquello, anticipándose al juez, que reclamaba con curiosidad el documento. Reconoció inmediatamente a la mujer. Aquel nombre propio zanjaba la investigación de otro caso.

—La conozco.

Pablo Jassoladeó la cabeza y frunció los labios.

—No jodas.

—Es Dolores Sanz —resolvió Herrera.

—Ya te lo he dicho —se mofó el veterano, buscando una mirada cómplice en los miembros de la comitiva judicial.

—Llevaba desaparecida poco más de una semana y la estábamos buscando —explicó Herrera—. Confiábamos en que se hubiera largado de la ciudad por problemas de drogas. Ayer mismo dos de mis chicos estuvieron interrogando a un jefe suyo.

—¿Cree que podría ser ese tipo el asesino, su jefe? —preguntó el juez.

—No lo sé, pero no lo creo. La doble teoría resultaba fácil en principio. O se había largado de Zaragoza o fue un ajuste de cuentas por impago. Lo último tendría sentido si no hubiera aparecido otro cadáver con una poesía en otro punto de la ciudad.

—Tendrán que darse vida y buscar rápido la relación entre ambos crímenes, agente —dijo el juez—. Vaya diciéndoles a sus superiores que se preparen. Los periodistas van a acosarles con esto.

—Lo sé, señorita.

—Habrà que investigar si se encontraba trabajando cuando la abordaron, o si la trajeron desde algún lugar del parque hasta aquí —dijo el juez.

El inspector se alejó un par de metros del grupo para efectuar una llamada.

—Joder, jefe, lo que yo le diga, tenemos la negra —gruñó Arturo al otro lado de la línea, en cuanto escuchó las novedades de su superior.

Después Herrera llamó a la subinspectora Beltrán para que se olvidara del caso de Dolores Sanz. Al día siguiente él mismo haría el papeleo para cerrar varias líneas de investigación. Debían centrarse en el hijo de puta que campaba a sus anchas por la

ciudad con un fajo de poemas que repartir.

Laura había vuelto a anticiparse. Apoyó todo su cuerpo en un costado para alargar el brazo y encender la pantalla del reloj-despertador. Emitió un sordo lamento cuando comprobó los dígitos. Todavía le quedaba una hora y no creía posible volver a dormirse. Afuera el viento azotaba la noche y hacía vibrar las persianas. Envidiaba a las personas que podían dormir una siesta corta tras las comidas o recuperar el sueño en cuestión de minutos y abandonarse durante diez horas para recuperar el cansancio acumulado. En ocasiones, sobre todo los fines de semana que libraba, se tomaba una pastilla contra el insomnio. Así conseguía dormir un mínimo aceptable. Era demasiado nerviosa, aunque a menudo las pesadillas solían tener parte de culpa. En un menor porcentaje, como nuevas constelaciones que aparecían en cielos descubiertos, participaban los sueños húmedos como el que acababa de experimentar. Hacía tiempo que no la abordaba uno con tanta viveza. Se había despertado acalorada e incompleta y, después de comprobar la hora, decidió abandonarse en la neblina del placer.

Extendió sus piernas y buscó la flor que la agujoneaba intermitente. Actuó lentamente, no disfrutaba con las prisas. Llevaba años sin practicar sexo con un hombre y lo deseaba de veras. Desde que Iván nació, su vida había girado por completo alrededor de él. Aquellas caricias y mohines que recibía del pequeño la llenaban de ternura y habían templado año tras año su frasco de fuego griego. No quería iniciar una relación seria con ningún hombre. Probablemente jamás superaría del todo sus antiguos traumas, pero deseaba tener sexo como una adolescente inmadura. Solo había tenido dos vertiginosos deslices desde que era madre. Uno de ellos durante su estancia en la Academia de Ávila, con otro de los alumnos, una noche loca después de la graduación. Tuvo otra aventura con un compañero de Valencia, pero rompió la relación en cuanto descubrió que estaba casado y quería jugar a dos bandas. Ya solo recordaba lo mejor de aquellos exiguos momentos. Detestaba el carácter de la mayoría de los hombres pero anhelaba un cuerpo que la embistiera. Sintió el palpito y el ardor apoderándose de su entrepierna y extendiéndose por los muslos como una cálida hiedra. Siguió tocándose, ahogando hondos gemidos, hasta que oyó un ruido, apenas el crujido natural de la madera al contraerse por la temperatura. Eso la desconcentró. Entonces su mirada atravesó la oscuridad de la habitación y halló el brillo de dos ojos infantiles. Iván se había deslizado descalzo por el pasillo y permanecía asomado por el resquicio de la puerta del dormitorio. La presencia de su hijo la sobrecogió. Poco a poco retiró los dedos trémulos, sintiendo alivio al saberse cubierta por la sábana.

—¿Iván? —llamó.

El niño abrió un poco la puerta, lo suficiente para poder colarse por el hueco y avanzar hacia su madre.

—¿Te ocurre algo, mamá? —preguntó el niño.

—No, cariño —sonrió Laura Beltrán, extendiendo ahora los brazos y recibiendo a Iván como a un peluche. El volcán de su interior se apaciguó y dejó paso al calor de un abrazo, a mantas mullidas y chinelas de invierno—. ¿Desde cuándo estás despierto?

—Te he oído caminar por el pasillo.

—No, cariño. No he salido del cuarto.

—Pues te he oído. Parecía que hacías algo en la cocina.

—Cariño, no hay nadie más en casa.

En cuanto terminó la frase un estremecimiento le recorrió la espalda y le erizó el vello de la nuca. Laura se asustó. Como policía era muy consciente de los frecuentes allanamientos de domicilios durante las noches, especialmente si los inquilinos no cerraban la puerta con llave. No recordó haber pasado el pestillo la última vez que entró en casa. Estaba tan agotada que quizá no se dio cuenta. La duda abrió el cajón de los antiguos miedos, de las pasadas amenazas, de los monstruos de carne y hueso.

—¿Estás seguro de que has escuchado algo? —le susurró a su hijo.

El niño asintió con los ojos entrecerrados por el sueño. Laura le dijo que permaneciera en el dormitorio y se levantó sigilosamente. Después se acercó al armario y abrió la puerta con cuidado para evitar que el incómodo chirrido de la bisagra rompiera el silencio. Pulsó el código de seguridad de la pequeña caja fuerte y de ella extrajo su arma reglamentaria. Luego instó a su hijo con una seña para que permaneciera donde estaba, mientras ella salía descalza de la habitación.

Las pisadas dejaban una leve huella de humedad en el frío terrazo. Iván la vio sumergirse en el pasillo, hasta que la oscuridad la devoró.

Laura caminó despacio, lateralmente para no ofrecer todo su cuerpo. El arma era un apéndice de la mano derecha que apuntaba al suelo. Estaba cargada, aunque necesitaría las dos manos para montarla en caso de querer disparar. Con la mano izquierda palpaba las rugosidades de la pared y agitaba las sombras ante ella. No quiso encender la luz cuando pasó junto al primer interruptor. Para tranquilizarse se repetía una y otra vez que no había nadie allí, pero si realmente se había colado un intruso, era mejor encender las luces cuando lo tuviera localizado, para no delatarse.

Llegó al final del pasillo y se detuvo para escuchar mejor la atmósfera que la rodeaba. De la cocina procedían ruidos informes. ¿Qué era aquello? No parecía que nadie estuviera abriendo cajones, el ruido procedía más bien del exterior, como si alguien estuviera golpeando con los nudillos los dinteles de la ventana. Laura imaginó una bandada de murciélagos estampándose contra el cristal. Odiaba a los murciélagos. Se asomó a la cocina y descubrió el absurdo origen de sus temores.

Respiró aliviada mientras encendía los fluorescentes. La luz estalló en un parpadeo y desveló explicaciones más racionales. La rama de un cedro de la avenida

debía de haberse quebrado por el viento y ahora azotaba una y otra vez la ventana, como si el viejo árbol pidiera entrar en la casa con sus miles de hojas ordenadas en ramilletes de alfileres.

La agente Beltrán apagó la luz de la cocina. Después comprobó que, pese a sus sospechas, sí que había asegurado la puerta de entrada, y regresó a su dormitorio. Allí esperaba Iván, inquieto sobre el colchón. Le dijo a su hijo que no pasaba nada y guardó el arma. Después se acostó junto al niño y le acarició el pelo para tranquilizarlo. Ella se entretuvo en pensar que los servicios municipales tenían que haber podado aquella calle hacía tiempo. Podía ser peligroso que las ramas quedaran tan cerca del piso, además de molesto, porque desde la cocina apenas entraba la luz tamizada por el follaje perenne. A la mañana siguiente, desde la oficina, llamaría al ayuntamiento para quejarse. Intentó dormirse de nuevo pero le fue imposible, así que esperó a que la respiración de su hijo hubiera alcanzado el uniforme compás del sueño y se levantó lo más silenciosamente posible. El colchón apenas cedió cuando se apoyó en el vértice, y se incorporó con ingravidez. Volvió a andar por su piso con la tranquilidad del adulto que confía en las sombras. Llegó hasta el salón y encendió una lamparilla junto al sofá. Allí se sentó, sosteniendo el ordenador portátil sobre las piernas cruzadas.

Volvió a navegar por páginas culturales y blogs literarios. El inspector Herrera la había llamado a última hora de la tarde diciéndole que había aparecido un nuevo cadáver relacionado con la primera poesía. Laura sintió un estremecimiento al imaginarse en el lugar de Dolores Sanz, abordada en la oscuridad de los pinares, quizá engañada por un cliente sanguinario. Insistió en salir hacia allí, olvidándose de su hijo, que ya estaba junto a ella, pero el inspector se negó en redondo. «Ya verás los informes policiales y del forense cuando empieces tu turno al día siguiente», le dijo. Pero Laura habría preferido acudir a la escena del crimen. Habría acostado a Iván pronto para acudir a los Pinares de Venecia de noche, con el tiempo suficiente para representar la escena en su imaginación, elucubrar alguna hipótesis junto a su jefe y después regresar y reponer las pilas para el día siguiente. Pero el inspector había sido tajante.

Las letanías de Satán, se llamaba el poema. Era de Charles Baudelaire y Beltrán lo había buscado en cuanto Herrera le leyó los versos por teléfono. Lo había leído durante su primera etapa universitaria y no supo recordar el título exacto, aunque reconoció los versos y el libro al que pertenecía: *Las flores del mal*, un poemario célebre que se estudiaba en Filología y se multiplicaba en cientos de páginas culturales de internet que ahora consultaba. Comprobó que, como en el caso del poema de Leonard Cohen, los versos abandonados junto al cadáver de Dolores Sanz eran idénticos a la traducción del autor francés.

Añadió al buscador los nombres de ambos poetas. Aparecieron más de cincuenta mil resultados que compartían esa información. Encontró páginas que aseguraban que Cohen había sido más o menos influenciado por Baudelaire, otras ofrecían distintas

versiones de los poemas. Indagó en foros que solo le hicieron perder tiempo y, después de media hora de búsqueda infructuosa, decidió cruzar los datos de ambos poemas. Tecleó el primer verso de *Las letanías de Satán* y después hizo lo mismo con *Un sentido de la mañana* en el mismo cuadro del buscador. Esta vez el número de páginas donde coincidían ambos versos fue mucho más reducido. No tardó en encontrar una web: <http://cienpoesias.wordpress.com>. En cuanto entró, una leve agitación se apoderó de ella. Allí, en la interfaz, se reproducían los dos poemas que buscaba, completos. Solo esos dos poemas y un tercero, titulado *Hombre*, que correspondía a Blas de Otero. Le encantaba ese poema. Lo había leído una década atrás y se sintió extraña al hallarlo ahí. El resto de la página estaba vacía con la excepción de varios enlaces rotos que no conducían a ninguna parte desde el menú izquierdo, y la negra cabecera protagonizada por la portada de un libro titulado *Cien poesías desde la oscuridad*.

No halló nada más. Volvió a intentarlo con los links, pero le condujeron de nuevo a páginas inexistentes. Uno de ellos habría debido de servir de contacto con el administrador de la web. Los otros quizá habían conducido alguna vez a un índice de poemas y la sinopsis del libro que promocionaba, pero la página parecía abandonada. Probó a rastrear aquel título en el buscador de una librería virtual. Enseguida lo localizó. Publicada el año pasado por Gato azul Ediciones. Ciento treinta páginas. Cien poesías oscuras. Once euros. Probablemente la tirada fue ridícula, pero allí estaba, disponible para su adquisición. Lo más probable era que no pudiera encontrarlo en una librería tradicional porque el libro ya no era una novedad. La contraportada le pareció algo pretenciosa, pero el libro resultaba interesante. Citaba algunos poemas célebres de autores que conocía, aunque no los había leído a todos: *Aquellos con quienes he hablado junto al fuego*, de Yeats, *El cuervo*, de Poe, *Uija*, de Silvia Plath, *Muerte en Venecia*, de Guillermo Carnero, *Los demonios*, de Pushkin, *Hombre*, de Blas de Otero, y dos poesías más cuyos títulos la sobrecogieron por ser los que se habían hallado junto a los cadáveres. De pronto le pareció que la temperatura del piso había descendido varios grados. ¿Podía ser una casualidad que aquellos dos poemas aparecieran en esa antología? ¿El tercer poema de la web podía estar relacionado con un crimen pasado o aún por suceder? Su padre siempre le había enseñado que las casualidades no existían, que el trabajo obstinado hacía que surgieran oportunidades, pero no era verdad. Laura sabía que un policía dependía tanto de la suerte como un buen jugador de póquer. Un confidente podía acelerar las investigaciones, pero a menudo los mayores éxitos policiales se debían a torpezas de jugadores que no jugaban bien sus cartas. Los había incluso que las mostraban, y ese era el hilo del que tirar con fuerza. Ahora la subinspectora Beltrán intuía un hilo tan nítido como una cuerda de cáñamo.

Oyó que Iván se había despertado y encendía la luz del cuarto de baño. El rectángulo de luz atravesó el pasillo como la hoja de un cuchillo sobre chocolate negro. Laura consultó la hora de su reloj de pulsera. Enseguida tendría que preparar

el desayuno y coger el coche para llevar a su hijo a casa de Ana. No quería quedarse con el prurito de la duda hasta comenzar su jornada por la tarde. Necesitaba consultar aquel libro, tenerlo entre sus manos, hojear sus páginas y leer los poemas que conformaban el volumen completo, para quizá hallar una respuesta, una clave. Siempre había pensado que la poesía podía tener una faceta aterradora y aquello la tenía fascinada. Sabía que podía estar errando, pero tenía un presentimiento. Y si no podía hacerse con el ejemplar de inmediato, quizá pudiera encontrar más de aquellos poemas en internet si seguía buscando. Pero carecía de tiempo en esos momentos. Tenía que encargarse de Iván. Decidió llamar a Santiago Herrera para informarle de su descubrimiento.

—¿Diga?

—Soy yo, jefe, creo que tengo algo.

El inspector emitió un bufido.

—Escucha, no hace falta que te impliques tanto, nadie te lo va a agradecer —rumió el hombre. Se oyó el crujido de un colchón.

—Tú también trabajas fuera de tu horario.

—Narices, soy el jefe del Grupo, no es lo mismo —gruñó Herrera—. Tengo más responsabilidad. Te aseguro que con que hagas tan bien como hasta ahora tus cometidos será suficiente para elevar un informe favorable ante Jefatura.

—Esto no lo hago por tus informes, Santiago —terció la subinspectora—. En serio, me interesa mucho este caso. Me sorprende lo que ese tipo está haciendo con las poesías. ¿No ves que el segundo poema hace referencia a las prostitutas?

—Claro que lo veo. Y la mujer que encontramos ayer entre los arbustos también se debió quedar sorprendida con la poesía de ese hijo de puta. El forense dice que usó un punzón de diecisiete centímetros. Esa es su verdadera poesía. Y no he dormido una mierda y en unas horas el comisario estará pidiéndome explicaciones para echarle carne a los periodistas.

—¿Y qué vas a decirles? ¿Que las únicas pistas coincidentes son dos poesías que ninguno de los jefazos ha tenido la bondad de leer en su dilatada carrera?

—Narices —resopló el inspector—, está bien, ¿qué tienes?

—He hallado un libro donde se incluyen los dos poemas encontrados junto a los cadáveres.

—¿Y?

—¿Cómo que «y»?

—Hay muchos libros, seguro que hay un montón que incluyen a esos dos poetas. Existen muchos editores suicidas con ganas de perder el tiempo juntando a un puñado de poetas reconocidos.

—Te equivocas —refutó Laura—. Esos dos poetas no son de la misma generación, ni siquiera del mismo siglo ni del mismo continente. ¿Y sabes qué?, solo he encontrado un libro donde están incluidos esos dos poemas. Pertenecen a un volumen que solo incluye textos relacionados con la oscuridad, el terror y la muerte.

Ese es el nexa.

—¿En serio?

—En serio.

El inspector guardó silencio unos segundos. Beltrán lo imaginó restregándose los ojos y bostezando.

—Joder, Laura. Son las siete de la mañana.

—Ya sé que son las siete de la mañana —respondió ella, subiendo la voz.

—Perdona, perdona, he tenido mala noche. Escucha, esta tarde cuando empieces tu turno lo hablamos en comisaría, ¿vale? A lo mejor podemos hacernos con ese libro, si quieres, y consultarlo.

—Puedo acercarme un rato esta misma mañana y aceleramos el asunto.

Herrera frunció el ceño. Aquella mujer era más obstinada que él.

Beltrán no podía verle, pero pensó que su jefe seguía bostezando.

—Haz lo que quieras —resolvió Herrera—. Cuando vengas a la oficina ponte con ello y que te ayude Kike. Yo tengo una reunión con el comisario y después tendré que encargarme de cerrar un par de asuntos con el Inspector Jefe de Extranjería, a ver si podemos entrar en un domicilio la semana que viene.

—Estupendo, gracias. —Laura estiró los labios en una sonrisa triunfal.

—Hasta luego, entonces —se despidió el inspector.

—Adiós, nos vemos.

Cuando colgó se sintió aliviada. Aquella concesión le había alegrado la mañana. Necesitaba volcarse en ese caso y no quería que los protocolos y la turnicidad retrasasen más que lo indispensable la investigación. Era cierto que no podía desatender otros homicidios y desapariciones, pero este caso había ganado importancia con la segunda muerte y se iba a convertir en prioritario en cuanto los periodistas empezaran a hacer conjeturas y metieran el miedo en el cuerpo a los habitantes de la ciudad.

—Toca ponerse las pilas, chicos —dijo el inspector. Tenía ante él una hoja esquematizada con todos los puntos que quería tratar. Alrededor de la mesa se sentaban los otros cuatro agentes del Grupo: Arturo, Kike, Rafa y Laura. Cada uno de ellos tenía sobre sus rodillas un portafolios. Parecían alumnos de una academia. Una vez por semana Herrera los mandaba reunirse en su despacho para comentar los avances en las distintas investigaciones.

—Como ya sabéis, el asunto de los poemas ha trascendido a la prensa y los periodistas han sumado dos más dos —explicó Herrera—. Le han pedido al delegado del gobierno que explique el estado de las investigaciones y el comisario ya me ha dicho que le demos prioridad a esto. El grupo de Ferrán y Agustín se encargarán de varios casos que teníamos un poco estancados y de las desapariciones rutinarias que vayan surgiendo. Nosotros nos dedicaremos casi exclusivamente a los casos de Dolores Sanz y Andrés Buenatorre, repartiré trabajo para todos y recibiremos refuerzos. El comisario ha dicho que no nos encomendarán más investigaciones hasta que resolvamos esto.

—Por fin un respiro —ironizó Rafa, un hombre moreno y con una barba rala que le cubría el mentón.

—Acabas de volver después de un mes de baja, Rafa, no me jodas —gruñó Arturo, quien se había hecho cargo de todo el trabajo atrasado de su compañero.

—Por cierto, no cabe la posibilidad de cogerse días libres, órdenes del comisario —advirtió Herrera.

Todos protestaron.

—Pues todavía hay más: el delegado le ha pedido al comisario que le entreguemos un informe diario con los avances de la investigación —prosiguió el inspector—. De eso te encargarás tú, Kike.

El joven protestó de nuevo. Los demás rieron distendidamente, libres de esa obligación.

—Se te da bien redactar, ¿no? —El inspector lo miró.

—Que sí, que sí, lo que tú digas —refunfuñó el joven—. A la orden.

—Ya sé que es una jodienda, narices, pero hay que hacerlo. Me lo entregarás media hora antes de acabar tu turno. Yo le daré el visto bueno y lo pasaré arriba.

—Es lo que tiene tener estudios, chaval —dijo Arturo, guiñándole un ojo cómplice al inspector.

—Prosigamos —siguió el inspector—. Hemos tenido mala suerte. Pensábamos que quizá las cámaras que controla la Policía Local para evitar el vandalismo nos podrían ayudar para conocer la descripción física del asesino, pero nos han

confirmado desde su jefatura que las grabaciones se eliminan pasados siete días y a Dolores Sanz la mataron ocho días antes de ser localizada. Por otro lado, Laura ha averiguado algo que podría ser importante. En la red hay una página donde pueden leerse los dos poemas que han aparecido junto a los cadáveres. En esa web solo hay tres poemas. Y los tres pertenecen a un libro titulado... —Herrera hizo ademán de buscarlo en su listado de anotaciones.

—*Cien poesías desde la oscuridad* —resolvió la subinspectora.

—Gracias. Espero que ese tercer poema no tenga que ver con un supuesto tercer cadáver —declaró Herrera—. Es muy premeditado decirlo, claro, por eso tenemos que darnos prisa en conseguir el libro. Quizá pueda darnos alguna pista. Te lo dejo a ti, Laura.

—Espero conseguirlo con facilidad —comentó Beltrán.

—¿Aún tiene el Ministerio presupuesto para eso? —bromeó Rafa.

—No pondrán pegas, no. De todas formas, me importa todavía más que busques en los registros de todas las bibliotecas públicas de la ciudad, Laura. Quizá alguna tenga el libro en su catálogo. Hasta podemos tener suerte y que alguien lo haya cogido prestado.

—El asesino —observó Arturo.

—Hay que probar. —Herrera se encogió de hombros—. Ahora mismo andamos a tientas. Los de Científica hallaron restos de piel en las uñas de la chica. Intentó defenderse. La muestra de ADN coincide con los pelos hallados en la granja, es el mismo tipo. Nos corresponde dar con él para identificarlo. Si lo logramos será pan comido acusarle de los dos delitos. Si hallamos a alguien que haya cogido ese libro de una biblioteca, podremos analizar las huellas y ver si coinciden con lo que tenemos hasta ahora.

—Con la crisis, las adquisiciones de las bibliotecas públicas han bajado una barbaridad —apuntó Beltrán—, lo leí en un artículo del periódico. Quizá ninguna lo tenga, si es un libro tan minoritario.

—Puede ser, pero hay que intentarlo —zanjó Herrera—. Por cierto, otro tendrá que encargarse de contactar con la distribuidora o con la editorial para obtener datos sobre las ventas y dónde fueron a parar los libros principalmente. De no poderse, quizá podríamos contactar con la agencia del ISBN para acceder a sus directorios de datos bibliográficos. Si alguien os pone trabas pediremos una autorización judicial. Lo ideal sería que, teniendo el listado de librerías, pudiéramos rastrear todas las compras con tarjeta de ese libro, para ir identificando a los compradores, ya que supongo que la tirada habrá sido mínima teniendo en cuenta la temática, pero aun así será casi imposible. ¿Algún voluntario?

—Venga, yo me encargo —se ofreció Arturo.

—¿Pero esto es para seguirle la pista a un tipo que leyó el libro y luego le dio por asesinar a gente según lo que le dictaban los poemas? —preguntó Kike, escéptico.

—¿Se te ocurre alguna idea mejor? —replicó el inspector, molesto por el tono del

subordinado—. Ya he dicho que tenemos muchas vías cortadas. Tendremos que volver a entrevistarnos con los familiares de los fallecidos. Nos repartiremos ese trabajo entre todos. Hay que buscar relaciones entre las dos víctimas. Quizá Andrés Buenatorre y Dolores Sanz se conocían o tenían algún conocido en común. Les enseñaremos a los familiares de Buenatorre una foto de carné de Dolores Sanz, a ver si la reconocen.

—¿Y si no tuvieran relación?

—Eso sería malo, porque ganaría fuerza la hipótesis de un asesino en serie —explicó Herrera—. En ese caso, seguro que encontraremos más cadáveres con bonitos poemas a su lado. Y volviendo al asunto del lector, comprador o lo que sea de ese poemario. Habrá que ver desde qué IP se creó esa web, o se está actualizando, porque parece algo abandonada. De todas formas no puede ser muy antigua porque el libro al que hace referencia hace poco que se publicó. Espero que tengáis suerte y me digáis que el rastro pertenece a un domicilio de la ciudad. Contactad con la Brigada de Investigación Tecnológica para que os ayuden con eso, decidles que corre prisa. Si se os ponen remolones porque van desbordados me lo decís, ya hablaré directamente con ellos.

—A los informáticos siempre hay que andar fustigándoles —señaló Arturo.

—La gestión que tienen que hacer es muy sencilla, ya digo que espero que no os pongan trabas. Si las ponen, le digo al comisario que me firme un requerimiento por escrito, verás como se pondrán las pilas entonces. Y hablando de escritos, Rafa, se supone que pedimos el pasado lunes una autorización del juzgado para visualizar las grabaciones de las sucursales bancarias del barrio donde encontramos a Buenatorre. Hazme el favor de averiguar si tenemos ya la autorización o no y nos pondremos con ello. Quizá encontremos algo en las imágenes, aunque solo sea una sombra. Joder, no puede ser que nadie viera nada ese fin de semana.

—Esas urbanizaciones son muy tranquilas, jefe —dijo Rafa—. No es habitual que haya gente de madrugada paseando por la calle.

—Lo sé, lo sé. Pero necesitamos un golpe de suerte.

Siguieron comentando algunos detalles sobre las pesquisas pendientes. El inspector les transfirió las últimas conclusiones del examen forense de Dolores Sanz y los informes de Científica. Antes de dejarlos marchar, les comentó que quien consiguiera encontrar una pista fiable recibiría tres días libres de gratificación. La agente Beltrán prefirió esperar a que sus compañeros salieran del despacho para quedarse a solas con su superior.

—¿Quieres decirme algo más? —preguntó Herrera.

—No tiene que ver con la investigación —rechazó Laura, bajando la voz—. ¿A quién se han crujido por el robo del iPhone5?

—¿Ya te has enterado? —sonrió Herrera mientras se volvía hacia la pantalla de su ordenador y movía el ratón para quitar el salvapantallas.

—Por lo visto he sido la última de la oficina en enterarme —dijo Beltrán.

—Supongo que todavía no tienen mucha confianza contigo. Eres una subinspectora recién llegada, ¿qué querías? ¿Que te cuenten los chascarrillos la primera semana?

—No importa. Pero dime, ¿quién ha sido?

—Por lo visto uno de la barrera. —Herrera apartó la vista de la pantalla—. Alguien se dejó el móvil en el vestuario, Álex, ¿le conoces? Es de Extranjería. Cuando regresó dos minutos después, el aparato ya había volado. Casualmente solo estaba en el vestuario el otro compañero de barrera, pero dijo que no había visto nada.

—¿Quién? —insistió Beltrán.

—Es mejor que no lo sepas, Laura. Además, dudo que puedan expedientarle. No hay cámaras en el vestuario. Solo una que apunta a la entrada, en el pasillo que va a los armeros, pero no es suficiente.

—¿O sea que no le van a hacer nada?

—Si yo fuera el comisario tendría una larga charla con él, qué narices —opinó Herrera.

—Es lo mínimo.

—Ya, pero el comisario pasa de esos fregaos. Si no hay pruebas, prefiere no perder el tiempo. Y eso que no es la primera vez que ocurre con ese fulano. Sus compañeros le hacen el vacío desde que fue acusado una vez por algo parecido y se libró. Pero el tío pasa de todos. Prefiere quedarse en la comisaría antes que pedir el traslado. Queda cerca de su casa. Eso es un chollo.

—Me parece patético —opinó ella.

—Lo es —admitió el inspector.

—Ovejas negras.

Herrera asintió.

—Tampoco te des mal. Es un desgraciado —declaró, volviendo la atención hacia una pila de informes—. Ponte enseguida con lo de las bibliotecas, ¿quieres?

Su madre le abroncaba por quedarse como catatónico mientras él esbozaba las truculentas escenas en su imaginación, pero tras cada tormenta ella regresaba al sofá y pasaba las horas muertas frente al televisor, siempre con el filtro de un cigarrillo entre los dientes amarillentos y un cenicero rebosante de colillas.

Ismael conservaba varios muñecos de peluche que sostenían el último puente sobre el mar hacia su niñez. Era un puente del que poco a poco no iba quedando nada más que las ruinas de los grandes pilares que recordaban a monolitos de piedra sacudidos por el oleaje. A menudo ese mar compartía el color morado de los cardenales que su madre se esforzaba en maquillar por las mañanas. Cada bofetada, cada empujón, hacía temblar las estructuras del puente y provocaba los chasquidos de los cables que soportan la estructura, hasta hacerla desmenuzarse como terrones de azúcar en un café caliente.

En el cabecero de su cama había formado una fila ordenada con la media docena de muñecos que aún no había desmembrado. Después jugó a fantasear con heridas, seres vivos y el acero que protagonizaba sus ensoñaciones. En una de ellas, repetida incesantemente, los colores inundaban las aulas del colegio y los alumnos correteaban riendo por los pasillos, con las mochilas balanceándose a sus espaldas, aunque largos tentáculos tachonados de ventosas crecían en el techo como nervios, sobre ellos. Ismael permanecía escondido en un rincón, en un resquicio junto a la puerta del despacho del director. Aferraba un cuchillo con la mano y notaba la sangre caliente que descendía por su antebrazo hasta la punta misma del arma. Cuando uno de los alumnos pasaba de largo corriendo sin prestarle atención, Ismael le puso la zancadilla. El chico se estampó contra el suelo como un muñeco de trapo. El asa de la mochila se enredó en su pierna y no pudo escapar ante el violento ataque del gran demonio que lo alcanzó. A medida que la bestia clavaba las estocadas, su aspecto ganaba en tamaño y ferocidad. La adrenalina inflamó tumores que se desarrollaron en la espalda y se extendieron con rapidez por todo su cuerpo. Un amasijo de bulbos y pústulas cubrieron su rostro. Los negros tentáculos se deslizaban desde el techo y explotaban en miles de fibras que cubrían los pasillos como oscuras madreselvas. El resto de alumnos chillaban y se echaban las manos a la cabeza. No podían creer que ese monstruo hubiera permanecido entre ellos tanto tiempo, reducido a una forma humana insignificante hasta que decidió mostrarse. Y la bestia, sudorosa, una vez hubo terminado su obra, se irguió en medio del pasillo, con el cuchillo tan aferrado que parecía la extensión de una de sus numerosas extremidades. Una criatura terrible capaz de devorar a un grupo de héroes en una mazmorra.

Entonces el agudo chillido de una mujer inundó de un color amarillento el

edificio. Las paredes se deshicieron de nuevo por ese mar persistente que todo lo devoraba. Y la luz amarilla que precedía las bofetadas y los insultos lo cegó hasta hacerlo volver a la realidad, a una realidad que le mostraba una mano ensangrentada y un peluche que sostenía entre sus brazos con el cuello desgarrado en una explosión de espuma naranja.

Santiago se sentía un estúpido, subido sobre la taza del inodoro, con las manos apoyadas en los azulejos y esperando a que el policía que había entrado en los servicios terminase de orinar. Una vez lo oyó salir, permaneció un instante en silencio para convencerse de que estaba nuevamente solo. Apoyó los zapatos en el suelo de linóleo y se volvió hacia la cisterna. Ahí, sobre la tapa, había preparado una raya tan larga como la banda del Bernabéu. Se inclinó sobre ella porque ya tenía el estómago tan hinchado de café que no le hacía efecto. Era un oso hormiguero de ochenta kilos que había cambiado los insectos por los mejores alcaloides. Después abrió el pestillo y se miró en el espejo, por si hubiera algún rastro. Se acercó al cristal a la distancia de la suela de sus zapatos y descubrió multitud de poros y arrugas donde antes solo había piel tersa. Con el índice y el pulgar estiró un pelo que sobresalía de las fosas nasales. Pegó un tirón y lo arrancó para abandonarlo en el lavabo. Abrió el grifo para hacerlo desaparecer en un remolino que se parecía a su única relación conyugal. Antes de salir al pasillo, aspiró hondo por el lado del arrancado cabello y un espumarajo amargo se hundió en su garganta.

Ya de regreso en el despacho se puso manos a la obra. Papeles y más papeles. Trámites y protocolos interminables. Arqueó la espalda en el asiento y le crujieron las vértebras. Arturo le había preguntado, con ese acento asturiano suyo como de gallego sin dilatarse, si le sucedía algo, si se encontraba bien. El hombre se había percatado de que su jefe acudía al servicio con mayor frecuencia en las últimas semanas. Se me está yendo de las manos, pensó Herrera, mientras apreciaba la euforia extendiéndose por sus extremidades.

Buscó un bolígrafo concreto por los cajones, en vano. Se cabreó y terminó por revolver los informes tras darle una patada a la cajonera. Finalmente lo encontró sobre una de las rebosantes bandejas donde se depositaban las notificaciones. Con el bolígrafo empezó a repasar informes redactados por los agentes a su cargo. Dio el visto bueno a algunos, pero a la mayoría los mandó rectificar rodeando los errores con bocadillos rojos. Se encontraba tan inmerso en la labor de corrector que, cuando alguien llamó a la puerta, Herrera experimentó el mismo sobresalto que si un Boeing 767 se hubiera estrellado contra el edificio de oficinas de enfrente.

—¿Se puede, inspector? —Pidió permiso con cierta sorna un veterano, de esos que carecían de cuerpo atlético, pero eran duros y de manos callosas como labriegos. Cada una de esas manos sostenía un café humeante en un vaso de plástico.

—¡Coño, Sebas!, ¿cómo estás? —Santiago Herrera se levantó del asiento como un resorte, realmente contento de la llegada de aquella cara afable.

El veterano dejó los cafés sobre el escritorio y los dos se abrazaron como viejos

amigos. Sebastián Serrano era un curtido inspector recién jubilado. Fue el veterano a quien le encomendaron a Herrera durante su periodo de prácticas en Barcelona. Después volvieron a coincidir como compañeros de grupo en la misma ciudad y desde entonces se profesaban un gran afecto. Para Sebastián el agente Herrera era como el hijo con vocación que nunca tuvo, porque su único vástago optó por la rama comercial de ventas, «el oficio de los ladrones de corbata», como solía llamarlos.

—No me puedo quejar, chaval —dijo Serrano—. ¿Cómo te va? ¿Qué tal está tu chico?

—Supongo que bien —masculló Herrera, reprimiendo un juramento—. Apenas lo veo.

—La zorra de tu ex, ¿eh?

Herrera asintió mientras alargaba la mano para coger uno de los cafés. Estaba ardiendo y tuvo que volver a dejarlo sobre la mesa.

—Lo siento, chaval. Sabes que te lo advertí, aunque a ambos nos joda oírlo.

—Ya sé, ya sé. —Herrera trató de zafarse de la conversación.

—Toda tu vida has tenido buen ojo para las investigaciones, pero con tu mujer todos sabíamos que tenías un toro delante y no lo quisiste ver. Supongo que eso es el amor.

—Qué sé yo —desestimó Herrera meneando la cabeza. Luego sus ojos recobraron el brillo—. Bueno, ¿y tú qué? ¿Cómo llevas la vida de jubilado? Me han dicho los del Grupo de Atracos que te echan de menos.

—Esos maricones —sonrió el veterano mientras cogía el otro café y lo vaciaba de un trago—. Estoy estupendamente. Mi vida ha cambiado. Me he convertido en un calzonazos. Por las mañanas ayudo a mi mujer con la casa y por las tardes salimos con la bici juntos. Ahora leo mucha novela negra y me entretengo con los sudokus. ¿Qué te parece?

—Yo soy más de leyes —sonrió Herrera. Estimaba realmente a aquel hombre. Mientras trabajó junto a Serrano nunca existieron los silencios. Aquel policía podía hablar de casi cualquier tema durante horas. Era un tipo que rompía el estereotipo de veterano iletrado y dejaba a la altura del barro culturalmente a las nuevas hornadas de agentes con titulación universitaria.

—Carajo, el tiempo libre es la mejor de las medallas. Esto es como empezar a vivir de nuevo. —Por el tono de la última frase Herrera descubrió que su viejo tutor hablaba realmente en serio. Las palabras de Serrano parecían salir de una batería recargada.

—Me alegro, aprovecha el momento —dijo Herrera—. Todavía eres joven.

—Treinta y cinco años de servicio, compañero. —Serrano apoyó una mano en el hombro del inspector—. He repartido más hostias de las que vais a repartir todos los de la planta en vuestra carrera.

—No lo dudo —rio Herrera.

—En fin, eran otros tiempos. Os hemos dejado la mala fama a los jóvenes. Pero

ahora estoy encantado de estar fuera de todo este tinglado, sin instrucciones del ministerio, sin órdenes directas, sin discusiones por cuadrar las vacaciones, sin lametazos. Una vez te apartas es como si el mundo se tiñera de color de rosa, carajo.

—Bueno, aquí seguimos haciendo lo que podemos.

—Bah, ya sabes a qué me refiero —rechazó Serrano—. Aunque cada vez que veo a unos guarros llamar asesinos a los compañeros solo por estar plantados en las manifestaciones o dar dos garrotazos, se me enciende la sangre. Pero la verdad es que sobre todo echo de menos el compañerismo, los almuerzos, esas cosas. Siento no haberme despedido mejor de los de Atracos, aunque a la mayoría los seguiré viendo, de cuando en cuando.

Santiago Herrera pensó que él también echaba de menos el compañerismo, aunque siguiera en activo. No era lo mismo ser inspector en una unidad de investigación que policía raso en un coche patrulla. Cuando sabes que tus compañeros deberán salvarte el culo algún día, y tú tendrás que hacer lo propio, se crean unos lazos difícilmente comparables en otros empleos. La adversidad siempre une. Pero esa unión se diluía a medida que la diferencia en el escalafón se hacía más amplia. Él había ido perdiendo el contacto con sus compañeros a partir de enroscarse en su trabajo como una culebra, tras su divorcio. Desde entonces se veía a sí mismo como la serpiente Uróboros. Cada día se devoraba a sí mismo un poco más, y cada vez quedaba menos del hombre que había entrado en el Cuerpo con las ansias de quien deseaba cambiar el mundo o, al menos, mejorarlo.

—¿Has oído lo de la condena a Herralde? —preguntó Serrano.

Herrera asintió. ¿Cómo no conocerla?

—Esto se va a la mierda —opinó el veterano—. Primero te dan la medalla al Mérito Policial y al año siguiente un juez te echa de tu trabajo por los mismos hechos, por defenderte de un hijo de puta que te atacaba con un serrucho y que ahora ya tendrá una decena de detenciones más en su currículó.

—Sí, lo han jodido bien —reconoció Herrera. Conocía el caso, que había pasado de la Audiencia Provincial al Tribunal Supremo. La familia del agente condenado, terminados los recursos, estaba recabando apoyos para pedir el indulto ante el Gobierno. El inspector sabía que en su lugar habría reaccionado igual, pero las disposiciones sobre el uso de las armas de fuego eran claras y había que atenerse a las consecuencias.

—De forma formas, no sé cómo se le ocurrió usar el arma —mintió el inspector en activo, volviendo a coger el vaso de café con dedos cuidadosos y, esta vez, se atrevió a dar sorbos—. Más valdría que se hubiera dejado cortar un brazo.

—Tú también habrías disparado —aseguró Serrano.

—Puede ser. Pero el juez no.

—Se habría cagado de miedo.

—Pero no habría disparado —sostuvo Herrera—. Tú mismo me lo dijiste una vez: más vale tener un delincuente huido que un agente expedientado.

—Por lo visto te grabaste mis consejos a fuego —rezongó Serrano, simulando un jugueteo puñetazo a la barbilla—. Pero ya sabes lo que opino de eso. Este país se ha ido al carajo. Hemos pasado de ser demasiado duros en la Transición a ser los más blandos ahora. Se nos mean, Santiago, se nos mean. Ya no somos más que administrativos que cobran un plus por llevar una pistola con la que más vale no obtener buenos resultados en las prácticas de tiro. Y si se te ocurre disparar aunque sea al aire, ya puedes rezar a la Virgen del Carmen. Antes nos respetaban a base de hostias. Ahora nos insultan sin que podamos darles su merecido, como si fuéramos futbolistas millonarios, coño. En Tetuán tienen una partida de *spray* caducada en los almacenes porque no está permitido usarla. Nos dejan llevar pistolas y porras con las que abrir el cráneo, pero el *spray* pimienta puede ser nocivo para el delincuente, claro que sí, carajo.

—Déjalo, Sebas. No arreglarás nada, solo sirve para cabrearse.

—No me digas que tú no empiezas a estar harto de esto, Santiago. Te conozco. Ya llevas suficientes años a tus espaldas. Sé que la vocación sigue ahí, latente, pero las recriminaciones de la sociedad y la ineptitud de los políticos te la retuercen como al gaznate de un pavo.

—Tienes razón, estoy hasta las pelotas —bufó el inspector—. Pero a estas alturas es tarde para cambiar de trabajo. Es lo único que sé hacer y no se me da mal. Reconozco que una vez pensé meterme a detective privado, probablemente dé más dinero trabajar para cornudos o aseguradoras.

—Esta empresa funciona igual que cuando entré hace cuarenta años, carajo, aunque se haya modernizado la tecnología. Mierda de democracia.

—En serio, Sebas, déjalo. —Herrera recuperó su sitio en la silla giratoria y cogió el bolígrafo para combatir el nerviosismo haciendo clicar repetidamente el mecanismo de muelle contra la madera de la mesa—. Tampoco estoy de humor y solo falta que me hundas la moral. Si me recuerdas una vez más la situación le prendo fuego a la oficina.

El veterano rio abiertamente.

—Está bien, está bien. Oye, por cierto, ¿cómo vas con el asunto del poeta asesino?

—¿El poeta asesino? —preguntó Herrera arqueando las cejas.

—Así lo han apodado, lo he visto esta mañana en la tele durante un reportaje. Cuando pregunté aquí me dijeron que llevabas tú el caso.

—¿No querías vivir en tu mundo rosa?

—Coño, dime algo, por los viejos tiempos.

—No me gusta que se haya filtrado esa información a la prensa —gruñó Herrera.

—Ya sabes que algunos compañeros están casados con periodistas, es inevitable. Alégrate por que no hayan dado muchos detalles. Entonces ¿están relacionados? ¿Podría ser un asesino en serie? Vamos, hombre, sabes que yo no rajo.

—Tenemos algunas pistas —explicó sucintamente Herrera. Sabía que el veterano

era de fiar, pero no quería soltar la poca información de que disponía—. De momento no podemos hablar de *modus operandi*, ni centrarnos en zonas concretas de la ciudad. Tenemos sus huellas y su ADN, pero el tío no tiene antecedentes. Tarde o temprano tendrá que caer. Si esto se alarga tendremos que pedir la colaboración de los medios, puede que el asesino esté ávido de protagonismo y podamos engañarlo por ahí, ya veremos. Pero ya sabes que otro problema vendrá después, decenas de llamadas de personas que aportarán pistas falsas y nos harán perder más tiempo. En fin, sí, narices, me temo que podemos tener unos cuantos fiambres como no espabilemos pronto. La nueva subinspectora puede haber hallado una pista, pero tenemos que avanzar mucho y rápido. Le estoy dando prioridad a esto, claro.

—Me han dicho que está bastante buena —comentó el veterano.

—A ti te están pasando demasiada información privilegiada —bromeó Herrera.

—Bueno, al menos os alegrará la vista. Esto parece un campo de nabos. ¿Trabaja hoy?

—Le toca de tardes, pero me dijo que se pasaría esta mañana para adelantar faena —explicó Herrera.

—Caray, chica aplicada.

—Y que lo digas.

Sonó el teléfono del escritorio. Herrera cogió el auricular. El propio Serrano pudo advertir la voz aguda de la secretaria del comisario.

—Santiago, Aguerri quiere verte.

—Imagino que habrá venido negro tras la charla con el delegado del gobierno.

—Ya puedes imaginártelo, chato, el delegado quiere que descartéis en público la hipótesis de un asesino en serie —contestó la mujer.

Herrera rio.

—No pide nada. Vale, Esperanza, dile que ahora voy.

Herrera se incorporó a la vez que colgaba.

—Imagino que el comisario te habrá puesto el petardo en el culo —dedujo Serrano.

—Imagínate, con las elecciones autonómicas a la vuelta de la esquina. —Herrera hizo un gesto para señalar el cielo, los astros, los elegidos por el Pueblo—. Le estarán poniendo tibio, y ya sabes que la mierda siempre cae hacia abajo. Además, los periodistas se están poniendo bastante pesados con el asunto y necesitan titulares. Ya sabes que lo suyo es hinchar el perro. Los del gabinete de prensa están desbordados sacando balones fuera.

—¡Toda audiencia es poca!

—Bueno, Sebas, tengo que continuar. Espero verte pronto. —El apretón de manos terminó en un nuevo abrazo. El jubilado palmeó enérgicamente las espaldas de su pupilo.

—Cálmate, Santiago, te veo estresado. Ya sabes que aquí nadie va a agradecerte nada.

—Lo sé, lo sé. Tenemos pendiente un almuerzo con jamón y huevos fritos. Yo invito.

—Por supuesto, cuando quieras. El próximo día que vaya a aparecer te llamo antes, a ver si no vas tan liado.

—Muy bien, Sebas.

El veterano le cogió fraternalmente por el cuello.

—Relájate, coño, que te veo muy tenso.

Herrera y Serrano salieron juntos de la oficina. Allí volvieron a despedirse, delante de los agentes del grupo que confeccionaban eternos dossiers en sus puestos.

Laura Beltrán preparó tostadas con mantequilla y mermelada y sirvió dos zumos de naranja. Desayunó junto a su hijo con el pensamiento en otra parte. En la televisión, unos dibujos japoneses parecían competir en mostrar los ojos más grandes de la historia de la animación, en cuanto los personajes se sentían conmocionados o enojados. Madre e hijo dejaron los platos y vasos en el lavavajillas y se dirigieron a sus dormitorios para preparar las mochilas. Iván con los libros de texto, los lápices, la mini consola y el almuerzo. Su madre, una camisa de recambio, tres piezas de fruta y un manual de Derecho Mercantil. Llevaba fatal el temario y no quedaba nada para el examen. No era la primera vez que la dedicación exclusiva la dejaba exhausta para el estudio.

Bajaron en ascensor al garaje, como cada mañana lectiva. Poco después la agente Beltrán conducía su utilitario en dirección al colegio. Quedaban quince minutos hasta que abrieran las puertas. Iban sobrados de tiempo. Los locutores de *Los 40 principales* mantenían divertidas conversaciones para amenizar la mañana, pero Laura prefirió música para despejarse, aunque seguía abstraída en el caso de los dos homicidios. Hizo rotar el dial de la radio hasta que encontró una canción que le gustaba. Su hijo canturreaba sus propias canciones detrás de ella, llevaba haciéndolo desde el desayuno para cubrir los silencios, pero su madre no le había prestado mucha atención, inmersa en una ciénaga de preguntas. Necesitaba encontrar posibles coincidencias entre ambos cadáveres, además de aquel libro. ¿Qué podían tener en común aquellas dos personas? ¿Y si Buenatorre había sido cliente de la prostituta? ¿Eran familiares lejanos? ¿Buenatorre estaba liado con ella, compartían polvos, confidencias en una cama sobre moqueta roja, cocaína, heroína? ¿Qué relación pudo tener el asesino con ellos antes de matarlos? Los compañeros de Delitos Tecnológicos habían averiguado que la IP correspondía a un locutorio. El sujeto era muy cuidadoso. Kike y Rafa estuvieron en el establecimiento y comprobaron que quien había usado la conexión para introducir datos en la web entregaba siempre un DNI falso al encargado. Así que tuvieron que acudir los agentes de Científica para intervenir los ordenadores donde había operado el supuesto asesino y webmaster. En los próximos días harían un volcado de datos por si pudieran hallarse evidencias de cualquier tipo. Rastrearían las direcciones de correo electrónico que se habían usado desde dichos ordenadores y recuperarían las imágenes, mensajes y conversaciones en redes sociales asociadas a aquellas. Por mucho que el encargado borrara los registros, podía indagarse en el pasado de cada computadora y en las operaciones realizadas desde la misma. Esos rastreos podían volverse eternos y no siempre daban resultado, pero era un esfuerzo necesario. Les permitiría saber si el webmaster realizaba otro

tipo de operaciones o solo entraba en el locutorio para actualizar la web, sin acceder a otras cuentas personales para evitar que pudieran relacionarlo. Laura recordó los cursillos de reciclaje que había recibido un par de semanas antes de ingresar en el Grupo de Homicidios. En la investigación telemática se había avanzado mucho desde que recibió la formación de esa área en la academia de Ávila, antes del ingreso en el cuerpo. Aquel trabajo también le parecía fascinante, aunque tenía que resultar duro buscar agujas en el interior de inmensos pajares telemáticos.

De pronto se sobresaltó. Pisó el freno a fondo para detenerse en seco en un cruce semafórico. Casi no había visto a tiempo la luz roja. Un camión del servicio municipal de limpieza cruzó ante ellos. Detrás de ella varios coches hicieron sonar repetidamente el claxon. El sobresalto la sacó de su ensimismamiento. «Tienes que estar atenta a la circulación, estúpida», se reprochó. Pensó en su hijo. Ni siquiera había comprobado si llevaba puesto el cinturón de seguridad. Lo vio por el espejo retrovisor, moviendo los labios como si cantara en voz baja, apenas consciente de lo que podía haberles ocurrido. Beltrán bajó el volumen de la radio.

—¿Qué cantas?

—Una poesía —respondió lacónico su hijo.

—¿En serio? —Laura sonrió y se giró para asomar la cabeza entre los dos asientos delanteros—. ¿Y desde cuándo sabes poesía?

—Un chico de mi colegio canta muchas —explicó el niño, con la mirada atenta a cuanto sucedía tras la ventanilla lateral—. Las repite una y otra vez hasta que los demás las aprendemos.

—¿Ah, sí? ¿Qué bien! ¿Sabes que a mamá le gusta mucho la poesía?

—Claro —respondió el niño—. Te he visto leer a veces. Tienes los libros en el salón, aunque yo no los alcanzo.

—¿Quieres cantarme esa canción mientras conduzco?

—Claro —aceptó el niño con una sonrisa, y esta vez le devolvió una mirada espléndida a su madre.

Laura recuperó la atención al frente y arrancó cuando el semáforo alcanzó la fase verde, mientras su hijo empezaba a recitar:

Alzo la mano, y tú me la cercenas.

Abro los ojos: me los sajas vivos.

Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.

Esto es ser hombre: horror a manos llenas.

—Mamá, ¿qué significa sajar? —preguntó al terminar.

Pero su madre tenía las cuerdas vocales congeladas. El escalofrío le secó la garganta y erizó el vello de sus antebrazos. Conocía esa poesía. La había leído una década atrás y le encantaba. La había vuelto a leer hacía escasamente media hora. Casi podía cantarla a dúo. Y sabía en qué libro estaba incluida. No dijo nada hasta

que estacionó junto al colegio con brusquedad. Después volvió la vista hacia Iván.

—¿Quién te ha enseñado eso? —preguntó con tono reprobador, pero luego se arrepintió y dulcificó el gesto. Su hijo no tenía la culpa.

—Ya te lo he dicho, es un chico del cole. —Se encogió de hombros el niño, extrañado por el cambio de actitud de su madre. Entendió que a ella no le había gustado la poesía, pero desconocía el motivo, porque no había encontrado palabras prohibidas en ella.

—¿Es de tu clase? —insistió su madre.

—No, es el chico mayor del que te hablé el otro día, el que juega con insectos —explicó el niño zafándose del cinturón y recogiendo su mochila de debajo de los asientos—. Va a sexto curso y tiene mal genio, pero sabe muchas poesías.

—No te acerques más a ese chico, ¿me has oído? —Fue lo último que le ordenó Laura, antes de darle un beso de despedida.

—El chico es bastante raro.

—¿Cómo de raro? —preguntó Herrera mientras subían las escaleras del edificio. El ascensor estaba estropeado y era un cuarto piso.

—Entre nosotros, aunque no debería decirlo —confesó Teresa Buisán, la psicóloga del Colegio Público Galvaneda, deteniéndose en el descansillo y reduciendo el tono de voz ante los agentes para evitar los oídos indiscretos—, digamos que es un psicópata en potencia.

—Ya veo —dijo la agente Beltrán dedicándole una mueca de preocupación.

La psicóloga había insistido en acompañarles al domicilio debido a lo especial del comportamiento del chico y a que quizá su presencia podría salvar su hermetismo. Ismael cumplía con el último día de expulsión decretado por el jefe de estudios.

Se plantaron ante la mirilla y la psicóloga reparó en los dos interruptores que flanqueaban la puerta. Había un cincuenta por ciento de éxito. Pulsó el que quedaba a la izquierda, pegado al quicio de madera. Las macilentas luces del pasillo parpadearon. Chasqueó la lengua y probó con el pulsador que había a la derecha. Sonó el timbre.

—Señora Ballester —saludó Teresa Buisán, mostrando su mejor sonrisa en cuanto se abrió la puerta del domicilio—, este es el señor Herrera. Es inspector de policía. Su compañera es la subinspectora Beltrán.

Clara Ballester escuchó desde el vano de la puerta las presentaciones efectuadas por la orientadora del colegio de su hijo. Luego estrechó su mano y la de los agentes con gesto ceniciento. Más tarde les invitó a pasar sin apenas mover los labios.

—Disculpen la suciedad, la casa está hecha un desastre —musitó. Parecía un fantasma con las marcadas ojeras y su silencioso arrastrar de sandalias.

—No se preocupe, señora —sonrió Herrera. Hizo ademán de quitarse el abrigo y la señora Ballester se ofreció a colgarlo en el perchero del recibidor. Beltrán imitó los movimientos de su compañero.

—Disculpen que no quisiera concertar una cita por la tarde, como me propusieron —se excusó la señora Ballester—, pero es que prefiero que mi marido no sepa nada de todo esto, al menos mientras no se solucione. No quiero que se preocupe.

—Lo entiendo —asintió Herrera.

En realidad, la señorita Buisán les había puesto en antecedentes acerca de sus sospechas sobre el marido de Clara Ballester y los posibles malos tratos en el ámbito familiar. Beltrán había contactado rápidamente con la psicóloga en cuanto escuchó a su propio hijo recitar los mismos versos de Blas de Otero que ella había localizado en aquella página web. Había obviado los continuos comentarios del pequeño Iván

acerca de aquel alumno que protagonizaba extraños episodios en el colegio. Ahora sentía que ese niño podía encenderles la lámpara que necesitaban para arrojar luz sobre la investigación, y así se lo había transmitido a su superior.

Pasaron al salón y se sentaron en el *chaise longue*, más cerca los unos de los otros de lo que a todos les hubiera gustado. En el cenicero de cristal situado sobre la mesa rebosaban las colillas. Clara Ballester encendió un cigarrillo en cuanto tomó asiento. Había ordenado a su hijo que no saliera bajo ningún concepto de su habitación.

Hubo un incómodo silencio que duró apenas unos instantes, aunque a Laura Beltrán le parecieron largos minutos en los que solo se escucharon las inhalaciones de humo de la anfitriona, que parecía como ausente.

—Cuéntele lo que me dijo por teléfono, señora Ballester —comenzó la psicóloga. La madre redirigió la mirada.

—Sí, claro. Mire, no sé. El caso es que Ismael llevaba tiempo comportándose de manera extraña. Bueno —titubeó—, en realidad ya son unos años. Juega siempre solo, no creo que tenga amigos. Se limita a...

—Señora Ballester, he puesto a los agentes en antecedentes acerca del comportamiento de su hijo, no se preocupe por eso. Es más importante que se centre en lo que me comentó durante la última llamada. Es por eso que el inspector está aquí. Por eso y por las posibles pistas que pudiera darnos su hijo.

—Tiene razón —sonrió con amargura la madre. Quería contarle su problema a todas las personas dispuestas a escucharla—. El caso es que, días después de hablar con, ¿disculpe?

—Teresa, soy Teresa.

—Eso, Teresa, no me acordaba, tengo una memoria malísima para los nombres. El caso es que un día estaba en casa y escuché que mi hijo recitaba algo, como suele hacer habitualmente. No acostumbro a darle importancia a esas cosas, siempre he pensado que los niños solitarios pueden hacer cosas extrañas como esa, pero aquel día decidí escucharle atentamente. Descubrí que mencionaba palabras rebuscadas, como versos sacados de un libro. Me recordó a cuando mi abuela, que en paz descanse, recitaba una y otra vez el Padre Nuestro mientras aferraba el rosario.

Teresa Buisán hizo un ademán con la mano para incitarle a avanzar hacia lo más relevante. Herrera y Beltrán escuchaban con atención.

—El caso es que entré en su habitación y registré su mochila, tenía dos libros que había robado de la biblioteca. Tienen nombres extraños, como los libros de ocultismo y cosas así, pero son novelas, eso está claro.

—¿Podría mostrármelos? —preguntó el inspector. No pensaba revelarles a la mujer los verdaderos motivos de su visita. Le habían indicado que llevaban a cabo una investigación en la que las lecturas de su hijo podían darles alguna pista, pero no quisieron mencionar nada relacionado con asesinatos.

—Por supuesto. —Clara dio una última calada a su cigarrillo antes de apagarlo contra el cenicero y levantarse. Se acercó a la estantería. En ella reposaba una

enciclopedia y varios ejemplares de viejos bolsilibros, probablemente adquiridos en un *stand* de ocasión de algún supermercado, pensó Laura. Solo dos libros de lomo gris destacaban entre las aventuras gestadas por españoles cuyos seudónimos anglosajones les permitieron ganarse el pan con entregas semanales.

Clara Ballester cogió ambos libros y se los acercó a los agentes.

—*El miedo que acecha y Las montañas de la locura* —leyó Herrera.

—¿Los conocen? —preguntó la madre.

—Yo los leí hace años, antes de empezar la carrera —dijo la agente Beltrán.

A Clara Ballester le cambió el semblante. Beltrán advirtió la lógica aprensión.

—No tiene nada que ver con ocultismo ni teorías similares, señora —aclaró la subinspectora—. Es un autor muy conocido. Lovecraft es un exponente del terror sobrenatural.

—Bueno, supongo que me deja más tranquila. Pero Teresa me comentó por teléfono algo de que otro chico susurraba también párrafos de esos libros, ¿no?

—En realidad, no —negó Herrera—. Ese otro chico recitaba unos versos de Blas de Otero. Yo le pregunté a ese chico y me dijo que había un compañero en su colegio que recitaba versos como ese y otros semejantes constantemente, y que solo se limitaba a repetir lo que su hijo Ismael canturrea a diario. Así dimos con usted.

—Todo esto me parece increíble, que mi hijo pueda estar relacionado con alguien así —opinó la señora Ballester con una mueca grotesca—. Cada vez que pienso en el canalla que abusa de mi hijo y le está metiendo esas ideas en la cabeza, me gustaría...

—Crispó el puño, pero terminó por relajarse y extrajo otro cigarrillo de la cajetilla.

—No sé si es bueno que fume tanto —apuntó la psicóloga.

—No es usted quien tiene el problema, amiga mía —replicó la madre con tono cortante.

Teresa Buisán decidió guardarse el contragolpe.

—Cálmese, señora Ballester, solo le están dando consejos —intercedió el inspector.

—Ya sé que fumar más no me tranquilizará, pero es eso o empezar a jugar con la idea de unas cuchillas en mis venas, señor inspector. Compréndame, para mí esto es muy difícil. Necesito que me diga que van a coger al tipo que está abusando de mi hijo.

—Ante todo tenga claro que no sabemos si esa información es cierta o hasta qué punto —precisó Herrera—. Tampoco sabemos si realmente su hijo y ese hombre que le dicta o aconseja lo que debe leer tienen alguna relación con el caso que estamos investigando nosotros. Estamos hablando de conjeturas. En cuanto a los abusos, tampoco podemos confirmar que los haya habido, eso tendrán que investigarlo los compañeros. De hecho, es lo deseable, ¿no? Hay muchos casos en los que todo apunta a eso y luego no se trata de algo tan grave. A fin de cuentas su hijo no lo ha dejado claro, ¿me equivoco?

—Cualquier persona puede interpretar eso, señor agente. Mi hijo no quiere

decirlo porque es algo muy vergonzoso para él, pero yo estoy segura de que a mi niño le han hecho algo.

—De acuerdo, señora Ballester. De todas formas, si alguien le ha hecho a su hijo algo de lo que usted supone, mis compañeros harán todo lo posible por detenerlo, le doy mi palabra, aunque es aconsejable que usted ponga la denuncia correspondiente.

—¿Quieren quedarse los libros? —preguntó la madre.

—Sí, iba a pedírselos ahora —aceptó Beltrán, mientras la madre se los tendía por encima de la mesa. Los libros sobrevolaron el montículo de cigarrillos.

—Probablemente no nos sirvan las huellas para cotejarlas con las que tenemos —explicó Herrera—, puede haber cientos de ellas, incluso de todos los bibliotecarios, o de otros que ya no están, porque habrá interinos, o incluso de personas del servicio de limpieza. Pero necesitaremos leerlos por si encontramos más coincidencias con los pasajes que nos está dejando un delincuente por otra vía, puede que Lovecraft guarde respuestas.

—Es un nombre raro, ¿no creen? —opinó la señora Ballester—. Es como juntar la palabra «amor» y esa marca de mayonesa.

Los agentes y la psicóloga miraron a la madre de Ismael, sin comprenderla inicialmente.

—Disculpen, soy una estúpida —rezongó Clara Ballester arrepintiéndose de su ocurrencia—. Yo no he leído un libro completo en mi vida, aparte de los libros de texto de la enseñanza obligatoria. A mi marido le gusta todavía menos leer, dice que dispersa a los chicos y les mete ideas extrañas en la cabeza. Bueno, después de lo que está ocurriendo voy a tener que darle la razón. Tendremos que prohibirle que acuda allí.

—La culpa no es de los libros, señora Ballester —apuntó la psicóloga.

—Claro, claro. Pero si Ismael no hubiera querido frecuentar esa biblioteca no habría... oh, Dios, perdonen. —Ballester se pasó el índice por las ojeras para cortar las lágrimas.

—Es evidente que su hijo no debe regresar a esa biblioteca, aunque sí puede frecuentar otras —aconsejó Herrera—. Y usted tampoco tiene que personarse allí. No debe generar sospechas. Puede que más adelante necesitemos que su hijo acuda allí, pero si es así, lo haremos con la certeza de coger al culpable.

Clara Ballester asintió mientras se esforzaba en templar su ánimo.

—Por cierto, ¿está su hijo en casa? —preguntó el inspector.

—Sí, aunque pensé que sería mejor que no estuviera presente en la conversación.

—Claro, ha hecho bien —convino Herrera—. Pero necesito hacerle algunas preguntas, señora. No se preocupe, no pretendo incomodarles demasiado. Necesito alguna descripción. Seguramente habrá varios empleados varones en esa biblioteca pública.

—¡Ismael! —gritó Clara Ballester. Como no escuchó el chirrido del pomo al girar, volvió a gritar, esta vez más alto—: ¡Ismael, sal de tu habitación y ven al salón!

Finalmente, los cuatro escucharon el sonido de la puerta al entreabrirse. En unos segundos apareció el niño de pelo dorado, arrastrando los pies descalzos aunque abrigados con unos calcetines rojos.

—Hola, Ismael —saludó Teresa—. ¿Cómo estás?

El niño no parecía demasiado sorprendido al verla. No saludó a nadie, se limitó a mirar inquisitoriamente a todos los invitados.

—¿Qué hacen aquí estos señores, mamá? —preguntó—. No sabía que fueran del colegio.

—En realidad, estos señores son inspectores de policía —dijo su madre, mientras Herrera y Beltrán se incorporaban con cautela—. Quieren hacerte unas cuantas preguntas, siéntate con nosotros. Ven aquí.

Ismael se sentó en el brazo del extremo del sofá donde se encontraba su madre. El inspector se acercó al chico para estrecharle la mano e intentar ganarse un poco su confianza.

—¿Cómo estás, chaval? —preguntó. Pero el chico despreció su saludo y el inspector se vio obligado a retroceder, aunque habría preferido darle un bofetón por insolente.

—Ismael —comenzó la psicóloga—. Estamos aquí porque tu madre nos ha contado que te sorprendió recitando unas frases el otro día y podrían servirle a la policía a esclarecer un caso.

—¿No te parece estupendo?! —exclamó la madre—. Es como una teleserie. Recurren a ti para resolver un misterio.

—¿Qué quieren saber? —preguntó el niño, con expresión displicente. La idea de resolver un asunto policial le resbalaba del mismo modo que el hambre en el mundo o la capa de ozono.

—Verás, chaval, me gustaría que me dijeras cómo consigues estos libros.

—Los cojo en la biblioteca, claro —respondió Ismael alzando los hombros.

—Sí, claro que sí, sabemos que los has hurtado, porque a tu edad no te dejarían llevártelos sin la presencia de tus padres, los devolveremos y no pasará nada. Pero me gustaría saber quién te los recomienda.

—Los cojo al azar.

—No, chico —rehusó Herrera—. Hay libros que los chavales de tu edad no escogen al azar. Puede que te hayan tentado estas obras de Lovecraft, pero eso es muy diferente de cualquier libro de Blas de Otero. Y también lees ese tipo de libros, ¿no es cierto? Los tienes memorizados.

—¿Por qué mientes? —le reprendió la madre agarrándolo por el brazo y propinándole un pellizco. El inspector descubrió que ella empleaba mucha fuerza, tanta que haría gritar de dolor a cualquier chico de la complexión de Ismael, pero este se mantuvo incólume—. A mí me dijiste que ese demonio es quien te dice lo que debes leer.

—Tu madre ya ha explicado el incidente del otro día, Ismael —dijo la

subinspectora Beltrán—. Sabemos algunas cosas, no nos ocultes información. Estamos aquí para ayudarte.

—¿Quién es ese gran demonio? —preguntó Herrera.

—Un amigo.

—¡Ah! ¿Sí? Es la primera noticia que tenemos de eso. ¿De verdad que es un amigo?

—Él me enseña cosas sobre la vida, las personas, la muerte... —aseveró el chico. Su madre se echó a llorar. A él no pareció importarle.

—¿Y dónde está ese amigo tuyo? —preguntó Laura.

—Puede estar en cualquier parte —respondió el niño.

—¿Bien, dime, trabaja en la biblioteca? —continuó la subinspectora.

—¿El demonio? —Ismael rio—. No sé si trabaja.

—Pero tú lo ves en la biblioteca.

—Y en otros sitios.

—Pero en la biblioteca lo ves más a menudo, ¿no? —Herrera descubrió que ese chico tenía una extraña facultad para acabar con su paciencia. Si tuviera que interrogarlo a solas, sin su madre a su lado, seguramente terminaría abofeteándolo.

—Él siempre me susurra qué libros debo coger —dijo el niño—. Son libros que debemos leer los depredadores.

—¿Los depredadores?

—Somos los únicos que podemos escucharle —aclaró el chico.

—¿Entonces hay más gente a la que se dirige?

Ismael no dijo nada.

—¡Ismael, por favor! —gritó la señora Ballester, exasperada.

—¿Tu amigo es un bibliotecario o no, chico? —insistió Herrera, endureciendo el tono.

—Puede ser.

—¿Y cómo es ese amigo? ¿Podrías describírmelo? —preguntó Beltrán, libreta en mano.

—Pueden verlo, lo he dibujado en mi cuarto.

Aunque Clara Ballester ya les había informado de la horrible criatura que dibujó su hijo en la pared, decidieron ir a la habitación para contemplar la obra. Acompañaron al chico a su cubil. No había duda, pensó Laura, en cuanto miró de hito en hito a la criatura de tiza y cera sobre la pared azul celeste. Ante ellos se mostraba un irregular retrato de Cthulhu, la criatura concebida por Lovecraft.

—Pero yo necesito la descripción de un ser humano, Ismael —dijo el inspector.

—Puede adoptar muchas formas —dijo el chico.

—¿Qué quieres decir?

Ismael volvió a alzar los hombros. Su rostro demudó en una sonrisa de autosuficiencia. A Laura Beltrán no le gustó eso. Era una sonrisa de la que carecían casi todos los niños. Su hijo no era así, ningún hijo de sus amigos o sus compañeros

de trabajo sonreía de aquella manera. Esas sonrisas impostadas las empleaban los adultos que ya habían tenido suficiente experiencia en la vida como para saber que la franqueza no servía de nada y que las apariencias eran la mejor gabardina si uno quería guarecerse en un mundo frío.

—Puede parecer un hombre normal, pero puede cambiar —explicó el niño.

Se disfraza, pensó Herrera. El cabrón se disfraza.

—¿A qué te refieres, Ismael? —preguntó la psicóloga.

—No puedo decir más —sentenció el chico.

—Tienes que darnos una descripción —dijo el inspector.

Pero el chico había enmudecido. Volvió a apoyarse sobre las rodillas en el suelo y clavó la mirada en el monstruo de tiza. Su madre lo llamó un par de veces por su nombre, pero era inútil.

—Cuando se pone así es imposible hablar con él —masculló Clara Ballester—. No sé en qué narices piensa, pero se concentra como si viese una película. Ni siquiera su padre le arranca las palabras, por mucho que le peg... —Clara se interrumpió al pensar en las consecuencias de lo que iba a decir. Cruzó una mirada con la psicóloga y halló un viso de reprobación.

Santiago Herrera, por su parte, tenía ganas de darle un guantazo a aquel niñato de las narices. Pequeño gilipollas, pensaba, pero con la madre delante era imposible. Ya tendría ocasión en algún momento, pareció decirle a su compañera con una mirada cómplice. Aquel chaval le parecía el típico listillo al que la policía aguardaba a que cumpliera los dieciocho, para poder estamparle a gusto una firma de cinco dedos en la mejilla.

—Bueno, creo que es suficiente —dijo con resignación, dando media vuelta hacia la puerta de entrada del pasillo.

—¿Creen que cogerán a ese hombre? —preguntó la madre, pisándole los talones.

—Intentaremos hacer lo que se pueda —suspiró Herrera mientras se ponían los abrigos—. Es una lástima que su hijo no quiera colaborar más, podría resultarnos de mucha ayuda. Si en algún momento dice algo que nos pueda interesar, o desea darnos alguna información extra, llámenos a este teléfono. —Herrera extendió una tarjeta con el número fijo de la Brigada y su apellido anotado con bolígrafo.

—Lo haré, claro —asintió la mujer mientras leía las señas de la tarjeta y los dígitos del teléfono—. Ojalá cojan a ese malnacido.

—Buenos días, señora Ballester —se despidió Teresa Buisán, enrollándose una bufanda alrededor del cuello.

—Buenos días, señora —secundaron los agentes al salir al rellano.

—Adiós, que tengan buen día —los despidió Clara Ballester con el gesto apagado.

La madre cerró la puerta de su domicilio antes de que la psicóloga y los policías cogieran el ascensor. Después se dedicó a espiarlos por la mirilla, hasta que entraron en el habitáculo. Luego fue al salón y se asomó a la ventana para vigilarlos mientras

se alejaban calle arriba. Dio un profundo suspiro tras las cortinas para después dejarse abandonar en el sofá, con un nuevo cigarrillo en la mano. Apenas había consumido la mitad cuando volvió a percibir el roce de una tiza en la pared. Era para volverse loca.

—Ese crío es un malnacido —se redimió Herrera en cuanto se despidieron de la psicóloga.

Laura encogió los hombros para ofrecer menos resistencia al viento que arrasaba la avenida.

—Puede ser, pero ese tío con el que habla en la biblioteca tiene relación con los asesinatos, te lo digo yo.

—Montaremos un dispositivo, a ver a quién encontramos en la biblioteca. Podría ser alguien que trabaja allí o simplemente un visitante asiduo. En ese caso creo que los bibliotecarios podrían haber notado algo, sobre todo si han visto varias veces a ese tipo junto al chaval. Les interrogaremos y tomaremos huellas de todos ellos. A lo mejor alguna coincide con las de los crímenes.

—¿Crees que realmente abusa del chico? —preguntó Beltrán.

—A estas alturas me lo creo todo —escupió Herrera—. Te invito a tomar un café. ¿Hace? —Indicó la fachada del bar más próximo.

La agente consultó la esfera de su reloj.

—Está bien. Me quedan dos horas para ir a recoger a Iván. A este paso conocerá más a mi prima que a mí. Quiero comprarle algo. En unos días será su cumpleaños.

—¿Cuántos cumple?

—Diez. Dentro de poco mandará más que yo en casa.

—Ojalá pudiera decir yo lo mismo del mío —se lamentó el inspector.

Era un *pub* de estilo irlandés que parecía recién inaugurado. Todavía podía olerse el barniz de la madera. Se sentaron junto a la barra y pidieron dos cortados con sacarina. Apenas habían empezado a comentar los detalles de la entrevista con Clara Ballester cuando el teléfono móvil del inspector vibró en el bolsillo de su pantalón. Leyó el mensaje en voz alta:

—Kike dice que acaban de terminar de visualizar las grabaciones de las sucursales bancarias. No ha habido éxito.

—Es lógico. —Beltrán cogió el vaso de cristal con el índice y el pulgar. Se lamentó de no haber pedido leche fría y sorbió con cuidado—. El tío no es tan tonto.

—No es cuestión de inteligencia. Uno puede tener atadas muchas cosas pero en el momento de los hechos quizá se pone nervioso, y entonces suceden los despistes y los errores. Después de matar a un hombre las pulsaciones no pueden ser las mismas.

—Salvo que seas un psicópata.

—Exacto. Y este cabrón creo que lo es. Espero que encontremos algo en la biblioteca. De todas formas, tarde o temprano tendrá que caer. Tenemos las muestras coincidentes de ADN encontradas tanto en la granja como en los Pinares de Venecia

para poder incriminarle, y puede que alguna huella registrada coincida con las tuyas. Pero hay que dar con él.

—Por cierto, quería comentarte algo de Kike —dijo Laura.

—Tú dirás.

—¿Puedo hablarte con franqueza? —inquirió la subinspectora.

—Por supuesto.

—Me parece un tío bastante jeta.

—Ya lo tengo calado —Herrera frunció los labios—, no te preocupes.

—El tío se pasa las horas muertas en la oficina navegando por páginas estúpidas de internet.

—Lo sé, carece de iniciativa. Dentro de dos fines de semana, si hemos cerrado este caso, se marchará a Cádiz, hay una convención de moteros. Mientras tanto le voy dando trabajo. Él funciona así, a remolque.

Laura representó el calendario de turnos en su cabeza. No podía ser.

—¿Te refieres al último fin de semana del mes?

Herrera asintió.

—Le toca trabajar —observó ella—. ¿Vas a darle el día libre con el lío que tenemos?

—¿Y quién te dice que voy a concederle el día? —sonrió Herrera—. Espero que no se propase y se quede mientras tengamos el caso abierto. Pero si lo solucionamos, ya te digo yo que se cogerá la baja. Verás como el miércoles o el jueves anterior se lesiona persiguiendo a un sospechoso, o tropezando con un bordillo, o jugando un partido de fútbol. Será mala suerte. Un esguince sin importancia. Una semana de descanso, quizá dos.

—No lo dirás en serio —bufó la agente.

—Lo ha hecho ya en tres ocasiones. La primera no sospeché. Tras la segunda me molesté en investigar un poco sobre eventos deportivos. Casualmente, siempre que se lesiona coincide con una convención motera importante.

—¿Y no piensas hacer nada? Tendrían que expedientarle.

—Es mejor dejarlo estar. Ya sabes que es jodido trincar a alguien con el tema del absentismo. Y si lo haces, nadie te lo va a agradecer. No es bueno granjearse enemigos, sobre todo si sus padres pueden decidir tu ascenso o tu permanencia en una unidad. Yo me limitaré a dar mi fría opinión cuando algún día me pidan que informe sobre él. Poco más.

—¿Pero quién es su padre?

—¿Dormirás mejor si te lo digo? —preguntó el inspector.

—No lo creo.

—Entonces prefiero que no lo sepas. Descuida, no trabaja en nuestra comisaría, no temas por eso.

—No tenía por qué tener miedo.

—Era una expresión, mujer —suspiró el inspector.

—Me fastidia. Si un agente pierde la gorra seguro que le expedientan.

—Lo importante es no preocuparse con lo que uno cree que merece o no, o con aquello que nunca podrá solucionar. Aunque es más fácil decirlo que hacerlo. —Santiago Herrera sacudió la cabeza con rapidez, como si quisiera desprenderse de un mal pensamiento—. Soy el primero al que le cuesta. De hecho, no estoy en mi mejor momento. Estoy bastante quemado, así que prefiero no hablar de estos temas. El otro día vino a la oficina un viejo compañero retirado y removi6 el caj6n de mierda en mi cabeza. Empecé a arrepentirme de cosas.

—¿Como qué?

—Pues que quizá debí haber escogido otro empleo. Si hubiera tenido otra profesi6n quizá mantendría a mi familia. Podía haber opositado a un trabajo más cómodo. Incluso podría haber dado el salto desde la policia. Haberme metido en Inspecci6n de Trabajo, por ejemplo.

—Pero tú entraste por vocaci6n.

—La vocaci6n siempre termina apagándose, debí haberlo supuesto.

—¿Y no echarías de menos el compañerismo?

—Eso también se pierde con los años, Laura. Al final cada uno solo piensa en su familia. En su mujer, en sus hijos. Menos los que nos quedamos colgados. Me veo dentro de diez años como los veteranos de antes a quienes despreciaba. Haciendo recados propios entre servicio y servicio. Paseando de bar en bar con la pipa en la sobaquera y enseñando la placa para que me hagan descuento. Más solo que un perro viejo.

—Bueno, tú también tienes un hijo. No puedes decir que estás solo.

—Déjalo, si empezamos a hablar de eso entonces sí que me voy a arrepentir.

—Está bien, está bien. Hablemos de trabajo. ¿Te parece? —Beltrán terminó su café, aunque seguía abrasándole los labios. El inspector ni siquiera le había prestado atención al suyo.

—¿Cómo lleváis lo del libro ese de poesía? ¿Habéis encontrado algo?

—Te lo he dicho antes de entrevistarnos con la señora Ballester —respondió Beltrán—, pero por lo visto tú estabas embobado mirando a la psic6loga. Deberías contactar con ella.

—¿Tú crees? Ahora mismo tengo un lío de narices en mi cabeza, no sé si es buena idea.

—Tú verás.

—¿Qué habéis encontrado? —insistió Herrera.

—Arturo no ha tenido suerte. El libro se ha vendido relativamente bien, después de todo, pese a ser poesía —explicó Laura—. Quizá el título ha llamado la atención de muchos aficionados al terror o a lo gótico. Había un listado bastante decente de ventas en los registros. Eso sí, ha dejado de distribuirse por librerías tradicionales. La editorial ha quebrado. Cosas de la crisis, supongo. No ha debido de irles tan bien con otros títulos. El libro ya no puede conseguirse salvo en alguna librería de internet o

mediante préstamo.

—Otra vía que empieza a cerrarse.

—No creas. Yo tuve suerte y en la página de la Biblioteca General encontré el rastro del libro. Por lo visto lo han adquirido un par de bibliotecas de la ciudad y está disponible para préstamo. ¿Adivinas en cuál?

—En la que frecuentan el chaval y nuestro sospechoso —resolvió el inspector.

—Exacto.

—Bien, entonces mañana, cuando nos presentemos allí, podremos coger el ejemplar que tengan. De paso nos entrevistaremos con todos los empleados. No llevaremos a ninguno a comparecer a comisaría salvo que encontremos algo de información interesante. A ver quién nos infunde sospechas o puede decirnos si ha percibido algo fuera de lo normal. Puede que tengamos una sorpresa e incluso nuestro objetivo sea uno de ellos. —Herrera meditó un segundo—. Funcionarios, personal de limpieza. Deberíamos ver quién lleva el mantenimiento. Les diremos a los de Científica que busquen todas las huellas que puedan.

—No creo que el cabrón use guantes para leer —dijo Laura.

—Por fin un pequeño golpe de suerte —añadió el inspector antes de vaciar su café de un trago.

Su madre le había dicho que no se acercase más a esa biblioteca, pero Ismael regresó en cuanto salió del colegio. Recorrió al trote los casi cuatrocientos metros que separaban la puerta del centro escolar de la biblioteca pública. Era apenas una vuelta en una pista de atletismo, pero a él le gustaba moverse rápido en ese tramo porque adoraba contar con rapidez las baldosas de colores que se perdían bajo sus pies, como una rápida diapositiva de tonos rojizos y blancos.

La inercia de los libros hacía bambolear su mochila a los lados en su espalda. Subió por la rampa de minusválidos, se apartó para dejar pasar a un adulto que salía con dos tomos de *Canción de Hielo y Fuego* bajo el brazo, quién sabe si para leerlos o para completar una pared de ladrillo. El bedel observó por encima de las hojas de un periódico cómo el chico atravesaba el *hall* sin saludar. Ismael bajó unos escalones sin apenas prestar atención al expositor de *bookcrossing*, cuyos títulos casi nunca variaban. Pasó por el arco de seguridad que siempre sabía sortear a la salida, cuando hurtaba un libro, y entró en la biblioteca propiamente dicha. A su derecha se abría un ala dedicada a periódicos y revistas semanales, con sus asiduos lectores apoltronados en butacones; casi todos superaban la edad de sus padres. A su izquierda se extendía el mostrador con las pilas de folletines culturales, los cuadernos de novedades y los funcionarios que pasaban por el lector los nuevos préstamos y recogían las últimas devoluciones. Más allá se abrían los pasillos repletos de libros, de historias donde sumergirse, nadar, ahogarse a veces.

Ismael avanzó hasta entrar en el pasillo transversal dedicado al género de terror. No podía dejar de ir a aquella biblioteca. El deseo superaba cualquier prohibición. Le gustaba acudir allí y observar desde los rincones a la gente que deambulaba indecisa, rastreando anaqueles y ojeando novelas y poemarios. Algunos se quedaban absortos durante la lectura, de pie, sujetados desde la primera línea por una cadena invisible, inconscientes del enorme peligro que se cernía sobre ellos, un poder latente y cruel que no sabía de religiones, de piedad o transigencia. Solo unas pocas personas eran capaces de visualizar el mal que gangrenaba al mundo, porque los oscuros tubérculos que corrompían los cuerpos y las mentes solo eran perceptibles para esos elegidos, capaces de reconocer las heridas, las enfermedades y el sufrimiento de los seres vivos, aunque no se mostrasen a simple vista. Eso lo comprendía Ismael porque se lo susurraba el gran demonio de obsidiana, cuya presencia se enraizaba a los cimientos de aquel edificio, aunque el chico también lo descubría mimetizado en cualquier pared de la ciudad, en los montículos de piedras, en los amasijos de hierros. Ismael sabía que el hombre que arrastraba la mopa por el suelo también tenía el mismo don. Por eso a veces hablaban a escondidas, observaban juntos a la gente y compartían

lecturas que les ayudaban a interpretar la corrupción. Para Ismael, el mundo era como uno de aquellos documentales sobre fauna africana que reproducía la televisión pública. Las personas caminaban inocentemente como manadas de herbívoros ignorantes del mal que acechaba tras la hierba alta. Una mayoría de animales que se burlaban de los verdaderos elegidos por parecer ensimismados en su entropía. Herbívoros cuyos dientes blancos serían pedazos de hielo resquebrajados con un punzón, cuyos ojos gelatinosos de pescado reventarían por la presión del grafito puntiagudo. Ovejas que serían desolladas sin remedio. El chico elucubraba múltiples maneras de causar daño. Era su deber obedecer a la divinidad y causar dolor hasta que aquél se mostrase al mundo e impusiera su ley de barro y fuego. Al niño le gustaba disfrutar de los colores que estallaban en su imaginación, en especial el rojo y el naranja, los paladeaba con la convicción de quien sabía que el tamiz del gran ídolo oscurecería pronto el mundo, como un nubarrón interminable.

Mientras tanto, como solía hacer a diario, estiró el brazo hasta alcanzar un libro, esta vez de Horacio Quiroga, y se sentó en el suelo con las piernas flexionadas. Observó hasta el más mínimo detalle de la portada que mostraba a un jinete fantasmagórico. Luego empezó a leer y se sumergió en la historia como una plomada en el fondo de un pantano, hasta que lo vio por el pasillo principal, arrastrándose como una enorme babosa negra. El monstruo reparó en él y sus viscosas antenas se doblaron para mirarlo. Luego, del cuerpo informe emergieron tentáculos tachonados de ventosas que se arrastraron como raíces de árboles por el suelo, levantando el linóleo. Uno de esos brazos negros se introdujo en la ropa interior del niño y acarició sus genitales. Ismael empezó a transpirar mientras se estremecía de placer. Su mano hizo el resto y pronto notó la viscosidad pegada al calzoncillo.

A través del cristal, Santiago Herrera mostró la placa ante el bedel, quien apenas hacía cinco minutos que había colocado el cartel de «cerrado», a las 21:00. El funcionario dio la vuelta a la llave y dejó pasar a los agentes. El inspector le cedió el paso a su compañera. Detrás de ellos les siguió Arturo.

El bedel, que contaba con medio siglo de edad y todo su pelo perdido en la coronilla parecía apelmazarse en las cejas, observó con gesto ceñudo el coche patrulla de Seguridad Ciudadana aparcado junto a la puerta principal. No sabía que otro vehículo idéntico circulaba por los alrededores. «Pues vaya trámites, ni que escondiéramos a un terrorista», pensó recordando las exiguas explicaciones de la directora del centro, quien le acababa de indicar que unos agentes acudirían tras el cierre y todos los empleados debían permanecer en sus puestos media hora más de lo debido.

En realidad, solo el bedel había sido avisado. Al resto de funcionarios les cogió por sorpresa la llegada del grupo de agentes. La directora de la biblioteca saludó a los policías y pidió tranquilidad a sus compañeros, tres mujeres y un hombre.

—Solo serán unas preguntas y comprobaciones —dijo Herrera—. ¿Están todos los empleados aquí?

—Así es —respondió la directora. Era una mujer de edad madura, con unos ojillos pequeños escondidos detrás de unas lentes graduadas. Mostraba el aspecto pálido e intelectual de quien apenas dedicaba tiempo a liberarse de la lectura—. Somos el personal de administración, información y reprografía. Solo falta el personal de limpieza, que acaba de llegar. Están cambiándose en los vestuarios del piso superior, pero en seguida bajarán. Son los únicos que se quedan tras el cierre.

—Muy bien. ¿Tiene el libro?

—Así es —afirmó la directora, agachándose para recogerlo de un cajón. Lo exhibió ante los agentes. La calavera de un carnero sobre fondo negro los observó bajo el rojo titular. Laura reconoció al instante la portada que había visto tantas veces en distintas librerías de la red y páginas web. Un tenue escalofrío recorrió su espalda. Por fin podría ojear las páginas de aquel libro que le había resultado tan intrigante, después de que los de Científica extrajeran todas las huellas dactilares para su cotejo. Fue ella misma quien cogió cuidadosamente el ejemplar con guantes de látex y lo introdujo en una bolsa de cartón, ante el desconcierto de los empleados municipales.

El inspector carraspeó para recuperar la atención de los bibliotecarios.

—Veamos, nos gustaría hacerles unas cuantas preguntas a cada uno de ustedes.

Tenemos a un sospechoso de un crimen que podría acudir de forma habitual a este centro, así que necesitamos toda su colaboración. Del mismo modo, si no les resulta inconveniente, desearíamos poder obtener una muestra de sus huellas dactilares, precisamente para descartarles de este y futuros delitos. Uno de mis compañeros les tomará la filiación antes de comenzar con las preguntas. Exhíbanle sus documentos de identidad. Quizá podríamos ponernos en un lugar cómodo, en esos butacones, por ejemplo. —Señaló el ala destinada a periódicos y revistas—. Les indico que es probable que próximamente les pidamos acudir a comisaría para ampliar la información que nos aporten y poder registrarla adecuadamente. A fin de cuentas esto no es más que un pequeño sondeo. No creo que nos lleve mucho tiempo.

Arturo empezó a anotar los datos personales de los empleados, que permanecían todavía detrás del mostrador.

—¿Puede mostrarme el registro de préstamos del libro? —le preguntó Herrera a la directora—. Solo tienen una copia de ese título, ¿no es cierto?

La mujer asintió y de una bandeja extrajo una hoja impresa en blanco y negro con un cuadrante que mostraba el número de préstamos del libro desde su adquisición por el centro público, así como las personas que lo habían adquirido y las fechas en que lo habían hecho.

El inspector echó un vistazo rápido. Le tendió la hoja a su compañera. Beltrán apreció que solo cuatro usuarios habían cogido el libro. El último lo había hecho hacía tres meses escasos.

—¿Podría mostrarme el registro en la pantalla del ordenador? No me malinterprete —se disculpó el inspector—, no es por desconfianza, pero prefiero asegurarme.

—No se preocupe —sonrió la directora, aunque aquel gesto resultó una mueca forzada—. En realidad lo he impreso esta misma mañana, está actualizado —explicó mientras tecleaba un número de usuario y una clave para acceder a la base de datos.

Herrera advirtió que el bedel con quien se habían cruzado al entrar todavía no había llegado. Aquello no le gustó, pero prefirió no darle importancia. La patrulla que aguardaba junto a la puerta le avisaría si notaba algún movimiento extraño o si alguien trataba de salir.

—¿Puedes hacer venir al bedel, por favor? —le indicó a Beltrán. Luego se volvió de nuevo hacia la directora—. ¿Cómo es posible que todavía no hayan bajado los empleados de limpieza?

La mujer se encogió de hombros y consultó su reloj.

—Normalmente se entretienen tomando un café de la máquina —aclaró—, pero hoy no deberían. Les he dicho que bajen inmediatamente, sin explicarles el motivo, claro.

En ese momento, antes de que la subinspectora subiera las escaleras hacia el *hall* de entrada, apareció el bedel, visiblemente nervioso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Laura.

Tras el hombre venía una venezolana regordeta y de piel tiznada vestida con el uniforme de empleada de la limpieza. Llevaba un cubo en la mano izquierda y una fregona apoyada en el hombro contrario. Los cascos de unos auriculares colgaban del cuello y el cable serpenteaba hasta un reproductor oculto en un bolsillo a la altura del pecho.

—Falta el otro —dijo el bedel.

—¿Cómo dice? —preguntó Beltrán.

—Que el otro empleado no está, se ha largado —dijo el hombre, entrelazando los dedos de sus manos y rehuendo la mirada, como un niño que acabara de ser pillado in fraganti.

—¡Inspector! —llamó Beltrán.

Herrera dejó con la palabra en la boca a la directora y se acercó a Laura. Arturo y los bibliotecarios dirigieron la atención hacia el arco de seguridad, donde Adina dejaba apoyada la fregona y el cubo aún vacío de agua. El bedel permanecía junto a ella, hablando con la agente de policía.

—¿Qué sucede? —preguntó Herrera.

—Es lo que intento averiguar —respondió Beltrán, que no apartaba la mirada del ordenanza—. ¿Cómo que se ha largado?

—Discúlpenme, yo no sabía...

—¡Hable claro! —levantó la voz la subinspectora.

—No sabía que él reaccionaría así —explicó el hombre—. Se ha largado por la ventana del vestuario que mira desde la parte trasera del edificio.

—¿Quiere decir que ha salido del centro? —preguntó Beltrán, alarmada.

—Eso es.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué le dijo?

—Discúlpeme. Entré en el vestuario y le dije que la policía nos requería abajo. No pensé que él fuera a reaccionar así.

—¿Es usted idiota? —le recriminó el inspector.

—¿Pero qué ha hecho Emilio? —preguntó la limpiadora.

—Llévenos a los vestuarios —ordenó Beltrán, cogiendo al bedel por el hombro para que la guiara escaleras arriba. Mientras tanto estableció conexión por el *walkie* con los *zetas* que aguardaban afuera.

—Atención, para zeta veinte y veintiuno, un sujeto ha salido por una de las ventanas traseras, las que dan a los jardines.

—¿Puede darnos una descripción? —Se oyó tras el chasquido de la estática.

Laura miró inquisitivamente al ordenanza. El hombre comprendió.

—Emmm, creo que ha venido con un polar azul, de esos de Decathlon —titubeó—. Y pantalones vaqueros. No he visto si ha cogido el abrigo al largarse. Quizá esté en la taquilla.

—¿Qué edad tiene? ¿Cómo se llama?

—A veces lo llamamos Gascueda, es su apellido. Se llama Emilio. Creo que tiene

veintiocho años. El pelo es castaño oscuro.

Laura repitió la descripción por el canal del *walkie*. Detrás de ellos les seguía Santiago Herrera, quien había indicado a Arturo que aguardara junto al resto de empleados y la directora.

Llegaron hasta el reducido vestuario masculino y allí, colgado de un perchero, encontraron una parka marrón con el cuello desvaído. Beltrán indicó a los patrulleros que el sujeto no llevaba abrigo, lo que era llamativo dadas las bajas temperaturas. Luego se asomó para intentar reproducir la fuga en su imaginación. Junto a la ventana, una canaleta descendía en vertical hasta el suelo. El pie de una farola nacía a dos metros de la pared. Desechó la segunda opción, demasiado arriesgada. A juzgar por los remaches de la canalización, la estructura podía soportar el peso de un hombre adulto durante su descenso.

Herrera registró la taquilla y encontró una bolsita llena de cannabis detrás de una camisa plegada.

—Gilipollas —masculló el inspector, sosteniendo la bolsita con dos dedos y agitándola de manera que el plástico rígido crujió como si desenvolviera un regalo.

—¿Tenía maría? —resopló Beltrán, enarcando una ceja.

—Tenemos que salir a buscarle —dijo Herrera, exhibiendo las llaves del coche sin distintivos del grupo—. Es fácil ocultarse de los coches patrulla, se los ve venir. Iremos en el Peugeot.

—Tienes razón —convino Laura. Antes de salir del centro, se dirigió al ordenanza—. Escuche, hágame caso en esto. Que no salga nadie más de aquí.

El hombre asintió. Los acompañó hasta la entrada abriéndoles con la llave y luego cerró tras ellos.

Herrera y la subinspectora corrieron hacia su vehículo estacionado en la acera de enfrente. Sin activar los prioritarios, arrancaron para internarse en las distintas calles colindantes, mientras daban instrucciones a los *zetas* para vigilar las posibles rutas de huida. Los tres vehículos circulaban con las luces apagadas para no llamar la atención del huido, introduciéndose incluso en calles peatonales por donde sería lógico que hubiera escapado el empleado. La noche era fría y, excepto en las avenidas, no había demasiada gente por la calle. Creyeron atisbar al sospechoso en varias ocasiones, pero resultaron falsas alarmas. En cuanto se acercaban al individuo veían que no encajaba con la descripción física.

Beltrán detuvo el coche ante un joven que se liaba un cigarrillo apoyando el trasero en el respaldo de un banco. Le preguntaron si había visto a alguien corriendo y el chico solo se encogió de hombros mientras trataba de ocultar el pitillo. Los agentes no le dieron importancia y continuaron circulando.

Unos minutos más tarde comprendieron que no habían tenido éxito y avisaron a las dos patrullas de Seguridad Ciudadana para que abandonaran en su empeño. Aquel tipo se había esfumado. Un corredor aceptable podía poner mucha distancia de por medio en cinco minutos de carrera. Para cuando llegasen los refuerzos, el sospechoso

quedaría muy lejos, quizá en otro barrio.

Herrera golpeó el salpicadero en cuanto se dieron por vencidos. Estaba furioso por la torpeza del conserje y por la suya propia. Debía haber previsto aquella reacción de alguno de los empleados, se repetía una y otra vez. En realidad, lo había hecho, solo que sin tomar todas las medidas oportunas. Había supuesto que quizá alguien intentaría marcharse por la puerta principal simulando cierta normalidad, aprovechando que el *hall* se encontraba en un nivel superior al de la biblioteca, o podía ocurrir que alguien hubiera empleado algún tipo de resistencia física una vez se delataba durante la ronda de preguntas. Pero no creyó que un empleado de limpieza huiría desesperadamente a través de una de las ventanas.

—¿Quién iba a predecir eso? —trató de alentarlo su compañera, mientras conducía de regreso a la biblioteca.

—Para eso me pagan —masculló él.

—Tampoco puedes traer a veinte agentes para que rodeen todo el perímetro sin saber si realmente tienes al asesino ahí —continuó la subinspectora.

«Nos habría resultado más fácil si hubiera huido en un vehículo», pensó el inspector. Aunque en ese momento contempló la posibilidad de que el fugado tuviera el coche aparcado en la zona de estacionamientos cercana a la parte trasera de la biblioteca. Quizá le había dado tiempo a arrancar el coche y largarse sin llamar la atención, conduciendo con calma, si realmente aparcó allí antes de comenzar la jornada. Tendrían que verificarlo. Pensaba en esto cuando de pronto vislumbró una sombra en la acera contigua que parecía ocultarse con rapidez tras una furgoneta. El corazón le dio un vuelco y ordenó a Laura que aminorara la velocidad. Aquella sombra, el perfil de un hombre joven, emergió corriendo del otro lado de la furgoneta.

—¡Para, para! —gritó Herrera.

Antes de que el vehículo terminara de detenerse, el inspector salió y tropezó en el asfalto. Consiguió recobrar el equilibrio apoyando una mano en el suelo y se lanzó a la carrera. Atravesó la fila de vehículos orillados en la acera para correr detrás del joven, que avanzaba a menor velocidad. Laura salió del vehículo policial y lo siguió en paralelo por la calzada.

Cuando estaba a apenas cinco o seis metros del joven, el inspector le ordenó que se detuviera. Herrera esperaba verlo acelerar, lo que confirmaría que era realmente a quien buscaban, y confiaba en su propia resistencia para alcanzarlo. Pero el joven disminuyó el paso hasta adoptar un trote ligero y se volvió tímidamente para ver quién le ordenaba. La subinspectora pasó por delante para cortarle el paso.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven, deteniéndose y adoptando una posición defensiva al ver a la pareja rodeándolo. Reculó dos pasos. Detrás de él destacaban las luces de los expositores de una tienda de videojuegos cerrada, que bañaron su cuerpo de tonos violetas.

—Espere un momento, enséñenos su documento de identidad —ordenó Herrera,

con la respiración entrecortada. Tenía que volver a entrenar a menudo, pensó. No estaba ni en la mitad de buena forma que hacía una década.

—Yo no he hecho nada —respondió el joven—. Solo estaba corriendo un poco.

Beltrán examinó de arriba abajo al sujeto. Seguro que no alcanzaba los treinta años, un mechón de pelo castaño oscuro le cubría la frente y el logotipo de la tienda de deportes francesa destacaba sobre el tejido azul del polar. Encajaba en la descripción excepto por un detalle: usaba pantalón de chándal. El inspector también se había dado cuenta.

—Mala hora para hacer *footing*, hace mucho frío —dijo la subinspectora.

—Salgo de trabajar a las ocho y media, ¿qué quieren? —replicó el joven, indignado, mientras rebuscaba en uno de los bolsillos del polar y extraía una cartera con el DNI.

El inspector cogió el documento y leyó los datos personales. Inmediatamente después escupió una maldición.

—No es él —dijo, dirigiéndose a su compañera. Luego devolvió el documento a su dueño—. Discúlpenos, puede continuar.

El joven soltó un gruñido mientras volvía a introducir su DNI en la cartera. Después prosiguió la marcha sin despedirse.

—Habría sido mucha potra —se lamentó Herrera, viéndolo marchar.

—Sí, la verdad es que sí —convino Beltrán, apoyando su mano en el hombro del inspector—. Regresemos.

Tras aparcar, avisaron a Arturo para que el bedel volviera a abrirles la puerta. Después descendieron al espacio de la biblioteca donde esperaban todos. Una vez allí, Herrera intentó retomar el rumbo de la investigación.

—Muy bien, espero que ese estúpido se haya largado porque tiene algo que ver con lo que nos interesa a nosotros, algo importante, y no por la gilipollez de tener marihuana en la taquilla. Vamos a seguir con las preguntas mientras llamamos a unos compañeros más. Parece que vamos a quedarnos hasta tarde. Usted —dijo refiriéndose al ordenanza—, intente explicarme en qué momento se ha largado ese tipo.

—Verá, yo he entrado en el vestuario masculino y le he dicho a Emilio que se diera prisa, que la policía estaba esperando abajo y haciendo preguntas a todos —explicó el ordenanza—. Él se ha puesto nervioso y me ha dicho que le dejase vestirse tranquilo, que bajaría en cuanto pudiera. Así que he vuelto a cerrarle la puerta y a esperarle junto a la máquina de café. Como Adina ha salido dos minutos más tarde del cuarto femenino, he resuelto volver a llamar a Emilio. He golpeado en la puerta y no ha respondido. Me esperaba algún impropio, la verdad, él tiene mal carácter, no sería la primera vez. El caso es que, como no he encontrado respuesta, he decidido abrir la puerta y he descubierto que no había nadie. El tío se ha largado por la ventana, está claro, ustedes han visto que estaba abierta. No sé cómo lo ha hecho. Si ha saltado se ha tenido que joder las rodillas.

—¿Pero qué ha hecho Emilio? —volvió a preguntar la venezolana—. Él es un hombre tranquilo, Ricardo, no mientas.

—Tranquilo pero con mal carácter, guapa —replicó el bedel—. A mí me insulta a veces.

—Es que eres muy pesado, Ricardo.

—De todas formas, ¡es una verdadera casualidad! —exclamó la directora.

—¿Cómo dice? —preguntó Herrera, girando sus talones hacia ella.

—Ese hombre, el empleado de la limpieza, Gascueda —dijo ella señalando con el índice una casilla de la hoja impresa del registro, que ahora descansaba sobre el mostrador—, fue el último en coger prestado el libro que han venido a buscar, hace tres meses. Mírelo usted mismo.

Los agentes de la Científica llegaron en apenas veinte minutos. Bajo la atenta mirada del inspector Santiago Herrera, entraron en el vestuario masculino con sus maletines cargados de reveladores químicos de huellas, pinzas, torundas, envases, bolsas de papel y viales de recogida. Realizaron fotografías generales, parciales y de detalle por cada indicio, situando un testigo métrico en estas últimas. Se colocaron las gafas protectoras antes de emplear la fuente de luz forense de xenón, a oscuras, para examinar y fotografiar las huellas latentes en el marco de aluminio de la ventana. Luego recogieron con unas pinzas diversos pelos encontrados en la taquilla, colocaron cada uno en un papel pequeño, que después doblaron con cuidado e introdujeron en una pequeña bolsa de papel, a la vez que referenciaban el contenido en el acta y en el propio recipiente. También se llevarían la parka del empleado y su uniforme de trabajo para examinarlos en el laboratorio. El inspector les facilitó el libro que habían recibido de la directora. Mientras observaba la recogida de muestras, Herrera fue requerido por Arturo, así que bajó de nuevo a la biblioteca.

—Jefe, esta es la matrícula del coche del que es titular Emilio Gascueda. —El oficial le tendió el papel cuadriculado donde la había anotado. Desde la Central habían pedido acceso a la Dirección General de Tráfico para consultar el listado de vehículos matriculados en el país.

—Estupendo. —El inspector se lo agradeció con un guiño—. Así será más fácil localizarle.

Herrera miró a los empleados. La subinspectora Beltrán había terminado con las preguntas y ahora aguardaban en el ala de lectura a que el inspector les diera permiso para marcharse. En realidad, les había dicho que no estaban obligados a permanecer allí si no querían colaborar, pero ninguno se arriesgó a contravenir las disposiciones de la directora del centro, que además les había prometido compensarles con horas libres.

—¿Saben si ha venido hoy a trabajar en su vehículo particular? —preguntó Herrera dirigiéndose al grupo.

La mayoría se encogieron de hombros o negaron con el mentón.

—¿En coche? —preguntó el bedel.

—Claro, en su coche —aclaró Herrera.

—Normalmente sí —dijo el bedel—. Tiene uno de esos utilitarios...

—Un Citroën C3 —confirmó la limpiadora—. A menudo viene con él. Siempre se queja de que tiene que hacer trasbordo en el autobús. Suele dejarlo en el *parking* al aire libre del Carrefour.

El centro comercial estaba enfrente de la fachada principal de la biblioteca. Tras

los estores que cubrían los amplios ventanales podía verse el espacio destinado a garaje, sobreelevado un metro por encima de la acera. Eso estaba en el lado contrario a la ventana por la que había escapado Emilio Gascueda, pensó Herrera.

—Arturo, dile a los compañeros de afuera que busquen esta matrícula en el *parking* del Carrefour. Que busquen un C3. No puede haber muchos aparcados a estas horas. ¿Saben de qué color es? —volvió a preguntar al grupo.

Nadie contestó, excepto Adina.

—Es azul —dijo la venezolana, bajando la vista—. A veces me ha llevado a casa tras el trabajo. Ya se lo dije a la subinspectora.

Los *zetas* encontraron el coche en menos de un minuto. Sin embargo, aunque el deseo de Santiago Herrera era poder abrirlo para encontrar nuevas huellas y quizá alguna prueba que incriminase más al sospechoso, el agente de Científica desechó la idea. Debían pedir una autorización del juzgado para forzar la cerradura y, desde luego, el Ministerio del Interior no asumiría los posibles daños que pudieran ocasionarse. Al menos la presencia del vehículo en aquel *parking* podía servirles para atraparle tarde o temprano. El inspector dispuso en el lugar a una patrulla de paisano para que vigilara la entrada y salida del centro comercial, por si su dueño u otra persona acudían a retirar el Citroën. Agradeció la colaboración de la directora y del resto de empleados presentes, antes de que todos abandonaran el centro público.

Cuando los agentes se quedaron solos, Beltrán se acercó a su superior.

—La mujer de la limpieza me ha dicho que ese tal Gascueda a veces se pone a leer durante la jornada, y ella le regaña. Pero dice que es lo mismo, que él se abstrae tanto que es como si no la escuchara. ¿Te suena de algo?

—Qué narices, será como un jodido clon del crío del otro día —gruñó Herrera.

—Te digo que es el asesino —dijo Laura—. Me apuesto lo que quieras.

—¿Una cena? —Herrera enarcó una ceja. En cuanto los de Científica analizasen y cotejasen los indicios de los crímenes con las huellas de la ventana y los cabellos y fibras de la ropa de Gascueda, sabrían el resultado.

—Hecho —sonrió Laura, estrechando la mano.

—Chicos, si no os importa —intervino Arturo, con ese acento suyo que parecía una disculpa—, ¿podríamos ir a comisaría? Mi santa esposa me estará esperando despierta.

Así que entraron en el coche después de despedirse de los patrulleros y de los compañeros de la Científica, quienes tuvieron que retrasar el regreso a dependencias para ir a un incendio originado en un garaje del mismo barrio.

—Mañana os quiero a los dos arriba a primera hora —dijo Herrera desde los asientos traseros del Peugeot—. Ya os apuntaré las horas extra.

—Joder, jefe —gruñó Arturo desde el asiento del copiloto, girando la cabeza por encima del hombro—. Que mañana es el cumpleaños de mi mujer. Me tramitaste el parte de descanso que solicité, ¿lo recuerdas? Ya sé que prohibiste después los descansos, pero...

El inspector se golpeó con la palma en la frente con la misma fuerza que habría empleado en matar a un mosquito.

—Tienes razón, lo olvidé. No importa, Gálvez regresa al turno y el comisario ha accedido a mi petición de reforzarnos con dos compañeros del Grupo segundo al nuestro, de forma temporal, hasta que resolvamos esto.

—Me dejas más tranquilo, jefe. De todas formas, si necesitáis ayuda urgente, podéis llamarme, ya sabéis que estoy disponible.

—Descuida, Arturo, de ti nunca he tenido queja. Disfruta del día y descansa esta noche. Te lo mereces.

—Gracias, hombre —respondió Arturo.

—¿Cuánto creéis que tardarán en cotejar las huellas? —preguntó Laura.

—Supongo que cuando terminen con lo del incendio volverán a comisaría y se pondrán con ello. En teoría no les llevará mucho tiempo. He hablado con Javier hace un momento. Está de guardia esta noche y se encargará personalmente de acelerar el asunto. Si encuentran algo importante me avisarán.

—¿Si coinciden las huellas, quieres decir? —preguntó la subinspectora.

—Eso es.

—Ojalá lo sean y trinquemos bien a ese hijoputa —dijo Arturo.

—Sea o no a quien busquemos, mañana pediré sus datos del padrón para averiguar el domicilio. Aunque fuera inocente, seguro que puede contarnos algo interesante.

Antes de llegar a comisaría comentaron la información que les habían proporcionado los bibliotecarios, el bedel y la limpiadora. Aunque Gascueda no hubiera salido corriendo, posiblemente las sospechas irían igualmente encaminadas hacia él. En lo que concernía al pequeño Ismael, todos los bibliotecarios habían reparado en sus visitas casi diarias. Era cierto que hablaba con el empleado de limpieza, cuando este acudía en el horario de tarde, pero no eran encuentros tan habituales porque la jornada del empleado normalmente era nocturna y desconocían si ambos se veían más allá de las paredes repletas de libros. Adina solo manifestó que Emilio parecía un hombre introvertido y taciturno, pero hacía bien su trabajo, excepto cuando se abstraía con alguno de los nuevos libros que la biblioteca añadía al catálogo, especialmente si eran de terror. Nunca había mostrado intenciones sexuales hacia ella y se había mostrado atento para acercarla a su casa cuando era necesario o ayudarla a limpiar algo que por estatura ella no alcanzaba.

Pese a que le había parecido inverosímil la senda trazada alrededor de ese poemario, Herrera reconocía que el olfato de la subinspectora Beltrán podía solucionar el caso si tenían suerte. A veces, las mejores investigaciones necesitaban de los caprichos del destino para seguir adelante y no quedar archivadas en el fondo de una estantería interminable. Por eso cruzó los dedos mientras miraba pasar las luces de las farolas de la avenida, pese a que nunca había sido supersticioso.

La pared salpicada de agujeros contenía mil fauces y ocho mil patas. Dos mil pares de ojos que enfocaban con precisión a las víctimas y otros tantos encargados de la visión periférica. Cada uno de estos agujeros parecía el ojo de un diminuto huracán, un embudo rodeado por densos nubarrones pegajosos que se adherían a la piedra sin escarpas. Pese al número de ojos, los moradores tenían una visión pobre y se debían guiar más por el tacto. Por eso, cuando Ismael colocaba la punta de un palillo en el vértice de una trampa de seda proteica, lo hacía vibrar levemente igual que si una mosca se debatiera entre la vida y la muerte. Entonces asomaban las extremidades del monstruo y el chico se solazaba permaneciendo inmóvil para no ahuyentarlo. La bestia, que no era tan estúpida como muchos seres humanos, regresaba a su escondite una vez comprobaba que se trataba de un falso aviso.

*Luchando, cuerpo a cuerpo, con la muerte,
al borde del abismo, estoy clamando
a Dios. Y su silencio, retumbando,
ahoga mi voz en el vacío inerte.*

Ismael canturreaba un poema mientras decidió echar mano del bote que escondía en el bolsillo de su abrigo. Deslizó la cremallera y extrajo el tarro de cristal. Lo abrió cuidadosamente y atrapó a una de las mariposas encerradas, cogiéndola por el borde de las alas. Al tacto le parecieron como de suave terciopelo amarillo moteado de lunares blancos y negros. Luego la depositó con delicadeza sobre uno de los extremos de la telaraña y el infortunado insecto comenzó a debatirse para liberarse.

*Oh Dios. Si he de morir, quiero tenerte
despierto. Y, noche a noche, no sé cuándo
oirás mi voz. Oh Dios. Estoy hablando
solo. Arañando sombras para verte.*

A Ismael le habría gustado saber si la mariposa era realmente consciente de lo que suponía moverse de aquella manera. Podía ser que, aunque supiera que sus enérgicos esfuerzos solo acelerarían el trágico final, eran su única posibilidad de escapar. No era la primera que conseguía huir, aunque el porcentaje era mínimo. La efectividad de la trampa era tan buena como el mejor cebo.

Alzo la mano, y tú me la cercenas.

*Abro los ojos: me los sajas vivos.
Sed tengo, y sal se vuelven tus arenas.*

De pronto vio emerger las extremidades, arracimadas en torno a la cabeza del arácnido. Le fascinaba aquella posición acechante, el instante anterior a la captura. Con rapidez vertiginosa, el cazador salió de su escondite y se lanzó contra la presa. Era un combate desigual. Mientras la víctima batía sus alas en una explosión de color, la araña posó todo el peso de su abdomen sobre ella y las mandíbulas hicieron el resto. Después, el arácnido se esmeró en envolver el cadáver en una crisálida de seda que se esforzó en arrastrar hasta su escondite, para engullirlo con fruición. Ismael deseaba contemplar el festín. Incluso le gustaría poder colocar a una persona en una trampa de tamaño proporcional. Imaginó las peludas fauces devorando las entrañas de un ser humano todavía vivo y sintió un placer más intenso que el orgasmo.

*Esto es ser hombre: horror a manos llenas.
Ser —y no ser— eternos, fugitivos.
¡Ángel con grandes alas de cadenas!*

Terminó de cantar alzando la voz con los últimos versos. No había nadie alrededor. El recreo había terminado y en ese recoveco del colegio casi nunca buscaban las maestras. No iban a echarle de menos porque los otros chicos le temían y los profesores le aborrecían, igual que odiaban a Emilio cuando tenía esa edad. Emilio, el hombre de la biblioteca, le dijo que no se preocupara, que los rebaños de ovejas nunca hacían amistad con los lobos, pero estos eran más fuertes, por eso eran temidos. Emilio le decía aquello y muchas cosas más. No siempre se encontraban porque no solía trabajar por las tardes. Pero cuando podía dejaba a un lado los útiles de limpieza y le enseñaba los poemarios que Ismael memorizaba como los fundamentos de una nueva religión. Eran textos que harían estremecer los cimientos de la biblioteca si los pronunciase un ser con el suficiente poder. El hombre solía emplear un libro lleno de garabatos que había llegado a la biblioteca hacía escasos meses, aunque estaba prohibido deslucir los libros prestados. Ismael recordaba a la perfección cada verso, cada metáfora, cada fragmento subrayado, aunque fuera a costa de olvidar las capitales del mundo o algunas operaciones matemáticas. Pero no le importaba, los conocimientos impartidos en el colegio perderían su validez cuando la nueva divinidad emergiera del epicentro de la gran telaraña que cubriría el mundo. Entonces el ídolo de obsidiana devoraría a cuantos quedasen atrapados en su hechizo y los elegidos podrían descubrirse como depredadores, sin importarles las consecuencias legales.

La ansiedad hizo que Ismael se mordiera el labio inferior hasta hacerlo sangrar. Pensaba en regresar al aula cuando escuchó la llamada de una cría de pájaro. Le resultó extraño que no procediera de las copas de los álamos plantados dentro del

recinto, sino de un alcorque cercano. Se alejó de la pared cubierta de viruela para aproximarse al incesante sonido de súplica. Entre las nudosas raíces de un árbol encontró a la criatura ciega y desplumada. Sus muslos pelados y el pico diminuto abierto al máximo le daban un aspecto tierno que sin embargo no conmovió al muchacho. Si Ismael hubiera sido un chico normal le habría dado de comer. Habría mojado migas de pan en un vaso de leche y se las habría ofrecido en trocitos minúsculos, para no atragantarlo. Pero al chico se le ocurrió una cosa mejor. Sabía que había un gran nido de araña al que sus compañeros de clase nunca querían asomarse. Allí se ocultaba una araña tan peluda como el gato de su tía. Se agachó para recoger al desvalido pajarillo y se lo llevó hacia la morada del arácnido gigante. Mientras caminaba, notó la tibieza del orín descendiendo por sus pantorrillas.

Mientras encendía la luz del reloj de pulsera y comprobaba que solo había dormido tres horas, Santiago Herrera descolgó el teléfono, no sin antes mentar a la madre de Graham Bell.

—Parece que tu hombre se ha cabreado —dijo alguien al otro lado.

Al principio Herrera no lo reconoció.

—¿Cómo dices?

—Más vale que te despereces. Ha habido otro asesinato.

—Joder, Javier. —Herrera masticó las palabras. Era el inspector de Científica, quien había prometido llamarle si los resultados del laboratorio resultaban positivos —. ¿Dónde?

—En el puente de Santiago. Está Ramos en la oficina, pero le he dicho que te avisaría yo mismo. Creo que ya tienes a algún compañero de Homicidios del turno de noche allí.

—Está bien, me visto en dos minutos y me planto con el coche en un cuarto de hora, ¿vas para allá?

—Qué remedio. O eso o me como los cuatro incendios de contenedores que acaban de denunciarse.

—Pero... ¿qué pasa con las huellas del libro y de la biblioteca? —inquirió Herrera.

—¿No lo sabes?

Hubo un par de segundos de silencio absoluto. Herrera volvió la vista hacia la ventana. La luz eléctrica de las farolas se filtraba por las ranuras de la persiana.

—Joder —masculló Javier—, le dije a Gutiérrez que te llamara por teléfono. Pensaba que te habías vuelto a dormir. Las huellas coinciden. Emilio Gascueda es el hijoputa a quien buscábamos.

En el cerebro del inspector Herrera algún recóndito mecanismo hizo clic. Como quien abría un menú desplegable con el ratón, accedió a un listado ingente de objetivos.

—Gracias, Javier. Nos vemos allí.

Pateó la colcha y las sábanas hasta dejarlas hechas un ovillo al pie de la cama. Se sentó en el borde y extendió el brazo para coger un cigarrillo y el mechero. La primera bocanada le sentó como un trago de cianuro. Dejó consumir el pitillo entre sus dedos mientras se estrujaba la frente con la otra mano y pensaba en todos los quehaceres que le esperaban. Se acordó de Beltrán y le escribió un mensaje. No quiso llamarla porque prefería dejarla descansar. Ella se enteraría rápido si estaba despierta.

Las huellas y análisis orgánicos coincidían. Eso le quitaba una enorme presión de

encima. Por fin una buena noticia que darle al comisario. Podrían marear a los periodistas uno o dos días más hasta que dieran con Gascueda. Habría que ponerlo en busca y captura para que no pudiera atravesar controles. Tendrían que conseguir una fotografía actualizada y una descripción completa hablando con familiares. Luego habría que comenzar una búsqueda exhaustiva y rápida, coordinando todos los recursos humanos y materiales, porque el último asesinato se había debido a la persecución protagonizada tras el cierre de la biblioteca. Estaba seguro. Había que detener a Gascueda antes de que cometiera más crímenes.

Se levantó y fue al cuarto de baño. Se aseó y preparó una raya de coca que hizo desaparecer en el borde del lavabo. Se miró en el espejo y vio a un hombre cansado. Era una piedra que se hundía en el lecho del Ebro. Todos lo hacían, pasado el tiempo. Tenía que volver a entrenar con regularidad, eso reduciría la caída libre. Pasó un pañuelo de papel húmedo por el lavabo y lo tiró al retrete. Siempre hacía ese movimiento, pese a que nadie iba a registrar su piso. Le parecía un gesto ridículo, pero el hecho de eliminar todo rastro le ayudaba a combatir el remordimiento. «Algún día tendré que dejar esta mierda», pensó. Entonces escuchó el timbre del móvil y lo cogió para leer el mensaje. Era Beltrán.

«Stab despierta. Acab d llmar a comisaria. Ns vemos x el puente».

Herrera sonrió. Ella parecía incombustible y eso le gustaba.

Los parpadeos azules cubrían toda la corona del viejo puente romano. La circulación, solo permitida a los taxis y la línea 32 del autobús urbano, estaba cortada por patrullas de la Policía Municipal. El inspector Herrera estiró la zancada para pasar sobre la cinta policial, mientras se identificaba ante un agente de Seguridad Ciudadana. Cuando llegó junto al cadáver, la forense ya había terminado de examinarlo. Era un varón de treinta y un años con una ancha herida en la garganta y los globos oculares reventados. Un gran charco de sangre empapaba el pavimento. Herrera se lamentó por no haber estacionado sobre la acera, había tardado demasiados minutos en encontrar sitio por las callejuelas del cercano barrio de Jesús. Aun así se sorprendió de ver a la subinspectora Beltrán en el lugar. No parecía recién llegada.

—¿Qué ha sucedido? —le preguntó a Marcuello, el inspector de Homicidios que conversaba con Laura. Era un hombre enjuto y canoso de apariencia tranquila, aunque buen trabajador y mejor jefe. Un tío afable con la sangre de horchata, según le definían sus subalternos.

Marcuello señaló el cadáver.

—Juan Luna. Treinta años. Lo han abordado por la espalda y lo han cosido a cuchilladas. La doctora ha contado hasta trece heridas. La mortal, en el cuello. Lo ha debido sujetar con el antebrazo y le ha desgarrado la garganta. También se ha molestado en clavarle el cuchillo en las cuencas de los ojos, cuando el tipo estaba agonizando. Una joya de delincuente, no me importaría presentárselo a la hija de mi peor amigo —bromeó el inspector—. Tendrá la ropa empapada de sangre.

—¿Hay testigos? —preguntó Herrera.

—Probablemente caminaba solo. No parece que nadie haya visto el crimen ni al asesino, aunque nos quedan lugares donde preguntar. He mandado a dos compañeros para que avisen a los familiares.

—Joder —murmuró Herrera.

—Está furioso —dijo Beltrán.

—¿Cómo dices?

—Gascueda, está furioso. Este asesinato no podía tenerlo estudiado. Puede que pensara hacerlo, pero seguro que lo de hace unas horas le ha forzado a adelantarse.

—Veo que ya te han avisado del laboratorio.

—Javier está por aquí, ¿le ves? —señaló ella—. Está hablando con el juez ahora mismo. Han encontrado otro poema junto al cadáver.

—Le veo. —Herrera le guiñó un ojo al inspector de Científica en cuanto se cruzaron sus miradas—. Sí, yo también creo que está muy cabreado. De hecho, seguro que ha dejado más huellas que de costumbre.

—Ni se ha molestado en usar guantes —dijo Marcuello—. ¿Ves ese cono junto al cuchillo? Es el arma que empleó. Hay un festival de huellas lofoscópicas.

—¿Habéis hablado con los de los establecimientos cercanos? —preguntó Herrera.

—Todavía no —se excusó Marcuello—. Calma, hombre, se supone que dos de mis chicos han pasado a tu turno.

—Empiezan mañana —respondió Herrera—. Bueno, dentro de unas horas, cuando amanezca.

—De momento tenemos varias patrullas registrando los contenedores, por si se ha desecho de la chaqueta, el abrigo o lo que tuviera. Tiene que haberse llenado de lamparones con esta carnicería. Tenéis un Opencor de 24 horas abierto al otro lado, por Don Jaime. Quizá tengáis suerte. De todas formas, el asesino tuvo que venir y largarse por ese lado del puente, porque en el otro extremo había unos muchachos bebiendo y fumando en el parquecillo que mira a la calle Sobrarbe. Ahora mismo «El Pecas» les está preguntando y les llevaremos a comisaría para que presten declaración. Pero no han visto ni oído nada por ese lado. Solo aseguran que por allí no ha pasado nadie justo antes de producirse el homicidio. Luego tenemos a un hombre que afirma haber visto a alguien corriendo por la arboleda de Macanaz, pero no le doy mucho crédito, está todavía más borracho que los chavales. También vamos a contactar con la cooperativa de taxis, por si alguno ha visto a alguien sospechoso al cruzar el puente.

—Pero la discoteca Seix está abierta en ese lado, toda la noche cruzan clientes hacia allí —observó Herrera—. Tiene que ser difícil que no cruce nadie a las cuatro de la mañana.

—Esta noche no. En primer lugar hace un frío del carajo —rechazó Marcuello—. Además, la Policía Local lleva friendo a multas por exceso de aforo y ruidos a esa discoteca durante medio año, me lo han comentado los de la Unidad de Protección

Ambiental. Tienen suspendida la actividad durante dos meses por Urbanismo. Precisamente un chico que iba para allí sin saber que estaba cerrada ha sido el que ha encontrado el cadáver y ha llamado al 091.

—Muy bien. Vamos al Opencor, entonces. ¿Me acompañas? —preguntó Herrera a su compañera.

—Claro.

—Por cierto, Laura, ¿y tu hijo?

—Llamé ayer a mi prima para decirle que probablemente no podría pasar a recogerle —explicó Beltrán—. Prefiero que se quede unos días con ella, me parece que no voy a parar mucho por casa esta semana.

—Vaya estreno, subinspectora. Es el primer asesino en serie del que me hago cargo. Espero que no seas gafe —bromeó el inspector.

—Solo fueron un par de minutos —respondió la empleada—. Miguel, el de seguridad, se mantuvo atento desde que entró.

—Parecía un tipo raro y se le veía nervioso —dijo el vigilante, un hombre de aspecto orondo y una cara parecida a la de un anfibio. Probablemente no podría correr cincuenta metros lisos sin sufrir un ataque cardíaco, pensó Beltrán con malicia.

—Cogió dos latas de cerveza y una maquinilla de afeitar.

—¿Una maquinilla de afeitar? —preguntaron los dos agentes al unísono.

La cajera sonrió.

—Sí, sí. Ya saben, a mí también me pareció increíble, a estas horas. Era un aparato de esos de Gillete, ¿quieren que se lo muestre?

—Por favor —pidió el inspector.

La chica salió del mostrador para internarse en uno de los pocos pasillos que no estaban dedicados por entero a la alimentación. Al momento regresó con el paquete de plástico que contenía el pequeño artilugio.

—¿Para qué narices compró esto? —le preguntó Herrera a la subinspectora, pero Laura respondió enarcando las cejas y encogiéndose de hombros.

—¿Podrían describir a ese hombre?

—Un poco más alto de la media, quizá llegaba al metro ochenta —respondió Miguel, el vigilante—. No es fácil porque caminaba algo encorvado, y creo que lo fingía.

—Tendrá unos treinta años, pelo castaño —añadió la cajera.

—¿Delgado?

—Sí, parecía delgado —asintió la chica—, aunque con el abrigo nunca se sabe. A veces parecen delgados y están cachas si no tienen grasa. Pero tenía la cara de un hombre delgado.

—¿Barba, bigote? —preguntó la subinspectora.

—No, no, estaba bien afeitado. De hecho, pensé esto: ¿para qué quiere este tío una máquina de afeitar con tanta prisa, si no le hace falta?

—¿Pagó en efectivo?

—Así es.

—¿Os fijasteis en el abrigo?

—Llevaba una bomber naranja —dijo el vigilante—. Ya saben, la llevaba vuelta del revés. Cantaba bastante.

—Tienen cámaras de seguridad, ¿verdad?

—Claro.

—Muy bien. Les pediremos una copia —dijo el inspector.

—Como quieran —asintió el vigilante—, se lo diré al encargado en cuanto venga a primera hora de la mañana.

—Muchas gracias. Dígale también que necesitaremos que ustedes dos acudan a declarar a Comisaría. Podría ayudarnos su testimonio. ¿De acuerdo?

—No se preocupe —respondió el vigilante, restándole importancia con un gesto lánguido de la mano.

—Claro, claro —accedió la cajera.

—Está claro que ya le da igual dejar pistas —le dijo Beltrán a su compañero mientras salían del establecimiento, dispuestos a avisar a Marcuello de la novedad y regresar a comisaría para empezar a trabajar en la búsqueda.

—¡Hostias, hablando de pruebas! —exclamó Herrera, deteniéndose en medio de la acera como quien se acababa de olvidar las llaves dentro de casa—. Ni siquiera he visto el último poema.

—No te preocupes. Javier me ha dejado apuntármelo en la libreta. Es el tercer poema que aparecía en la web, el que escuché recitar a mi hijo. Luego puedes ver el original, si quieres —dijo Laura, introduciendo la mano en un bolsillo interior de su chaqueta para extraer el clásico cuaderno de anillas en miniatura. Estaba cuajado de anotaciones con letra minúscula y clara, aunque no tardó en encontrar lo que buscaba porque tenía doblada una esquina—. Te lo leo: *Alzo la mano, y tú me la cercenas / abro los ojos: me los sajas vivos / sed tengo, y sal se vuelven tus arenas*. Es de Blas de Otero.

—¿Y todavía te gusta la poesía? —preguntó Herrera con un bufido, dirigiéndose de nuevo hacia el epicentro de las luces parpadeantes en el puente.

De camino, repararon en una caja de plástico que alguien había introducido por la fuerza en la abertura de una papelera. La extrajeron y comprobaron que alguien había sacado la maquinilla de afeitar y había abandonado dentro el libro de instrucciones y las piezas de repuesto. No les extrañó ver que pertenecía a la marca Gillete.

—Discúlpeme, sé que uno de mis compañeros se entrevistó con usted hace unos días, pero desearía poder preguntarle alguna cosa más.

La hermana de Andrés Buenatorre dejó pasar a la subinspectora. El recargado recibidor resultaba asfixiante. Estaba cubierto de bruñidas estanterías de aluminio cuyas baldas repletas de figuritas de cristal apenas dejaban superficie para que se asentase el polvo. La agente Beltrán reconoció alguna pieza de Swarovski.

—¿Quiere un café, o algo? —ofreció la señora.

—No se moleste, gracias.

—Tome asiento si quiere.

Kike ya le había dicho a la subinspectora que aquella sesentona parecía una mujer amable. Afectada por el lupus, la solterona Buenatorre tenía el rostro y el cuerpo marchito, aunque en su expresión persistía la dulzura de quien destina la mitad de sus ahorros a una obra de caridad. Tenía un diminuto Yorkshire al que encerró en el cuarto de invitados en cuanto empezó a ladrar, para que no molestase a la agente.

Beltrán pasó al salón y descubrió que no solo el vestíbulo estaba sobrecargado. Cuadros de bodegones, muchas más figuras de cristal y algunas de porcelana. Incluso sobre la caja del viejo televisor había un torero de bronce mostrándole una oreja a un público mudo, mientras en el brazo contrario sostenía la muleta.

—¿Le gustan los toros? —preguntó Buenatorre.

—La verdad es que no mucho —respondió Beltrán—. Los animales sí, pero no la fiesta.

—Lástima. ¿Sabe? El único novio que tuve era novillero. Pero luego llegó la enfermedad y dejé de salir con chicos.

—Lo siento —se disculpó la agente, que no sabía muy bien cómo responder a eso.

Las dos se sentaron en sillones enfrentados. María Buenatorre cruzó las manos hinchadas sobre la falda y se limitó a esperar. Laura extrajo su libreta y un bolígrafo.

—Bueno, señora Ballester.

—Señorita —le corrigió la mujer.

—Verá, he venido porque usted le comentó a mi compañero que se llevaba con su hermano Andrés como uña y carne. Ambos eran solteros, ¿no es cierto?

Buenatorre asintió despacio, como si rememorara viejas escenas.

—Andrés era un buen chico. Era mi hermano pequeño, ¿sabe? El menor de cuatro hermanos. Enrique murió de niño, lo atropelló un tren en el Portillo. Raúl se casó pronto y, bueno, hizo su vida. Tengo tres sobrinos. Apenas los veo, pero son maravillosos. Por eso me llevaba tan bien con Raúl, él tampoco tuvo pareja estable

nunca, así que nos veíamos a menudo y charlábamos de cualquier cosa. —La mujer se cubrió la mejilla con un pañuelo para absorber la lágrima que descendía.

—¿Y nunca le comentó que tuviera problemas serios con alguien?

—¿Qué clase de problemas serios? —Buenatorre frunció el ceño y retiró el pañuelo, intrigada, o quizá molesta por que aquella agente repitiera algunas de las preguntas que ya había tenido que responder los días anteriores.

—Discusiones, amenazas, esas cosas —apuntó la subinspectora.

—No, creo que no. Últimamente estaba muy tranquilo. Hasta el negocio le iba bien, con la que está cayendo.

—¿Hablaban bastante de su trabajo?

—Claro que sí. Incluso le ayudaba a veces con las facturas. Me dieron la invalidez tras la enfermedad, pero había estudiado secretaría. Sé escribir a máquina y se me dan bien los números.

—¿Qué me dice de sus amistades?

—No me parece que tuviera ningún amigo íntimo. Andrés era un hombre peculiar, no era demasiado sociable. Tenía muchos conocidos, sí, pero no era sociable.

—¿Alguna novia?

—No en los últimos años, que yo sepa. Frecuentaba los... ya sabe.

—¿Prostíbulos?

—Cualquier antro que mostrara chicas bonitas y desnudas. A veces eran prostíbulos, otras veces solo eran cabinas de esas.

—¿Le contaba eso su hermano?

—Ya le he dicho que no tenía amigos íntimos ni pareja. Las personas necesitamos contarle nuestras intimidades a alguien.

—¿Bebía alcohol? ¿Fumaba?

—¿Eso tiene que ver con que lo asesinasen? Ya me lo preguntó su compañero.

—No directamente, señora, señorita Buenatorre —corrigió la subinspectora mientras tomaba apuntes—. Pero puede interesarnos por otros motivos. Son detalles.

—Detalles —repitió débilmente la hermana del difunto.

—¿Frecuentaba algunos bares en su barrio?

—Supongo que sí. No me decía la frecuencia, pero sé que iba a bares.

—¿No me ha dicho que no era sociable?

—Mucha gente que acude a los bares no lo es. Se sientan en un taburete junto a la barra y se limitan a ver contonearse el culo de la camarera. Apenas hablan con nadie, mi hermano era de esos. Pero no era alcohólico, no bebía mucho, aunque sí que fumaba bastante.

—¿Cómo sabe que no tenía problemas con la bebida?

—Eso lo sabe una. Cuando venía a visitarme, le daba lo mismo que le sirviera cerveza o un refresco.

—Entiendo.

Laura extrajo de su cartera la única fotografía que había conseguido de Emilio Gascueda, perteneciente a su Documento Nacional de Identidad, expedido hacía seis años.

—¿Sabe si su hermano conocía a esta persona? —preguntó, dejando la foto sobre una esquina de la mesilla que separaba a ambas mujeres.

La señorita Buenatorre meditó unos instantes. Reparó en la cara angulosa, el mentón afilado, el pelo castaño oscuro, los ojos verdes.

—¿Le dice algo esta foto? —insistió Laura, advirtiendo en la mirada de la mujer un brillo distinto. Esa clase de lenguaje no verbal que anunciaba el doble fondo de un armario.

—No lo sé —dudó la mujer, rascándose una ceja.

—¿No lo sabe?

—Creo que sí. —Se tapó los labios, empezaron a temblarle—. Pero, madre mía, hace tanto tiempo.

—¿Le conoce?

—Hará ya una década que lo conocí.

—¿Y su hermano?

—Verá, ya le he dicho que mi hermano era un poco peculiar. —Buenatorre miró a la agente a los ojos, pero luego desvió la vista hacia el torero que sonreía a la muchedumbre—. No conozco los detalles, pero sé que le gustaban mucho ciertas prácticas sexuales.

—¿Podría explicarse?

—Una vez me confesó que tenía fantasías bastante extrañas. Cosas como que le gustaba masturbarse delante de un hombre o que si lo hacía con una bolsa cubriéndose la cabeza las eyaculaciones eran más largas.

—¿Eso le dijo su hermano? —Laura no podía imaginarse a dos personas que podrían ser sus padres conversando sobre temas que a ella le resultaban tan incómodos.

—Fue la explicación más fuerte que me dio, se me quedó grabada. Le pedí que no volviera a darme ese tipo de detalles.

—Es comprensible. ¿Pero qué tiene que ver eso con el joven de la fotografía?

—Verá, mi hermano me confesó aquello a raíz de tener un lío con uno de sus empleados. Ese chico.

—¿La persona de la fotografía trabajó para su hermano?

—Así es.

—Pero no constaba en los archivos de nóminas.

—Trabajaba en negro. Se lo digo yo. Ya le he dicho que yo le ayudaba con las cuentas. Ese chico acababa de cumplir la mayoría de edad, era una especie de aprendiz. Mi hermano debió de conocerle en un local de alterne. Una vez los oí discutir enérgicamente en la oficina, en su despacho. Me dieron miedo. Pegué la oreja a la puerta. Hablaban de cuernos. Figúrese. Hace diez años de esto. Mi hermano,

liado con un chico veinte años más joven. Y yo no sabía nada. Pensé que lo había contratado como a cualquier chaval que buscaba su primer empleo fácil. Lo llevaban en secreto, pero ese día los descubrí porque decidí espiarlos. No suelo hacer eso, pero aquella mañana ambos tiraron archivadores y material de oficina al suelo. Sentí miedo por mi hermano. Hablaban de terceras personas y de celos. Andrés lo despidió y ese chico se largó diciéndose que lo lamentaría. Una semana después regresó para hacerle chantaje a mi hermano. Decía que tenía fotos y que pensaba airearlas si no le pagaba un año completo de empleo. Mi hermano lo sacó a puntapiés y nunca más supimos de él.

Laura se quedó estupefacta, aunque trató de disimular ante la mujer. Desde que obtuvo la fotografía de Gascueda había decidido junto a Herrera volver a interrogar a todos los conocidos de los fallecidos, para encontrar posibles motivos y relaciones. Tuvo una corazonada y había decidido acudir a ver en primer lugar a la hermana de la primera víctima, pero no esperaba aquella explicación. Emilio Gascueda, el hombre del que Clara Ballester temía que abusara de su hijo, había tenido relaciones sexuales en el pasado con la primera víctima. ¿Y si también había sido cliente de Dolores Sanz?

—¿Cree que pudo haber sido él quien asesino a mi hermano? —preguntó María Buenatorre, entrelazando las manos.

—No lo sé. Después de tantos años me cuesta creerlo —mintió la agente—. Pero es muy importante lo que acaba de decirme. Será mejor que no mencione esta conversación con nadie.

—No se preocupe, no diré ni una palabra.

—Se lo agradezco mucho.

María Buenatorre la acompañó hasta la puerta.

—Vuelva cuando quiera —la invitó.

—Adivina quién se acostaba con Andrés Buenatorre —dijo la subinspectora Beltrán, sentándose a horcajadas en una silla del despacho de Santiago Herrera.

El inspector frunció el ceño, sin entender.

—Gascueda lo chantajeó después de que aquel rompiera la relación. Tenían gustos sexuales bastante raros, lo que explica el estado en que nos encontramos a Buenatorre.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Tan en serio como me lo ha contado su hermana. Me he entrevistado con ella a primera hora.

—¡Qué puntería!

—¿No decías que era gafe? —sonrió Beltrán.

Mientras terminaba de trasladarle a su superior todo lo que había anotado tras la conversación con la señorita Buenatorre, entró Kike en el despacho con un folio en la mano.

—Jefe, ha llegado este fax.

Herrera lo ojeó. El remitente era el servicio de personal de la Policía Local. Les había llamado él personalmente hacía media hora, pidiéndoles los datos del padrón del sospechoso. Había tenido que enviar una petición firmada y con el membrete oficial del Ministerio del Interior y el Cuerpo Nacional de Policía. Siempre le sulfuraba la burocracia que plagaba de escollos cualquier paso, por pequeño que fuera.

—Vive en Las Fuentes —anunció, lacónico—. Tenemos la calle.

—¿Podemos ir a por él? —preguntó el agente.

—No creo que esté allí, no es tan estúpido. Pero hay que pedir una orden de entrada y registro al juzgado, seguro que encontramos algunas pruebas más que lo incriminen. Habrá que intervenir los equipos informáticos y cuanto encontremos. Avisa a los demás. En cuanto recibamos el auto del juzgado de instrucción iremos para allá.

Kike salió del despacho diligentemente.

—Parece que ha espabilado —observó Laura.

—Decidí tener una charla con él, con buenas palabras —aclaró Herrera—. Parece que me ha hecho caso.

—Te lo agradezco.

—Por cierto, ya está difundida la ficha con la fotografía de carné de Gascueda en nuestro listado de puntos calientes —dijo el inspector—. Ya sabes, estaciones de tren y autobuses, albergues municipales, comedores sociales, etc. Seguramente ha pasado

las últimas horas de la noche en uno de esos lugares, no creo que haya regresado a su domicilio. La policía municipal ya tiene conocimiento. Los empleados de seguridad privada de las estaciones permanecerán atentos si alguien con esas características pretende coger un transporte. Le pediré al comisario que se destinen varias patrullas para que recorran todos los puntos, tanto de paisano como de uniforme.

—¿Crees que tardará mucho la autorización del juzgado?

—No mucho, quizá unas horas —dijo el inspector, colocándose junto al teclado del ordenador—. Terminé enseguida de redactar la petición, la tenía preparada en espera de la dirección.

—Tengo que añadirte una cosa —indicó Beltrán—. Antes de venir aquí he subido a las oficinas de Científica. Me picaba la curiosidad. Javier me ha dejado consultar el poemario mientras me mostraba la coincidencia de las huellas.

—¿Y?

—Gascueda hacía anotaciones sobre las páginas. Acotaba sus versos preferidos y en la última página en blanco anotaba un índice propio con las páginas escogidas. Los tres fragmentos de poemas hallados en los cadáveres coinciden con las acotaciones de ese libro. El orden de los asesinatos y su índice es el mismo. Podría decirte hasta qué versos de Silvia Plath piensa relacionar con su próxima víctima. Escucha:

*En la ventana, los nonatos, los no hechos
Se congregan con la leve palidez de las polillas.
Con una envidiosa fosforescencia en sus alas.*

—Venga ya, Laura —rió abiertamente Herrera, levantando el mentón como un pelícano—. No puedo creerlo. ¿Te lo has aprendido de memoria?

—Solo esa parte —respondió Beltrán sin darle importancia—. Creo que el cabrón pretende asesinar a una embarazada.

—O eso o montar una fiesta con varios fetos del Instituto de Medicina Legal —bromeó el inspector.

—No tiene gracia —masculló la subinspectora.

—Perdona. Pues yo creo que va a modificar su patrón de conducta y va a pasar olímpicamente del orden del poemario —dijo Herrera con plena seguridad.

—¿Por qué dices eso?

El inspector abrió el primer cajón de su escritorio. Extrajo un sobre y lo sacudió en el aire.

—El cabrón ha tenido tiempo hasta de escribirnos una carta de su puño y letra, pero se ha debido de confundir, porque se la ha mandado al Herald, al mismísimo director. Este ha llamado al comisario hace un rato, en cuanto le han entregado el envío. Imagínate cómo se ha puesto Aguerri. Le ha pedido discreción al director.

—¿Puedo leerla?

—Claro. Los compañeros ya han recogido muestras de todo tipo.

Herrera le tendió el sobre y Laura desdobló la tarjeta que contenía. No le sorprendió encontrar una grafía confusa y desordenada. Los marcados extremos de algunas letras parecían trazados con fuerza:

«Con el de esta noche ya son tres. Ahora tienen mis huellas y mi identificación. No tardaré en caer, lo sé. He sido muy torpe. Pero no entraré en la cárcel sin vengarme de quien ha arrojado luz sobre las sombras.

*Veo en las blancas llanuras
una reunión de espíritus.
Incontables, deformes,
en el turbio resplandor de la luna,
diferentes demonios giran
como las hojas en noviembre...»*

—Es otro poema del libro, estoy completamente segura de que pertenece a Aleksandr Pushkin —reconoció la agente—. Es otro de los fragmentos que tenía subrayados. Aunque es verdad que ya no sigue el orden.

—Probablemente no tenga medios ni tiempo para escapar del país. Ni siquiera puede emplear su propio coche. Se siente acorralado —consideró Herrera—. Pero puede causar una masacre si se lo propone, incluso sin usar armas de fuego. Creo que tiene prisa, de algún modo le ciega la ira. Está furioso porque hemos dado con él antes de lo que tenía calculado. Eso explicaría la chapuza de esta noche.

—Es fácil matar a un hombre a puñaladas, pero a una multitud es distinto —opinó Beltrán—. Tarde o temprano aparece alguien que sabe defenderse, o quien utiliza cualquier objeto para contraatacar. Una silla, una barra metálica...

—Supongamos que carece de armas de fuego y de materiales explosivos —dijo Herrera, mostrando las palmas de las manos—. De lo contrario creo que ya las habría utilizado. Si quisieras causar una masacre con un arma blanca, ¿dónde acudirías? ¿Qué víctimas escogerías?

—No lo sé.

Herrera rechazó sus propias conjeturas.

—No, no creo que se atreva a aparecer ante una multitud. Creo que seguirá asesinando como hasta ahora, de uno en uno. Tenemos que adivinar de quién quiere vengarse.

—¿De la directora de la biblioteca? —tanteó Beltrán—. Ella fue la que ordenó que bajasen los empleados donde estábamos esperando. Supongo que Gascueda pensará que fue ella la que de algún modo nos condujo hacia él.

—Esos motivos no justifican una venganza. No creo que él piense que la directora nos haya revelado algo importante sobre él, ¿no? A fin de cuentas, ninguno de sus compañeros lo conocía bien. Y ella todavía menos.

—¿Y Adina?

—¿Quién?

—La venezolana, Santi. La otra empleada de limpieza con la que compartía turno a veces. Ella le conocía algo más. Sabía lo de sus lecturas.

Herrera frunció los labios mostrando poca convicción.

Beltrán volvió a fijarse en el poema incluido en la tarjeta. Siempre guardaban alguna relación con la víctima, no tenía por qué ser diferente en esta ocasión, aunque el asesino la hubiera entregado *ante mortem*.

—No termino de encontrar la pista.

—¿Quién más sabe lo que hacía Gascueda? —preguntó el inspector—. Desde luego, salvo que hayan mentido en sus declaraciones, sus compañeros de trabajo no sabían nada. Desconocemos su círculo de posibles amistades, aunque no parecía muy amplio.

Laura leyó por tercera vez los versos. Reparó en tres de ellos.

*Una reunión de espíritus.
Incontables, deformes,
Diferentes demonios giran*

De pronto pensó en niños jugando a policías y ladrones. Fintas, giros y requiebros. Niñas saltando a la comba. Una multitud incontable.

—El crío, el dichoso crío.

—¿Quién?

—Aquel chico al que conoce mi hijo. ¿Cómo se llamaba?

—¿El mocoso insolente al que entrevistamos? —recordó Herrera—. Ismael, creo.

—El chico es la clave, otra vez —dijo Laura, casi para sí misma. La coincidencia le pareció estremecedora.

Herrera lo meditó un instante.

—Tiene sentido —resolvió—. Gascueda es quien le ha transmitido los poemas al crío, ¿por qué no los crímenes?

—Quizá ni siquiera se los desveló. Puede que simplemente intuya que el chico nos habló de él, que nos dio una pista.

—En cierto sentido fue así.

—Quiere vengarse del niño.

—Tenemos que llamar a la madre —indicó Herrera—. Les pondremos una escolta las veinticuatro horas. Lo más recomendable será hacer lo mismo con la directora de la biblioteca y la limpiadora, por si acaso.

—¿Y si decide ir al colegio? —conjeturó Laura—. Eso explicaría los versos del poema. Incontables demonios.

—¿A qué hora abren?

Laura consultó su reloj y el corazón de dio un vuelco. La imagen de su hijo, arrodillado junto a aquel pequeño proyecto de psicópata que disfrutaba descabezando

insectos, le quemó en las retinas.

—En veinte minutos comienza el recreo —dijo, reprimiendo un suspiro.

—Joder, joder, joder —repitió Herrera.

Ismael le dijo al profesor de Educación Física que necesitaba ir al cuarto de baño. El joven maestro, encargado de vigilar el patio, no distinguió las tijeras de hoja puntiaguda ocultas bajo la ropa de abrigo.

El chico avanzó por el pasillo y se metió en los servicios masculinos. Se encerró en uno de los reservados y corrió el pestillo. Por algún motivo desconocido se sentía nervioso. Orinó y el chorro salpicó fuera de la taza. Tras subirse la bragueta siguió sintiéndose inquieto. Un irrefrenable deseo le vino a la mente. La necesidad de un dolor lacerante. Había descubierto que provocarse pequeñas incisiones o quemaduras en la piel lo calmaba a menudo, aunque su madre se ponía histérica cada vez que llegaba a casa con las manos vendadas.

Extrajo las tijeras del interior del forro polar y examinó la palma de la mano libre. Seguía nervioso, aunque eso no se reflejaba en ningún temblor o vibración física en sus extremidades. Lo sentía. Una inquietud que ascendía levemente desde los tobillos, se hacía un ovillo en su estómago y finalmente se ocultaba en lo más recóndito de su cerebro, hasta hacerse insoportable.

Apoyó el filo contra su piel. Pensaba que era una posición parecida a la de las agujas hipodérmicas que utilizaban las enfermeras, antes de introducirlas en la vena. Recordó eso con placer. Le gustaban las agujas. Poco a poco hizo presión contra la blanda carne, hasta que el metal empezó a adentrarse igual que un pedazo de cristal en el lomo de un animal muerto.

Apenas había emergido una lágrima roja cuando escuchó el quejido de la puerta. El aire se condensó y se oyó el sonido de unos pasos vacilantes dentro de los servicios. El chico escuchó con atención el lento avance. Fuera quien fuera, buscaba algo. Le buscaba a él. Unas deportivas sucias, tan grandes como las que calzaba su padre, se detuvieron delante del reservado. La voz profunda, que Ismael supo reconocer, le susurró masticando las palabras que debía acompañarle. Era la misma voz de quien se dirigía a él en los pasillos de la biblioteca, quien le había ayudado a identificarse entre el rebaño y le había transmitido el lenguaje del miedo. Ahora, el chico percibió que el tono era distinto y una sensación de peligro le quemó la garganta, igual que cuando su padre regresaba a casa encolerizado. La pintura de las paredes de aglomerado empezó a ampollarse, cubriéndose con el barniz pegajoso de las pesadillas. Quedaba una lección por aprender: solo el depredador más implacable conseguía salir adelante.

El inspector recalcó a los agentes que se quedaron en la oficina que le llamasen en cuanto llegara la autorización del juzgado. Salieron de comisaría montados en dos vehículos de la Brigada, dos Peugeot negros como escarabajos, matriculados el año anterior. Tenían una buena cilindrada y no dudaron en usar los prioritarios para abrirse paso por las avenidas, sorteando obstáculos. En cabeza circulaban la subinspectora Beltrán y Santiago Herrera. Les seguían Rafael y Kike, quien había pedido conducir, entusiasmado por haber sido escogido. Cruzaron la ciudad más rápido que el hipotético metro cuyo proyecto se negó a aprobar el consistorio.

Los frenos chirriaron cuando se detuvieron cerca del centro escolar. Apagaron las luces parpadeantes y salieron de los vehículos acelerando el paso. Doblaron la esquina de una gran urbanización de ladrillos caravista de color gris y ante ellos se extendió la valla que delimitaba el patio exterior del colegio. Beltrán observó con preocupación que la jauría de niños salía en ese momento del aula hacia el patio. Buscó entre la multitud a su hijo, pero no lo encontró. Tampoco al niño que intentaban salvar.

—Deprisa —exigió.

Herrera ordenó a los dos policías rasos que rodeasen el perímetro del centro por si veían a Gascueda en los alrededores. Beltrán y Herrera se internaron en el *hall* acristalado del acceso principal. La subinspectora conocía la disposición de aquel edificio de dos plantas. Lo había visitado en un par de ocasiones para hablar con la tutora de Iván, con objeto de escuchar los problemas que entrañaba el que su hijo hubiera cambiado de colegio a mitad de curso. Se acercó a la salita de información, que quedaba a mano derecha, después de unos enormes tablones de corcho donde se habían colocado las obras ganadoras de un concurso de dibujo y varios listados sobre clases extraordinarias. Exhaló un suspiro de alivio al advertir que una mujer consultaba plácidamente sentada un periódico, mientras otra fotocopiaba sin prisa unos documentos, de espaldas al *hall*. Beltrán mostró el estuche con la placa y lanzó la primera pregunta antes de que las dos mujeres pudieran parpadear.

—¿Saben si ha entrado este hombre en el colegio? —dijo, exhibiendo en la otra mano la fotografía de Emilio Gascueda.

Las dos mujeres la miraron con extrañeza.

—Creo, creo que no —titubeó la que levantó la vista del diario.

—No ha pasado por aquí —dijo la compañera—. ¿Qué es lo que sucede?

Herrera la observó de arriba abajo. Vestía pantalones vaqueros y el pelo corto le confería un aspecto masculino.

—¿Cuánto tiempo lleva usted haciendo fotocopias? —preguntó.

La mujer frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir? —preguntó mientras enfundaba las manos en los bolsillos del pantalón.

El inspector emitió un bufido.

—Por favor, no estaban atentas a la entrada. ¿Podrían jurarme que este hombre no ha cruzado esas puertas?

Las mujeres volvieron a centrar su atención en la fotografía.

—¿Algún otro hombre ha entrado hace pocos minutos? —insistió Beltrán.

—Un momento —comentó la que permanecía sentada, arrugando el periódico—. Sí, ahora que lo dice. Yo me he cruzado con un hombre parecido hace unos minutos. Pero no tenía pelo.

—¿Cómo dice?

—Que no tenía pelo.

—¿Era calvo?

—No. Era un hombre joven. Tenía el pelo afeitado al cero, ya sabe. —La mujer hizo un gesto como si se pasase una plancha sobre el cráneo.

Los dos agentes recordaron al unísono y sus miradas se cruzaron: la maquinilla de afeitar.

—¿Dónde le ha visto?

—Ahí delante —contestó la mujer, incorporándose—. Yo venía de dejar varias cartas en Secretaría y me lo he cruzado. Me ha preguntado dónde estaba Alejandro, el maestro de Educación Física. Me ha dicho que era amigo suyo. ¿Sucede algo con ese hombre? ¿Es peligroso?

—¿Y hacia dónde ha ido?

—Le he dicho que Alejandro estaba a punto de salir al recreo con los chavales. Él ha ido hacia allí —señaló con el índice—. Es doblando la esquina a la derecha.

—Gracias —respondieron ambos agentes mientras emprendían el camino por el pasillo que les habían señalado.

El inspector avisó por radio a los agentes que inspeccionaban los exteriores. Les ordenó que vigilaran atentamente el patio. El sospechoso podía estar allí o irrumpir en cualquier momento. Si se daba el caso, tendrían que saltar la valla.

—Sin problema, jefe. Estamos en forma —respondió Kike.

Algunos de los azulejos del centro escolar necesitaban una reparación urgente. Incluso en eso se notaban los recortes presupuestarios. Herrera sintió la arista de una cerámica desconchada al apoyar la mano mientras doblaban la esquina. A varios metros de ellos montaba guardia un hombre joven. Vestía ropa de chándal y lucía unas largas rastas. Permanecía apoyado sobre la barra transversal de una puerta batiente abierta que daba al exterior.

—¿Usted es Alejandro? —preguntó Beltrán acercándose.

El hombre asintió expulsando una bocanada. La mitad de su cuerpo permanecía bajo el dintel, mientras la otra mitad quedaba expuesto a la fría intemperie, incluida

la mano que sostenía el cigarrillo mentolado de plástico. «Hasta los profesores de Educación Física combaten sus adicciones», pensó Herrera.

—¿Acaba de recibir la visita de un amigo?

La expresión de desconcierto provocó la aceleración de las pulsaciones de los agentes.

—¿Qué sucede?

—¿Esta puerta da al patio? —preguntó el inspector, exhibiendo la placa. Era una pregunta obvia, se podía escuchar el jolgorio de los niños afuera.

El semblante del hombre se descompuso al comprender que sucedía algo importante.

—Así es. Yo estoy de guardia.

—¿Hay algún otro acceso?

—Solo desde la puerta del polideportivo, pero está cerrada y la llave la tengo aquí —dijo mostrando la llave que guardaba en un bolsillo.

Herrera asintió.

—Está bien, si algún desconocido pretende salir al patio, llame al 091 inmediatamente. O mejor —recordó—, intente avisar a los dos agentes que están afuera, vigilando.

El hombre dio un par de pasos hacia el exterior para salvar el ángulo muerto que ofrecía un grueso pilar. Junto a la alta valla pintada de verde, vio a dos hombres jóvenes con las manos embutidas en los abrigos.

—¿Son aquellos?

—Sí —asintió Herrera al comprobarlo.

—¿Pueden decirme qué sucede?

—No se alarme. Buscamos a este hombre. —Laura exhibió la fotografía—. Puede que tenga el pelo afeitado. Quizá se haya ocultado en este colegio.

—Joder. ¿Es peligroso?

—Así es —afirmó el inspector—. Recuerde, avise a los compañeros si ve algo extraño.

La pareja de agentes volvió por donde había venido hasta llegar a un cruce. Frente a ellos, unas anchas escaleras subían al piso superior. Al pie de las mismas quedaban las puertas de los servicios, con la plancha de metal que indicaba el género. En realidad, la de los chicos había sido arrancada y solo quedaba la silueta de lo que una vez fue un relieve plateado. A su izquierda se encontraba el *hall* de entrada, así que siguieron por el pasillo que se extendía a la derecha.

Se asomaron a una puerta de la que brotaban el agudo entrecuchar del vidrio y los cubiertos, la presión de una cafetera y las conversaciones de dos docenas de maestros. En la cafetería solo la empleada se mostraba frenética al no dar abasto, así que pasaron de largo. La siguiente puerta pertenecía al cuarto de limpieza y comprobaron que estaba correctamente cerrada con llave.

Herrera aún insistía en girar el pomo cuando de pronto un estruendo cercano

electrizó sus músculos. No había sido un disparo ni nada similar. Era como si un toro hubiera partido una empalizada de madera. Inmediatamente la puerta de los servicios masculinos se abrió con una sacudida y un chico salió corriendo por la abertura, en dirección a las escaleras. Los dos agentes lo reconocieron. Era el chalado al que habían interrogado días atrás. Pero lo siguiente los sorprendió por completo. Tras el chico, un hombre con la cabeza afeitada y el rostro ensangrentado apareció en el vano de la puerta, aullando. Sostenía un cuchillo de grandes proporciones, pero lo terrible fue descubrir un brillo de metal incrustado en su ojo derecho. La sangre manaba abundantemente empapándole el pecho de la sudadera y salpicando el suelo con monedas oscuras. Los policías lo identificaron de inmediato. Era Emilio Gascueda.

—Hijo de puta —gritó el hombre.

El bramido resonó por los pasillos y en consecuencia las voces en la cafetería parecieron enmudecer. El hombre reparó en los dos agentes que lo observaban desde el cuarto de limpieza. Beltrán y Herrera se llevaron las manos a la funda del arma y Gascueda reaccionó echando a correr detrás del chico, escaleras arriba. Antes de que los policías llegaran al pie de las mismas, Gascueda tuvo tiempo de incorporarse, tras haber resbalado con su propio rastro de sangre, y subir hasta perderse más allá del descansillo.

Ninguno de los agentes decidió disparar. Eran muy conscientes de lo que les podría ocurrir si conseguían un impacto sobre un sujeto que escapaba, por mucho que aquel chico estuviera en peligro. También estaban los rebotes. Un desvío desafortunado podía herir a un inocente y hacerle perder el empleo a un policía.

Subieron los escalones de dos en dos, a la vez que escuchaban un portazo. Al llegar al piso superior no advirtieron ningún otro ruido que les llamara la atención. Pero encontrar a Gascueda resultaba tan fácil como seguir el rastro de un ciervo herido en un monte nevado. El reguero de sangre avanzaba de manera que se apreciaban largas zancadas hasta la tercera puerta a la derecha. La manivela cromada mostraba un refregón de sangre.

El inspector llamó a los otros dos agentes para advertirles de que Gascueda estaba en el edificio. Les ordenó que vigilasen las posibles salidas y que le avisaran si lo veían asomar por una ventana. Les pidió también que solicitaran refuerzos y una ambulancia.

Laura se colocó a un lado de la puerta del aula mientras Herrera propinaba una patada a la altura de la manivela. No quería arriesgarse a abrirla con la mano y ganarse una cuchillada. La puerta se abrió y lo primero que vieron fue una hilera de mesas escolares con sus respectivos asientos. Una tarima, la mesa y la pizarra digital del profesor. Entraron con cuidado de no mostrar un flanco fácil.

Frente a ellos, al fondo de la clase, vieron a Gascueda.

Herrera soltó una maldición mientras bajaba el arma. Beltrán acompañó el gesto.

Emilio Gascueda aferraba a Ismael con el antebrazo. Apretaba tanto su garganta que apenas le dejaba respirar. Sostenía en la otra mano el cuchillo, en sentido

transversal al cuello del chico.

—Si dais un paso más rajo a este pequeño hijo de perra.

Los dos agentes observaron que lo que Gascueda tenía clavado en el ojo era una tijera. El herido sudaba como si estuviera bajo el inclemente sol del desierto.

—Pensabas hacerlo de todas formas, Emilio —dijo el inspector, enfundando la pistola y avanzando dos pasos hacia el criminal y el niño. Beltrán también avanzó, pero seguía sosteniendo el arma de fuego con ambas manos.

—¡Quietos!

Gascueda bramó de dolor. Su brazo hizo aún más presión sobre el cuello del rehén.

—Suelta al chico, Emilio, y todavía tendrás la oportunidad de que te examine un médico.

—Duele como si me taladraran el puto cerebro —rugió Gascueda.

—Suelta al chico.

—Ni hablar. Tenéis que darme la oportunidad de escapar. —Gascueda miró por la ventana, hacia el patio. Pensó en huir del mismo modo que lo hizo de la biblioteca, pero junto a la fachada no había farolas ni árboles a los que aferrarse. Tampoco tenía tiempo de asomarse para descubrir si había alguna canalización que resistiera su peso.

—Tenéis que dejarme escapar, cabrones.

—Deja al chico.

—Ni hablar, no le dejaré salvo que me dejéis vía libre. Dejadme escapar con él y os prometo que lo liberaré.

—¿Cuánto vale tu palabra, Emilio? —preguntó Herrera.

Laura se extrañó de aquella frase. Era como si su compañero estuviese echando un pulso con el criminal, un pulso que podía terminar fatal. Era mejor mantenerlo tranquilo en espera de refuerzos, quizá la llegada de un negociador. Desafiarlo no conllevaba nada bueno.

—¡O me dejáis paso libre o le rajo el cuello! —La voz de Gascueda se quebró, superada por el nerviosismo.

—¿Por qué quieres matar al chico, Emilio?

—Tenía que vengarme. Él me ha delatado.

—No lo ha hecho. Has sido tú mismo. Sabemos de tu relación con Buenatorre. Una vez supimos eso, comenzamos a seguirte el rastro.

—¡Mentira! De eso hace demasiado tiempo. Ese hijo de puta... —masculló el criminal.

—Por qué los mataste, Emilio, ¿por qué?

—No sé explicarlo, ¿vale? Hay una voz.

—¿Una voz?

—Una voz me habla, a veces. Me dice que mate. Llevaba años reprimiéndome. Pero encontré un libro y la voz insistió en que era mi oportunidad, me lo susurraba permanentemente, parecía una jodida grabación insertada en mi cabeza. Se me

ocurrió una manera divertida de empezar a matar. La voz me repetía que resultaría fácil, que la policía no tenía por qué encontrarme si hacía las cosas bien. No tenía antecedentes. Un amigo me dijo que sin antecedentes la policía no puede relacionar las huellas con tu identidad.

Herrera dio otro paso adelante. Estaba a apenas seis metros del criminal.

—¡Estate quieto, maldita sea! —rugió Gascueda.

—¿Qué es esa voz?

—Vosotros no lo entendéis, estúpidos. Si os lo explico, diréis que estoy loco.

—¿Por qué escogiste a Buenatorre? —insistió Herrera.

—Ese tío me la jugó una vez, ¿vale? Hace muchos años, le pedí dinero y me echó a patadas. Pensaba que era un amigo, pero fue un miserable. Fue el primero en quien pensé cuando leí el libro. El primero de los poemas se ajustaba a lo que podría hacer con él. Sería un juego macabro. Solo tuve que ganarme su confianza de nuevo, era un maldito pervertido.

Gascueda guardó silencio.

—Tenía que haberle fotografiado y haber subido las fotos a la web —meditó en voz alta dejando escapar una risita enajenada.

—A ti también te gustaba jugar con cadenas, ¿no es cierto?

—No —replicó Gascueda con rotundidad—. A mí no. Fue Andrés quien insistía. Yo sabía que algunos fines de semana, cuando se quedaba de guardia por las noches, se encerraba para gozar en solitario. Le gustaban esas cosas. Era un maldito degenerado. Así que le di su merecido. Cuando la voz me ordenó que matara, lo elegí a él en primer lugar. Simplemente fue en quien pensé para representar el primer poema. La puta vino después, pero no la conocía.

—¿Y por qué le arrancaste un dedo a Buenatorre?

—Me pareció divertido echárselo de comer a los cerdos. Lo llaman justicia poética.

—¿Y todo esto por leer un libro de poemas? ¿Querrás explicarle eso al juez?

—No es culpa mía. Es *Él* quien me domina y me pide sacrificios. Pregúntenle al chico. Él también lo ve.

—¿A quién?

—La gente cree que es la invención de un loco, pero no es así. Ese ser sobrenatural es tan real como nosotros, maldita sea. Pero vosotros no podéis verle, porque solo sois ovejas. Vuestros balidos os impiden escuchar su voz.

Ismael permanecía inmóvil, apresado por el abrazo del adulto. Sin embargo, ya no tenía miedo, solo una inquietud que le acariciaba el vientre. Cuando su captor empezó a aludir al gran demonio, el chico descubrió que aquel no era el verdadero elegido, solo otro cobarde depredador del que Cthulhu se había aprovechado para sembrar el caos. Un peón de un enorme tablero de ajedrez con infinidad de piezas que extraer de la caja. Si aquel hombre hubiera tenido un papel más relevante en el futuro que se avecinaba, habría podido ver los negros nervios que se ramificaban por las paredes

convertidas en membranas de un gigantesco estómago. Calcinadas enredaderas nacieron de los intersticios de las baldosas y se multiplicaron cubriendo el suelo y los muros como una marea alta, cegando las ventanas. Por el tamiz apenas se colaron unos tímidos rayos de sol. La sala se llenó de sombras a ojos del chico, aunque los adultos no pudieron distinguirlo. Tampoco apreciaron el grotesco agujero formado en una esquina del aula, la gruta por la que accedía el enjambre que precedía al fin del mundo. Miles de insectos avanzaron ruidosamente por el manto de hojarasca y el incesante crujido punzó los oídos del menor.

... Que no está muerto lo que yace eternamente, y con los eones extraños incluso la muerte puede morir.

Ismael recordó la frase del Necronomicón que Emilio le había repetido incesantemente. Pero Gascueda, por mucho que la hubiera memorizado, no tenía la verdadera capacidad de entenderla, de apreciarla en toda su magnitud ahora que se manifestaba. Inconscientemente, Ismael empezó a murmurarla.

Gascueda reconoció las palabras.

—Cállate —le ordenó dando un tirón para que el antebrazo se hundiera en el cuello—. No eres más que un traidor.

—¡Deja al chico, Emilio! —ordenó el inspector.

Pero Ismael no estaba dispuesto a esperar. No ahora que sabía que el enjambre pretendía devorar al hombre que lo sujetaba. Si se quedaba inmóvil los insectos envolverían a ambos como un sudario. Encogió los hombros al tiempo que giraba su cabeza y doblaba las rodillas para escabullirse por debajo. Como Gascueda captó sus intenciones, intentó rehacer el abrazo, pero Ismael hincó los dientes con la furia de un tigre. El hombre aulló y aflojó la presa lo suficiente para que el chico se escabullera bajo sus pies.

—¡Suelta el cuchillo, Emilio! —gritó Beltrán levantando el arma, en cuanto la figura del chico dejó de servirle a Gascueda como escudo.

Pero el criminal no tenía oídos para ella. Se giró sobre sí mismo y avanzó hacia Ismael, que acababa de tropezar con el respaldo de una silla, lo que le hizo rodar por el suelo junto a la misma. Gascueda levantó el brazo y trazó un arco descendente con el cuchillo, pero un estruendo cubrió el aula. Los tímpanos de todos los presentes vibraron como los cristales de las paredes. Gascueda se giró hacia la agente, con una herida en el costado que lo había atravesado de lado a lado. Pero no cayó. La observó con el único ojo sano y se mostró de frente ante ella, desafiante. Laura Beltrán, sin embargo, abrió y cerró la mandíbula para hacer desaparecer el zumbido que obturaba su oído derecho. Era la primera vez que disparaba un arma en un recinto cerrado y sin protectores acústicos.

Ismael, magullado, vio desde el suelo que el enjambre empezaba a cubrir los tobillos de Gascueda, aunque este no lo percibía aún. Cientos de mordiscos devoraban los pies y ascendían por las pantorrillas. Herrera acudió al lado del chico rodeando unas mesas y empezó a arrastarlo para dejarlo fuera del alcance del

criminal.

Emilio Gascueda levantó la mano libre e introdujo con suma tranquilidad un dedo por el ojo metálico de la tijera. Poco a poco extrajo la hoja, hasta que solo quedó la pulpa sanguinolenta del globo ocular. Beltrán reprimió el vómito del desayuno e inspiró hondo antes de lanzarle la última advertencia. Herrera había desenfundado y amartillado el arma desde el otro lado. La posición de los dos agentes formaba un ángulo recto frente al asesino.

—Suelta el cuchillo —ordenaron.

Beltrán reconoció un brillo en el único ojo sano que la observaba. Y sintió miedo. Sus manos empezaron temblar y el cañón del arma osciló. Recordó fugazmente lo que le habían enseñado en la Academia. En las situaciones de estrés extremo, incluso los disparos más cercanos podían fallar. Por eso la mayoría de los enfrentamientos con armas de fuego se producían a menos de siete metros de distancia. Y aún así la mayoría de los disparos erraban. Las altas pulsaciones hacían que el entrenamiento dejase lugar al instinto, y el instinto segregaba adrenalina, dilataba las pupilas, otorgaba fuerza, pero no sabía de habilidades motoras complejas ni de raciocinio.

Apenas tuvo unas décimas de segundo para tomar la decisión correcta. Apuntó a las piernas y disparó hasta tres veces antes de que Gascueda se abalanzara sobre ella. Laura no distinguió nada más, solo un reducido túnel por el que se adentró su agresor, trazando círculos con el cuchillo. Sintió una punzada hundiéndose en su brazo y trastabilló mientras seguía disparando, perdiéndose las balas en alguna parte debido al retroceso del arma tras cada detonación. Cayó al suelo y se golpeó la nuca. El arma se le escabulló de entre las manos y rodó hasta detenerse tras chocar con la pata de una silla. Sintió una explosión de dolor mientras el mundo se nublaba ante ella. La subinspectora levantó la vista. El borroso cuerpo de Gascueda cubría toda su perspectiva, pero al instante lo vio desmoronarse como un títere sin hilos. Por una extraña razón no escuchó la ráfaga que agujereó el cuerpo del hombre.

Santiago Herrera se acercó para agacharse junto a ella.

—¿Estás bien?

Laura asintió levemente, aunque solo podía mantener la mirada sobre quien la había agredido. Sacudió la cabeza y cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, solo vio a un hombre que de estar vivo estaría ahogándose en su propia sangre. Distinguió las paredes del aula girando a su alrededor, la treintena de mesas con sus sillas, los fluorescentes anclados al techo. Un tiovivo salpicado de sangre que se coagulaba.

Herrera le hizo quitarse la chaqueta para examinar el daño producido por el cuchillo. Beltrán se remangó el suéter y mostró la herida abierta, algo más arriba del codo. Afuera se oían las sirenas de los vehículos de emergencia.

—No es grave. Parece que no ha tocado hueso. ¿Puedes mover el brazo? Bien, el nervio está bien —dijo Herrera acompañando delicadamente el movimiento de la extremidad. Luego cubrió la herida con un jirón de camisa.

Algunos de los profesores permanecían en el pasillo, nerviosos e indecisos sobre

lo que debían hacer. Otros, como Alejandro, el profesor de Educación Física, se habían preocupado de evacuar el colegio llevando a los niños a una cercana zona ajardinada. Kike y Rafa aparecieron por la puerta, maldiciendo. Habían entrado en el edificio en cuanto escucharon el primer disparo. Tras comprobar que sus superiores se encontraban fuera de peligro, se ocuparon de desalojar al resto de profesores y cogieron cinta policial del maletero para acordonar el lugar de los hechos.

El inspector se levantó y regresó junto a Emilio Gascueda. Con el ojo reventado y el cuerpo cosido a balazos, le pareció que tenía un aspecto aún más peligroso. Se lamentó en silencio de la poca potencia de parada que tenía el calibre de 9 mm. Pese a recibir uno o varios disparos con ese calibre, un hombre podía seguir adelante y agredir a varias personas, si estaba armado. La suerte había caído del lado de su compañera, pero sabía que el resultado podía haber sido bien distinto. Siempre le habría gustado utilizar la potente 45 que exhibían algunos detectives en las historias de cine negro estadounidense.

Laura Beltrán se incorporó también. Poco a poco los mareos remitieron, a medida que la caja de cambios de su corazón reducía las velocidades. Reparó en el niño rubio que se había apartado del combate y arañaba la pared en una esquina, probablemente presa del pánico. Se acercó a él. Momentáneamente ubicó a su propio hijo en el lugar de aquel chico. Pensó en los posibles abusos que había sufrido a manos de aquel hombre y sintió rabia.

—¿Estás bien, chico? —dijo, dirigiéndole una mirada abatida—. Siento que hayas pasado por todo esto.

Ismael, que aguardaba junto a la enorme brecha negra abierta en la pared, contempló a la mujer y asintió sin mostrar el menor afecto. Deseaba que de aquel profundo agujero, tan nítido ante sus ojos, emergieran los tentáculos de un cefalópodo del tamaño de un mastodonte, pero nada de eso sucedió. Se dejó abrazar mientras pensaba resignado que el gran demonio solo había intervenido para defenderle, todavía no había llegado el momento en que todos los colores se tiñeran de negro. En el otro extremo del aula yacía sobre un charco de sangre el cuerpo de quien le había enseñado, junto al calor de los radiadores de una biblioteca, las puertas de un mundo ignoto. Vio su cuerpo cubierto por un espeso manto negro, como si un enterrador estuviera lanzando paladas de tierra sobre él. Luego percibió el crujido de miles de caparazones y extremidades entre el montón de tierra.

Santiago Herrera se agachó sobre Gascueda. No quiso tocar nada antes de que llegasen los compañeros de Científica, excepto una cosa que llamó su atención. Pendiendo de un colgante atado al cuello del fallecido, distinguió una figura de negra obsidiana. La sostuvo entre sus dedos. Era el relieve de un monstruo sobrenatural con el cuerpo deforme en el centro de un estallido de tentáculos. Leyó las iniciales H. P. Lovecraft en el reverso de una chapita soldada al monstruo.

—Así que este era el jodido demonio —masculló.

Epílogo

Su padre había parado junto a los surtidores de gasolina. Iban camino del centro comercial para hacer varios recados. «Sin plomo, 95 octanos», leyó Ismael, sin comprender lo que significaba el último término y sin atreverse a preguntar. Tampoco entendía cómo podía haber combustibles con plomo, si era un metal tan pesado que empeoraba seguramente el avance de los coches. Quizá solo lleve pequeñas bolitas, resolvió, como esos caramelos multicolores que se almacenan en botes cilíndricos de plástico en las tiendas de chucherías.

—Espera dentro mientras echo gasolina y voy a pagar —ordenó su padre.

Pero Ismael no contestó. Continuaba con la barbilla pegada a la ventanilla del asiento trasero, absorto en las indicaciones de la gasolinera y en los carteles anunciadores. Prohibido fumar, tarjetas de descuento, porcentajes de ahorro, tablas de precios de los distintos combustibles.

—Joder, pareces un puto mueble —bufó Fernando—. Otros críos estarían deseando irse a jugar con sus amigos al fútbol, pero a ti te da lo mismo. A este paso nos saldrás maricón o idiota.

Al ver que su hijo no le prestaba atención, elevó un juramento mientras se volvía sobre sí mismo. Su cuerpo emergió entre los dos asientos delanteros para propinarle un fuerte manotazo en la cara a su hijo.

—¡Respóndeme cuando te hable! Puede que te mees en la boca de tu madre, pero a mí no me vas a tocar los cojones. Quédate si quieres, ahora vuelvo.

Ismael no emitió ningún quejido, solo fijó una mirada colérica sobre su padre.

Fernando salió del coche, pulsó los marcadores del surtidor y metió la boca de la manguera en el depósito, después de abrirlo haciendo girar la llave. Luego, mientras los dígitos del surtidor marcaban la entrada de carburante en el vehículo, entró en el establecimiento para pagar la carga, aunque antes se detuvo a ojear los periódicos del día.

Mientras tanto, Ismael salió del coche sin que su padre lo viera. El surtidor seguía suministrando combustible. Cogió la manguera y la introdujo en el coche. Accionó el gatillo y roció las alfombrillas y los asientos. También los mandos y el volante, las bandejas y el salpicadero. Una película oleosa cubrió la consola del marcador kilométrico y el cuenta revoluciones. Luego, cuando se hubo agotado la carga de combustible, devolvió el surtidor al orificio del depósito para aparentar que no había cambiado nada.

Cuando Fernando entró en el habitáculo comprobó que sus nalgas se humedecían en el asiento empapado. Una vaharada de combustible se introdujo por sus fosas nasales. Sus manos se impregnaron de una sustancia aceitosa al aferrar el volante.

Asqueado, miró bajo sus pies y observó que la alfombrilla estaba tan empapada como un trival tras un diluvio. Su hijo no estaba en el asiento trasero. ¿Dónde carajo se había metido ese pequeño diablo? ¿Qué coño había hecho en su ausencia?

Pero Ismael apareció de pronto. Se había ocultado, gateando, detrás de la puerta del copiloto. Tenía en su mano una cerilla y había bajado la ventanilla lo suficiente para poder introducir un brazo por ella. Fernando oyó el chasquido contra la cajetilla y la llama prendió convirtiéndose en el prólogo de su peor pesadilla. El chico lanzó el fósforo sobre los asientos y la ignición azul se elevó hasta el techo del vehículo. Todo el interior se cubrió de abrazos amarillos y anaranjados. Su padre no tuvo tiempo de salir. El horror le impidió pensar en abrir la puerta y rodar por el suelo para apaciguar las llamas. Se limitó a bracear golpeándose contra los cristales, los reposabrazos y el volante, mientras gritaba de dolor y su garganta se colmaba de brasas.

Ismael permaneció junto al coche, fascinado por el espectáculo naranja. Sintió una leve excitación con cada alarido. Cuando llegó la gente para socorrer a su padre, ya era demasiado tarde. Vacieron varios extintores y el habitáculo se volvió blanco como un valle nevado. Todos se preguntaron cómo podía haber sucedido aquello. Tardarían unos minutos en visualizar la grabación de las cámaras, después de la llegada de los bomberos y la policía.

Mientras cubrían el cadáver con una manta, una mujer abrazó a Ismael e intentó consolarlo. Pero él permanecía tranquilo. Tenía la mirada fija en Fernando. Le recordaba a los rescoldos bajo una parrilla. Desde entonces supo que el fuego, hasta la llegada de los días oscuros, sería su mejor aliado.



ÓSCAR BRIBIÁN (Huesca, 1979) reside en Zaragoza. Es Graduado en Relaciones Laborales y Recursos Humanos por la Universidad de Zaragoza. Diplomado en Administración de Empresas por la ESAE (Escuela Superior de Administración de Empresas). También se confiesa interesado por la Criminología, la Historia, la Sociología y los juegos de estrategia.

Ha publicado *El sueño del depredador* (2014), como guionista el cómic: *En el zulo* (2012), *Raazbal* (2010) y el libro de relatos: *Mentes perversas* (2009)